NADA PODRÁ SEPARARNOS

Me llamo REBEL



ROSS MONTGOMERY


Me llamo
REBEL

Me llamo REBEL

ROSS MONTGOMERY

Traducción de Marcelo E. Mazzanti

Duomo ediciones

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

© 2024, del texto, Ross Montgomery
Publicado por primera vez en inglés por Walker Books Ltd. bajo el título: *I Am Rebel*
© 2025, de la traducción, Marcelo E. Mazzanti
Traducido gracias al acuerdo con Rogers, Coleridge and White Ltd.
© de esta edición, 2025 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: noviembre de 2025

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq., 08010 Barcelona
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87574-22-2
Código IBIC: YF
Depósito legal: B 5.785-2025

Ilustración de cubierta: Keith Robinson
Diseño de cubierta: Emma Camacho
Maquetación: Babel Grafistes
Conversión a formato digital: www.brioworkx.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

«Eres responsable de por vida
de aquello que has domesticado».

El Principito
Antoine de Saint-Exupéry

EL ÚLTIMO DÍA PERFECTO

1

CASA

El día empieza exactamente como tiene que ser.

Es verano, y el amanecer asoma la nariz por entre las cortinas. Nuestra cama aún está caliente por haber dormido en ella. Oigo el cacarear de un gallo fuera, en la granja. Huelo beicon abajo, y oigo las sartenes en el fogón y a los padres de Tom susurrando con voces dormidas.

Desde el momento en que me despierto sé que hoy va a ser un día perfecto.

Tom sigue roncando. Me levanto, me agito para sacarme el sueño de encima y voy husmeando hasta él. Por la mañana, aún somnoliento y calentito, es cuando más huele a sí mismo: puro Tom.

Esa es mi primera labor: despertarlo. Lo hago lamiéndole la cara. Me encanta lamerle la cara. Es lo mejor del día.

—¡Puaj! ¡Qué asco, Rebel! —protesta.

Ese soy yo. Soy Rebel. Es como me llamó Tom. Se aparta las babas de la cara y me acerca más con un abrazo. Me encanta que lo haga.

—Chucho viejo —masculla.

Llegados a este punto, mejor aclarar que, en efecto, soy un perro.

Pero no soy viejo: solo tengo cinco años. Y no soy solo un chucho. Soy un buen chico. Lo sé porque Tom siempre me lo dice y

Tom lo sabe todo.

El caso es que no podemos quedarnos aquí en la cama. ¡Tenemos mucho que hacer! Normalmente espero a Tom antes de ir a ninguna parte, pero el aroma a beicon significa que igual queda algún trocito abandonado en la cocina, y para mí es importante comprobarlo. Salto de la cama, bajo las escaleras corriendo y avanzo en silencio por las baldosas.

Ahí está Papá, sentado a la mesa y ya vestido para trabajar en la granja. Al pasar le olfateo la ropa, llena de olor a lana de oveja y leche agria y barro. Me gusta ese olor. Mamá está muy concentrada en el fogón. Se limpia las manos en el delantal y coge una gran tetera de cobre. Huele a té y a jabón y a patatas y a gachas y a cordero y salsa, todo a la vez. Ese olor me gusta aún más.

—¡Ay, Rebel! —Mamá simula voz de enfado y me hace un gesto para que me vaya—. Ten y déjame en paz, ¿vale?

Coge algo de la sartén y lo tira al suelo. ¡Beicon! ¡Sí, sí, sí, sí, sí! Lo devoro ahí mismo, ahumado y suculento, con la grasita aún crepitante y caliente como para quemarme la lengua.

Tenía razón. Sabía que iba a ser un día perfecto.

Tom baja, frotándose los ojos. Los tres se sientan al espeso olor de la cocina y comen en silencio antes de comenzar la jornada. No me permiten encaramarme a la mesa a rogar comida, pero, si me escondo bajo la silla de Tom, él me va pasando restos a escondidas, sin que lo vean. Es el mejor momento del día.

—Gracias —le digo—. Te quiero.

Cuando le hablo, Tom no me entiende. Cree que solo estoy ladrando o gruñendo, aunque me parece que en el fondo sí que sabe lo que le digo, igual que yo sé que él me quiere cuando me acaricia la cabeza o el lomo o me sonríe. Siempre ha sido así. No necesitamos palabras.

El gallo vuelve a cacarear y Papá se levanta de la mesa.

—Vamos, chico, que no se nos pase lo mejor del día —repite eso mismo cada mañana.

—Vale, vale —dice Tom con un suspiro.

También es lo mismo que le contesta cada mañana.

Se acaba el desayuno a grandes bocados y hacemos una carrera hasta fuera. Todo se funde en un gran y precioso momento: el sol que asoma sobre los campos, los primeros olores de la granja, los primeros dedos del viento que se cuelan por entre las montañas, el largo día que se extiende ante nosotros.

Antes me he equivocado: el mejor momento es este, el de ver la granja y recordar la suerte que tengo de estar aquí.

Me encanta la granja. He vivido en ella siempre, desde que Tom me encontró cuando yo era un cachorro y me llevó a casa a vivir con él. Nunca he salido. Ni una sola vez. Ni siquiera he atravesado la puerta de la verja.

En la granja, cada día es igual al anterior. Primero vamos al Campo de Abajo, a ver cómo les va a las ovejas. Tom y Mamá y Papá son ganaderos. Tom dice que por aquí todo el mundo tiene ovejas. La gente vive de hacer ropa con la lana de las ovejas y vender su leche y su queso. Estos últimos años las cosas se han puesto más difíciles debido a los impuestos que sigue cobrando el rey. Tom y Papá se ponen a ordeñar y esquilar, y yo doy una vuelta a ver cómo están todos.

—¡Buenos días, Agnes! ¿Qué tal la pezuña, Beth? ¡Qué bien se te ve hoy, Kitty!

—Tenemos hambre —contestan las ovejas—. Tenemos hambre, tenemos hambre, tenemos hambre.

La conversación no da para más. Las ovejas nunca tienen mucho que decir, pero me gusta hablar con ellas igualmente. Ser educado no cuesta nada.

Sé que como perro pastor yo tampoco soy gran cosa. Soy pequeño, tengo las patas gruesas, no puedo correr mucho y mis ladridos no dan miedo. Papá siempre dice que ojalá Tom hubiese encontrado un perro de granja como Dios manda en vez de a un viejales flacucho como yo, pero sé que no lo piensa en serio: cuando nadie mira, me rasca por detrás de las orejas y me susurra que soy el mejor perro del mundo.

El Campo de Abajo es donde acostumbro a ver a Priscilla, dormitando bajo un árbol. Priscilla es la gata de la granja. No se le permite entrar en la casa —si lo hace, Mamá la echa blandiendo un

atizador—, así que ha vivido fuera toda su vida. Huele a polvo y a flores viejas.

—¡Buenos días, Priscilla! —la saludo alegremente.

—Lárgate —murmura ella. Siempre es así.

—Qué buen día hace, ¿verdad?

Abre un ojo amarillento y se me queda mirando.

—¿Un buen día para qué?

Eso me hace pararme a pensar un momento.

—No sé, para todo.

—¡Vamos, Rebel! —grita Tom.

¡Tom me necesita! Soy un buen perro, así que siempre acudo cuando me llama. Echo a correr. Priscilla suelta una risita sarcástica.

—¡Corre, perro de granja, que tu dueño te espera!

Me detengo de nuevo. No me hace ninguna gracia que siempre me repita eso.

—Tom no es mi «dueño».

—¿Ah, no? ¿Y por qué haces todo lo que te manda? —Priscilla suelta un suspiro y se estira, perezosa—. Pobre Rebel. No tienes mucho en la azotea, ¿eh?

¡Ja! ¡Qué tonta es Priscilla a veces! ¿Cómo voy a tener azotea si no soy una casa? Vuelvo a correr hacia Tom, partiéndome de risa.

Una vez han acabado de ordeñar y esquilar, Mamá nos trae el almuerzo. Bueno, en realidad se lo lleva a Tom y a Papá; los perros no almorzamos. Lo sé porque siempre me están diciendo que pare de pedirles comida y los deje en paz. El almuerzo es siempre tarta fría y manzanas frescas y queso amargo de oveja, y huele genial. Tom va a esperar a que Papá no mire y me va a tirar un poco. Siempre piensa en mí. Es muy listo. Lo quiero muchísimo.

Después del almuerzo llevamos a las ovejas del Campo de Abajo al Campo de Arriba, que es donde está la mejor hierba. El trabajo de Tom es quedarse con ellas hasta que se ponga el sol, para asegurarse de que no se escapen o las roben los ladrones o se las coman los lobos. Yo me quedo con él porque también es mi trabajo, aunque los lobos me dan miedo. Donde va Tom, voy yo. Yo soy su perro y él es mi niño. De ser necesario, moriría por él.

Poco después, Papá vuelve a la granja y Tom y yo nos quedamos a solas durante horas y horas. ¡Podemos hacer lo que queramos! Lo primero que hago es buscar un palo y llevárselo para que me lo tire.

Tom suspira.

—¿Siempre tienes que quedarte con el palo más grande que ves, Rebel?

—Uuu rrrrrr iii —mascullo con el palo en la boca.

—Ve a buscar otro más pequeño.

Hago lo que me dice porque soy un buen perro. Tom lo coge.

—¿Quieres que te lo tire?

—Sí, por favor. —Me muero de ganas.

—¿Este? —Sonríe y lo agita ante mí—. ¿En serio?

Muevo la cola enérgicamente. Me encanta que Tom haga eso.

—¿Estás seguro?

¡Qué maravilla!

—¡Sí!

—Vale, vale, para ya de ladrar.

Tom lo lanza y yo se lo traigo de vuelta. Repetimos eso una y otra vez. A veces Tom me persigue y a veces lo persigo yo. A veces corro solo y ladro, porque estoy contento y me encanta correr, aunque más que nada porque eso hace reírse a Tom, y ese es el mejor ruido del mundo. Después me tumbo panza arriba para que él pueda rascármela. Me encanta que lo haga.

—Rebién —me dice con cariño.

Es el nombre especial que me da. Suena un poco como «Rebel», pero también es porque soy muy bueno. Se le ocurrió a él. Es muy listo.

Tom y yo, los dos solos. Vale, ESTE es el mejor momento del día, ahora en serio.

Después descansamos. El sol ya empieza a hundirse tras las montañas, llenando el cielo de colores rojos y púrpura. Desde el Campo de Arriba se ve el mundo entero, con todas las otras casas y granjas hasta donde alcanza la vista.

Tom saca papel y carboncillos de su morral y se pone a dibujar. Le encanta dibujar. Siempre lleva papel y carboncillos. Me recuesto

en su pecho y absorbo su calor mientras él comienza un dibujo nuevo.

—Mira, Rebel: somos tú y yo subiendo por esa montaña.

Siempre nos dibuja juntos, como tiene que ser. Habla mientras lo hace. Las palabras le salen con tanta facilidad como los trazos. Dibujar es lo que le hace más feliz, incluso más que dormir.

—Dicen que tras esa montaña hay una cascada más grande que la de Brennock, y que a su alrededor crecen flores salvajes, como una alfombra que se extiende hasta el mar. ¡Margaritas por todas partes! ¿Te lo imaginas, Rebel?

No, no puedo imaginármelo. Nunca he visto una cascada ni el mar. Nunca he salido de la granja. No sé ni qué es una alfombra.

Tom tampoco ha visto nunca el mar; lo más lejos que ha llegado es al mercado de Connick. Siempre habla de los diferentes lugares que va a visitar algún día, pero no creo que lo diga en serio. ¿Para qué salir si aquí tenemos todo lo que necesitamos?

De repente Tom deja de dibujar. Tardo un momento en darme cuenta de que ha visto algo.

A lo lejos, por entre los árboles, se ve un trocito del camino a Connick. Dos hombres caminan por él. Llevan chaquetas doradas, botas negras brillantes y cinturones negros brillantes. Y llevan mosquetes.

Son de la guardia del rey. Se los ve a menudo patrullando el camino de dos en dos o de tres en tres. Una vez Tom me contó que comprueban que todos los que pasan por allí tengan permiso. Que si no pagas a tiempo los impuestos al rey, te quitan el permiso, y eso significa que no puedes ir por el camino, y eso significa que no puedes vender en el mercado, y eso significa que no ganas dinero, y eso significa que te quedas sin beicon para desayunar.

Y eso no es lo único que hacen los guardias. También se aseguran de que nadie salga de casa por la noche. Y de que nadie diga nada contra el rey. Si averiguan que has estado hablando mal de él, se te llevan y ya no vuelves. He oído a Mamá y a Papá hablar de eso entre susurros cuando Tom no está.

Mamá y Papá dicen que antes no era así. Antes del rey la gente podía decir lo que quisiera. Pero entonces el rey se hizo con el

control y decidió que todo tenía que ser suyo. Hubo gente que se resistió. Los llamaban los rojos. Pero no pudieron con los guardias y sus armas y se los llevaron a todos. El caso es que ahora ya no se resiste nadie y la guardia patrulla los caminos y así está el asunto.

Oigo un breve crujido atrás, como un huesecillo al partirse. Tom ha agarrado el carboncillo tan fuerte que se ha roto y se ha convertido en cenizas negras y polvo negro por encima de su precioso dibujo.

—Maldición —murmura, frustrado.

—¡Tom! ¡A cenar!

Oigo a Mamá antes que él porque tengo mejores oídos. Me doy la vuelta y ladro: esto es muy muy importante.

—Vale, vale —me susurra—. Tranquilo, Rebel.

No puedo estar tranquilo. No quiero estar tranquilo. Se acabó el trabajo, y ya podemos empezar el mejor momento del día de verdad.

Tom reúne al rebaño y lo guía de vuelta al Campo de Abajo. Yo voy delante, con el hocico alzado, hasta localizar el olor que busco. Ahí está, saliendo por la chimenea como un lazo dorado que se ondula por los campos hacia mí.

Guiso. Guiso de cordero. Un guiso de cordero fuerte, sabroso, tentador, calentándose sobre el fogón, cubierto con una piel. Guiso de cordero con zanahorias y gachas, servido con cucharón en gruesos boles de madera. El guiso de cordero significa huesos de cordero. Huesos de cordero significa médula. Y la médula significa una cena increíble y deliciosa para los perros buenos como yo.

De nuevo, tenía razón: hoy es un día absolutamente perfecto.

Para cuando Tom me alcanza, ya estoy rascando y rogando en la puerta de la granja. La abre y entro. La cocina parece refulgir dorada con el olor a cordero. Corro hacia mi bol ¡y ahí está! Un hueso de cordero sacado directamente de la cacerola, humeante y con burbujitas de grasa chisporroteando. Estoy tan contento que doy vueltas en círculo y lamo el hueso entero. ¡Guiso, guiso, guiso, guiso, GUISO!

—¿Otra vez guiso? —resopla Tom mientras se deja caer en su silla.

—Cállate —le recrimina Mamá, y le da un golpecito con una cuchara—. Tienes suerte de que haya algo. Muchos de por aquí no tienen nada.

—Lo sé —murmura él.

—Había guardias en el camino —dice Papá mientras come alegremente.

Mamá se encoge de hombros.

—Siempre están por el camino.

—Pero nunca tan a menudo, ni tantos. No aquí, tan lejos del castillo. —Papá rasca su bol con la cuchara—. Tiene que estar pasando algo importante.

—Eso sí que sería un cambio —masculla Tom.

—Cómete el guiso —salta Mamá.

Acabada la cena, acaba también la jornada. Subo antes que Tom para calentarle la cama. Esa es otra de mis funciones tan importantes. Tom me sigue, más lento, y se quita la ropa de trabajo antes de tumbarse a mi lado. No sopla su vela de inmediato, como acostumbra a hacer, sino que se queda mirando al techo.

—Margaritas hasta el mar —suspira.

Ya está pensando de nuevo en cosas tristes. Últimamente lo hace mucho. Me arrimo más para que sepa que estoy con él, que siempre estaré con él porque soy su perro y él es mi niño y le quiero. Posa una mano en mi lomo, y su leve peso es el peso más perfecto que existe.

Cuando se le ralentiza la respiración a un ritmo constante y su cuerpo se hunde blandito en la cama, mi jornada acaba por fin y puedo irme a dormir como un buen perro.

Todas esas otras veces me he equivocado: ESTE es el mejor momento del día. Tom y yo entre las sábanas, calentitos y a salvo, sabiendo que hoy ha sido un día amable con nosotros y mañana también lo será, que tenemos todo lo que necesitamos y que siempre lo tendremos, porque nada va a cambiar nunca en la granja.

¿Para qué iba a cambiar si está todo perfecto?

EL DÍA EN QUE TODO CAMBIA

2

INTRUSOS

Desde el momento en que abro los ojos entiendo que todo va mal. Hay alguien gritando abajo. Es un hombre.

—¡No te he dado a elegir!

Salto de la cama y corro escaleras abajo tan rápido como puedo. No reconozco la voz. Eso significa que hay un desconocido en casa. Tengo que acabar con la amenaza. Tengo que proteger a Tom.

Cuando llego a la cocina, Papá está junto a la mesa, encogido y asustado, con el sombrero en las manos. Mamá está contra un rincón, mirando a los intrusos.

Son dos. Uno está en la puerta, impidiendo el paso. El otro está sentado en la silla de Papá, con sus botas llenas de barro sobre la mesa y el mosquete en el regazo. Los dos llevan chaquetas de hilo dorado.

¡Guardias!

Veo al instante que son peligrosos. El de la puerta parece una babosa, el de la silla parece una rata. Ambos huelen mal, a peligro, a algo retorcido. Sé lo que pueden llegar a hacer las armas. Papá mata conejos con solo apuntarlos y apretar el gatillo. Gruño a los dos hombres. Rata se vuelve y me mira con sus ojillos de rata.

—¡Saca a ese perro de aquí! —grita.

Papá asiente enseguida.

—Sí, señor. Ahora mismo, señor.

Intenta agarrarme por el cuello, pero yo me resisto y no dejo de gruñir. No puedo dejar que Papá me eche: tengo que ahuyentar el peligro.

—¡No, Rebel!

Tom entra corriendo en la cocina y me levanta con los dos brazos. Mira alrededor, confuso.

—¿Qué pasa?

Mamá señala a los intrusos.

—¡Quieren cobrarnos más impuestos, eso es lo que pasa!

Tom se pone pálido.

—Pero si ya hemos pagado este mes y el siguiente...

—Eso ya no es así —sonríe Babosa, burlón—. Nuevas órdenes del rey: doblar los impuestos.

Tom, atónito, replica con voz temblorosa:

—¡No tenemos tanto dinero! ¡Nadie lo tiene!

Los guardias ríen entre ellos.

—Mala suerte, chico —dice Rata—. Si no pagáis, no tendréis permiso para usar el camino. Si preferís moriros de hambre...

Noto que Tom está muy enfadado porque cada vez me aprieta más.

—¡No pueden hacer eso!

Papá le indica con un gesto que se calle.

—Pagaremos, pero dennos unos días.

—Me alegro de oírlo. —Rata se levanta y se ajusta el mosquete al hombro—. Ya puestos, también estamos buscando a un hombre que lleva una piel de lobo. Lo han visto por la zona. Es un buscalíos peligroso. El rey en persona ha pedido su captura. Las órdenes son disparar a todo el que lo albergue.

Nadie tiene nada que decir a eso. Rata le hace un gesto con la cabeza a Babosa y los dos se vuelven para irse. Los crujidos de sus botas de cuero pulidas son lo único que rompe el silencio.

—Volveremos a finales de semana —añade Rata, mirando atrás —. Aseguraos de tener el dinero. Al último granjero que se negó le quemaron la casa y le llenaron los campos de sal.

Ya casi ha pasado por la puerta cuando Tom recupera el valor como para hablar.

—¡No vais a saliros con la vuestra para siempre! ¡Tarde o temprano la gente hará pagar al rey por lo que ha hecho, y entonces lo lamentaréis!

La escena se queda inmóvil como un gato sorprendido. Nadie se mueve hasta que los dos guardias miran a Tom.

—¿Qué has dicho? —La voz de Babosa es como una anguila que sale serpenteando de su cueva.

—A mí me ha sonado muy de rojo —dice Rata—. ¿Eres rojo, chico? Entre lo de hacer amenazas traidoras y lo de llamar Rebel a tu perro...

No tengo ni idea de a qué se refiere. No sabía que mi nombre significara nada malo.

Papá, presa del pánico, se coloca delante de Tom.

—¡No! Solo es un chaval, un niño estúpido.

Rata aparta a Papá de un empujón y se acerca más a Tom. Irradia peligro como una plancha irradia calor. Siento mucho miedo, pero tengo que ser valiente. ¡Tengo que proteger a Tom! Ladro y muestro los dientes, pero el guardia no aparta la vista de él.

—¿Cuántos años tienes, chico? ¿Dieciséis?

La gente siempre cree que Tom es mayor de lo que es. Mamá dice que es porque es alto para su edad.

—D-doce —murmura él.

Rata le dedica una sonrisa burlona.

—¿Sabes qué le hicimos al último rojo que capturamos? Pegarle un tiro hubiese sido más misericordioso. ¿Crees ser lo bastante mayor?

Tom niega con la cabeza. Rata asiente en dirección a Babosa y parecen enviarse un mensaje silencioso por el aire, porque al momento Babosa va al mueble de los platos y alza su mosquete.

—¡No! —grita Mamá.

Babosa golpea y destroza con la culata hasta el último objeto del mueble. Papá corre a contener a Mamá, que cierra los puños mientras se le saltan las lágrimas en silencio. Rata no aparta la vista de Tom en ningún momento. Una vez acabado, se vuelve y sale de la cocina con paso firme, aplastando restos con sus botas.

—A finales de semana —insiste—. O tendréis que pagar el triple.

Babosa escupe en el suelo y lo sigue fuera.

Tom me suelta por fin. Corro, me acerco a los guardias y les ladro mientras se van de la granja. No puedo creerme lo que ha pasado. Estoy temblando de miedo desde la cabeza hasta la punta de la cola. No he protegido a Tom cuando debía, pero puedo hacerlo ahora. Tengo que asegurarme de que los guardias no vuelvan nunca. Les ladro y ladro, pero ni se inmutan y siguen caminando como si tuviesen todo el tiempo del mundo. Mi voz suena pequeña e inútil al retumbar por la granja.

3
LOS ROJOS

Para cuando vuelvo a la cocina, Tom, Mamá y Papá ya se están gritando.

—¿Cómo se te ocurre hablarles así a los guardias del rey? —le ruge Papá a Tom—. ¿Es que quieres que te arresten?

A Tom le arde la cara de la furia.

—¿Y a ti cómo se te ocurre tratarlos de «señor» esto y «sí, señor» lo otro? ¡No podemos pagar el doble en impuestos, sabes que no tenemos tanto dinero!

Papá traga saliva.

—No pasa nada: esta semana llevaremos más ovejas al mercado de Connick y...

—¿Y quién va a comprarlas? —replica Mamá, despectiva—. ¡Todo el mundo está igual que nosotros! ¡Nadie va a tener dinero!

Papá se frota la cara y se deja caer pesadamente en su silla. Yo nunca lo había visto tan cansado, tan destrozado.

—Pues entonces iremos más lejos, quizás hasta el gran mercado de Unsk. Ahí aún tendrán dinero.

—No podrías volver antes del toque de queda —suelta Mamá—. Ya sabes que detienen a todo el que pillan fuera después de la puesta de sol.

Papá aprieta los dientes, frustrado.

—¿Y qué otra cosa podríamos hacer?

Tom apoya una mano firme en la mesa.

—Una cosa que podemos hacer es negarnos a pagar más impuestos. —Respira muy rápido, como si hubiera decidido soltar por fin toda la ira y la frustración que lleva meses conteniendo—. En el mercado la gente no habla de otra cosa. Han empezado a decirlo. Por todo el país se están enfrentando a los guardias y diciendo que no van a aguantar más.

Papá lo mira fijamente.

—¿Quién te está llenando la cabeza con esas tonterías? ¿El viejo Laurie? Cuando yo lo agarre...

Pero Tom no se echa atrás. Está excitado y le brillan los ojos.

—¿No lo ves? ¡Aquí también podríamos hacerlo! ¡Si las granjas de la zona nos negamos a pagar, los guardias no podrán detenernos a todos!

—¡Antes de que acabe la semana podrías estar colgando de un árbol! —grita Mamá—. ¿Es que es eso lo que quieres?

También ella se deja caer en su silla. Cuando vuelve a hablar, lo hace con voz débil y triste, como la llovizna contra las ventanas:

—Eras muy pequeño como para recordar la primera vez que los rojos se enfrentaron al rey. Pero nosotros no lo olvidaremos nunca, Tom. Vimos lo que le pasa a la gente con grandes ideas y que cree que puede cambiar el mundo.

—Pero esta vez es diferente, Mamá —le rebate Tom, aún emocionado—. Aquella vez solo había unos pocos grupos de rojos dispersos por el país. Si ahora nos resistiésemos todos a la vez...

—¡Basta! —lo interrumpe Papá, y da un puñetazo en la mesa.

Nunca lo había oído gritar tan fuerte. Nunca lo había visto tan furioso. Me escondo bajo la mesa y suelto un gemido.

—¡Un puñado de pastores con trapos rojos al cuello no van a ganarle una guerra al rey, Tom! —exclama—. Tiene un ejército entero, con pistolas y cañones. Mejores armas, mejor entrenamiento. Así fue como derrotaron a los rojos la primera vez. ¡Lo único que van a conseguir esos idiotas nuevos es que nos maten a todos!

—Pero... —empieza a replicar Tom.

—¡No! Somos granjeros, no luchadores. Tenemos que bajar la cabeza y aguantar lo que nos caiga. —Se pone en pie, enfadado—. Y ahora vamos, que tenemos que cuidar a las ovejas.

Y se va. Tom se queda inmóvil, temblando como si acabase de recibir un sopapo. Mamá se frota los ojos y se arrodilla a recoger en silencio los platos rotos.

No hay beicon.

El resto del día es horroroso. El cielo está oscuro, cubierto de nubes, y Tom y Papá no se dirigen la palabra. Papá mantiene la cabeza gacha y Tom los dientes apretados. Una vez las ovejas están en el Campo de Arriba, Papá vuelve a la casa con paso muy firme y Tom se deja caer en el suelo como si hubiese estado cargando grandes rocas toda la jornada.

Ahora mi deber es animarlo. Tengo que mostrarle que, a pesar de todo, las cosas siguen bien. Por muchas nubes que haya en el cielo, el sol sigue brillando detrás.

Le llevo un palo, pero él no quiere lanzármelo. Pruebo a dar vueltas a su alrededor y ladrarle, pero eso tampoco sirve de nada. Ni siquiera se pone a dibujar, como haría normalmente. Solo mira hacia las montañas en silencio.

No me queda más opción que sentarme y apoyarme contra él para que sepa que no está solo, que estoy aquí y que le quiero. Funciona. Siempre funciona. Posa una mano en mí y siento que se relaja por primera vez en todo el día.

—Esto no está bien, Rebel —me dice con voz queda—. Es nuestra tierra. No podemos permitir que el rey nos la quite porque sí. —Señala adelante—. ¿Ves esa montaña?

Pues claro: es la más grande que se ve desde el Campo de Arriba. Es lo último que alcanza el sol cuando sale.

—El castillo está al otro lado. Es donde vive el rey. Dicen que dentro todo es de oro, y que con solo vender una décima parte se podría dar de comer durante un año a todo el país, pero que el rey lo quiere todo para él.

Noto que Tom se va enfadando más y más mientras habla. Saca papel y carboncillos y empieza a hacer trazos rápidos y fuertes.

—He visto dibujos —dice—. Está al final de un desfiladero alto y largo. Tiene cinco torreones, y su bandera ondea en el más alto.

Es un buen dibujo. Siempre lo son. El castillo es ancho y fuerte, como un enorme corcho de botella al final del desfiladero. Pero Tom no se detiene ahí.

—El viejo Laurie dice que un día los rojos volverán a rebelarse. —La mirada le arde mientras sigue dibujando—. Que van a venir hombres y mujeres y niños de todo el país a echar al rey del castillo de una vez por todas.

El viejo Laurie me cae bien. Cuando viene a casa siempre lleva algo sabroso en el bolsillo para mí. Pero no sabía que le dijera esas cosas a Tom. Mamá y Papá tienen razón: podría meterse en líos muy serios por hablar así. Ahora está dibujando en el camino a miles de personas con palos y horcas. Es el mejor dibujo que ha hecho en su vida.

—Cuando ganen los rojos, el viejo Laurie dice que van a colgar una bandera roja del torreón más alto, y así todos sabrán que el rey ya no está y que su ejército ha sido derrotado y que el país vuelve a ser nuestro.

Se dibuja a sí mismo en el torreón más alto, agitando una bandera roja a la multitud que vitorea. Y me dibuja a mí a su lado, como siempre hace. Para y contempla las montañas.

—Y entonces seremos libres —dice con apenas un hilo de voz—. Podremos ir adonde queramos y nadie nos detendrá. Nunca más tendremos que pagar impuestos o pasar hambre o inclinarnos ante na...

—Vaya dibujo que has hecho.

Nos damos la vuelta, sobresaltados.

Hay un hombre apoyado en la verja detrás de nosotros, la que marca el punto en el que el campo se convierte en bosque. Tras él, los árboles son oscuros y densos. Tiene una cicatriz sobre el ojo izquierdo y pelusa blanca en el mentón. Tiene la piel dura y curtida como un viejo roble.

Y todo su cuerpo, de arriba abajo, está cubierto por una piel de lobo.

4

JINETE

El desconocido con la piel de lobo no se parece a nadie que yo haya visto. Parece como si se hubiese pasado años durmiendo bajo tormentas, tumbado sobre rocas. Tendría que haberlo olido antes, pero fue listo y se acercó con el viento en contra. Ahora siento que huele a aceite y cuero y hierro y sangre.

Me incorporo de un salto, ladro y gruño. Es el hombre sobre el que nos habían avisado Babosa y Rata, el que dijeron que era peligroso. No puedo cometer el mismo error dos veces: ¡tengo que proteger a Tom!

El hombre suelta una risita.

—Tienes todo un perro guardián. Viéndolo, nadie lo diría.

Qué maleducado. Sigo ladrando. Tom intenta hacerse el valiente, aunque noto que está muy asustado.

—S-sí. Se llama Rebel. Ataca solo con que yo se lo pida.

Eso no es cierto. Una vez mordí a una oveja, pero fue por accidente. Tom miente para que el hombre se vaya.

El hombre no se va. Se queda y asiente con aprobación.

—Rebel. Un buen nombre. Y le has enseñado a ser leal. Eso es más valioso que todo el oro del mundo. —Extiende una mano—. ¿Y tú qué, chico? ¿Cómo te llamas?

Tom no le da la mano.

—N-no debería estar usted aquí —tartamudea—. Los guardias lo están buscando. Tiene que irse.

El hombre mantiene la mano en el aire un momento más y después la baja.

—Perdona —dice—. Ya veo que he aparecido por detrás como un vulgar ladrón y te he sobresaltado. Y tampoco me he presentado. —Se yergue—. Me llamo Jinete. Perdona que me haya metido así en tus tierras, pero es que los caminos no son seguros para alguien como yo; los guardias están por todas partes y no tengo el permiso.

Tom parpadea.

—¿No tiene permiso?

Jinete le dedica una sonrisa irónica.

—Nunca lo he necesitado. He viajado por todo el país de punta a punta sin pisar un solo camino del rey.

Noto que Tom está impresionado.

—¿Cómo?

—Los caminos de ovejas. —Jinete señala las montañas que se elevan por encima de nosotros—. Los caminos antiguos de los pastores. Los granjeros llevaban siglos usándolos, hasta que el rey lo prohibió. Te conducen adonde quieras, y llegas antes que por los caminos normales.

Tom frunce el ceño.

—¿Y no son peligrosos?

Jinete asiente.

—Claro que lo son. En esos caminos no hay guardias, pero sí cientos de formas de morir. Nieblas rápidas, ríos rápidos y cosas peores. Y lobos.

Tira de la piel que lo cubre. Suelto un gemido. Lo único que me da más miedo que un lobo es un humano capaz de matarlo. Tom se inclina y posa una mano en mí para tranquilizarme.

—Pero tú y yo, chico, sabemos que en este país hay cosas a las que temer mucho más que a los lobos, cosas mucho más peligrosas y sedientas de sangre. —Jinete avanza y se apoya sobre la verja. Habla en voz baja pero con un tono que da miedo. Los ojos le brillan como el agua en el fondo de los pozos viejos—. Me refiero al rey. Nos ha quitado todo lo que apreciamos, y nosotros nos hemos

acostumbrado tanto que le dejamos seguir haciéndolo. Pero no tiene por qué ser así, ¿verdad?

Noto que detrás de mí Tom se ha quedado como una estatua. Jinete mira un momento alrededor y se baja el cuello de la camisa. Debajo lleva algo rojo: un trozo de tela roja oculto en el cuello.

A Tom se le escapa un grito ahogado.

—¡Eres de los rojos!

Jinete asiente y vuelve a cubrirse el cuello.

—Sí. Y hay más. Más de los que te imaginas. Ahora mismo hay miles por todo el país, esperando la señal para rebelarse a la vez. Se viene un gran cambio. Y una vez lo consigamos, vamos a necesitar todas las manos leales que podamos. —Señala con la mirada el dibujo de Tom, caído en el suelo—. Hay mucha gente que quiere lo mismo que tú, gente que quiere que echen al rey del castillo, gente que quiere recuperar su país.

Gimo y suelto un ladrido fuerte. No es seguro hablar con Jinete de esas cosas. Tenemos que librarnos de él.

Pero Tom ya no parece sentir miedo. Mira a Jinete igual que mira las nubes de tormenta cuando aparecen sobre las montañas, con los ojos muy abiertos, excitado.

Jinete lo mira de arriba abajo.

—¿Cuántos años tienes, chico?

Tom duda un momento antes de responder:

—Dieciséis.

¿¡Dieciséis!? ¡Sí, y yo soy un caniche! Le dirijo un ladrido de reproche, pero él ni se da cuenta. Jinete parece satisfecho con la respuesta.

—¡Dieciséis! A los rojos nos vendrían bien unos cuantos chicos de dieciséis listos como tú. Y no solo como soldados. —Vuelve a mirar el dibujo—. La gente necesita ver que es posible. Una imagen como esa podría convencerlos más rápido que las palabras. Y parece que tú estás dotado para eso...

Vuelve a ofrecerle la mano. Esta vez Tom la acepta.

—Tom. Me llamo Tom.

Gimo de nuevo, esta vez aún más profundamente. Me acerco más a sus talones y me froto contra ellos para indicarle que pare.

Esto es muy serio: le está dando la mano a un rojo. Si lo viesen los guardias, le dispararían sin pensarlo. ¿Qué hace Tom? ¿Por qué no sale corriendo?

Jinete se inclina aún más en la verja, acercándosele.

—Hay un círculo de abedules veinte minutos al norte. ¿Lo conoces?

Tom asiente.

—Cerca de la orilla del río.

—Ese mismo. Dentro de una hora nos reuniremos con los nuevos reclutas. ¿Vas a venir? —Y sonríe a Tom como un lobo hambriento y taimado.

Tom piensa un segundo antes de contestar.

—No... no lo sé...

La expresión de Jinete cambia al instante, y su voz se transforma en un gruñido.

—Creí que podía confiar en ti, Tom. —Se aparta de la verja, rompiendo el tono cómplice que habían establecido—. Pero si no podemos fiarnos el uno del otro...

Tom entra en pánico.

—¡No! ¡Iré!

Jinete sonríe de nuevo.

—Me alegro de oírlo. Yo te guío. —Me mira a mí—. Y quizá será mejor que dejes a tu perro, es bastante ruidoso.

Gruño otra vez. Jinete no me cae bien.

Tom me dirige una última mirada y empieza a trepar la verja. Ladro indignado. ¡No puede irse! ¡Tenemos que quedarnos y cuidar de las ovejas!

—No, Rebel. —Me ahuyenta con un gesto—. Tú tienes que quedarte. Vuelvo pronto, ¿de acuerdo?

¿Cómo que quedarme? ¡Ni hablar! ¿Quién va a protegerlo si le pasa algo malo? No puedo permitir que haga eso. ¡No puedo permitir que se vaya! Ladro, gimoteo, salto, intento agarrarme a su pierna.

—¡No! —exclama, y señala detrás de mí—. ¡Quédate, Rebel!

No puedo creérmelo. Tom quiere irse sin mí. Quiere dejarme atrás.

Pero soy un perro bueno, así que obedezco. Le dedico mi mirada más fría y dura y me siento junto a la verja. Tom se queda a medias de cruzarla y pone cara de culpable.

—Así. Buen chico, Rebel.

Muevo la cola. Tiene razón, soy un buen chico.

Él y Jinete se adentran entre los árboles. A los pocos segundos, dejo de verlos. Y así acaba la cosa, conmigo sentado solo en el Campo de Arriba.

No recuerdo la última vez que me quedé solo. Hasta cuando Tom se va al mercado, yo me quedo en la granja con Mamá y miro por la ventana y gimoteo hasta que regresa. No tengo nada que hacer. No puedo ponerme a conversar con las ovejas. No tengo ni idea de cuánto va a tardar Tom en volver. Igual me quedo horas esperando.

Pero soy un perro bueno. Acudo cuando Tom me llama y me quedo si me lo pide. Los perros buenos hacen lo que se les dice.

Así que espero.

5
REVUELTA

Y espero.

Y espero.

Y espero.

Las sombras empiezan a extenderse por las montañas. Es casi el crepúsculo. Si los guardias ven a Tom van a arrestarlo. La preocupación me revuelve el estómago como si hubiese comido algo en mal estado.

Oigo que Mamá lo llama desde la granja. Lleva un buen rato haciéndolo: Tom va a llegar tarde a la cena. ¿Dónde estará? ¿Por qué tarda tanto? ¡Vuelve, Tom!

Antes de verlo lo huelo, con el carboncillo bajo las uñas y las castañas que lleva en el bolsillo mecidas por el viento que sopla entre los árboles. Echo a ladrar y a correr en círculos antes de que él trepe por la verja.

—¡Tom! ¡Tom!

—Chiiist, Rebel —me susurra.

Pero me pone tan contento volver a verlo que no me puedo contener. Agito la cola tan fuerte que sin querer me doy en la cara.

—¡No vuelvas a dejarme solo nunca! —grito.

Noto que él también se alegra de verme. Me abraza fuerte y suelta un suspiro de alivio. Enseguida siento su nerviosismo, lo cubre de la cabeza a los pies como si fuese un grueso abrigo. Sé por qué

está así: hace horas que tendría que haber llevado a las ovejas al Campo de Abajo. Vamos a recibir un buen rapapolvo.

Las junta tan rápido como puede y las lleva al corral, cierra la puerta de la verja y vamos corriendo a casa. En cuanto entramos percibo el mal ambiente. Es oscuro y asfixiante, como el aire dentro de un puño cerrado.

Mamá y Papá se levantan de la mesa de un salto.

—¡Gracias al cielo! —exclama Mamá, y abraza fuerte a Tom—. ¡Estábamos muy preocupados!

—¿Dónde estabas? —le pregunta Papá con tono contenido.

—Lo siento —responde Tom, que suena falso—. Se escapó una oveja y tuve que meterme en el bosque para encontrarla.

Suelto un gruñido intranquilo. Es la segunda vez que miente hoy, más que nunca.

—Ya se ha puesto el sol —le recrimina Mamá—. Sabes que estar fuera tan tarde no es seguro.

—No lo volveré a hacer —promete él—. Bueno, ¿qué hay para cenar? ¿Guiso de nuevo?

—¿Qué es eso? —dice Papá. De repente su voz suena grave y peligrosa, como un cuchillo al ser sacado de su estuche.

Sigo gimiendo, nervioso, confuso. Al principio no sé a qué se refiere Papá, y Tom tampoco. Entonces todos lo vemos.

Del bolsillo de Tom asoma un trozo de tela roja, brillante como una mancha de sangre fresca.

Tom palidece. Papá le coge la tela y se la planta a Tom en la cara.

—Dime que esto no es lo que creo —gruñe.

Tom vuelve a arrebatárselo.

—No... no es nada. Me lo he encontrado en el campo, y...

—¡Mentiroso! —Papá lo agarra por la camisa—. ¿Dónde estabas?

Me escurro bajo la mesa para lamentarme en silencio, pero hoy es inútil intentar esconderse: el mal ambiente que irradian todos ha llenado la cocina. Eso no me gusta, no me gusta nada.

—¡Tom! —grita Mamá—. ¡Ya sabes lo que significa ese color! ¡Si los guardias te lo vieran, te matarían!

Él se queda mirándola con cara de ira.

—¿Y qué? ¡Van a acabar matándonos a todos tarde o temprano, sin importar lo que hagamos! Van a ponernos impuestos hasta que nos muramos de hambre o a dispararnos en la calle sin ningún motivo. ¡Mejor morir luchando que sin hacer nada!

—¡Ja! —La risa de Papá no es de verdad—. Así que no te importa que te disparen, ¿eh? ¿Qué vas a hacer a la próxima, una marcha hasta el castillo?

—¡Sí! —exclama Tom, furioso—. ¡Eso es exactamente lo que voy a hacer!

La cocina se queda en silencio.

—Prométeme que no lo dices en serio —le pide Papá por fin, con voz tensa como la piel de un tambor.

Tom respira hondo. Le tiemblan las manos, pero no se echa atrás. De repente parece más alto.

—Hoy he jurado fidelidad a los rojos. Vamos a rebelarnos a la vez por todo el país, en pueblos y ciudades. Vamos a reunir a tanta gente como podamos y tomar los caminos. Y cuando seamos los suficientes iremos al castillo y haremos que el rey oiga nuestras exigencias. —Mira a Mamá y a Papá con los ojos brillantes—. Seremos veinte por cada guardia. Al rey no le va a quedar más remedio que escucharnos. Verá que no puede apretarnos más. Se acabarán los permisos y el doblar los impuestos...

Mamá agita la cabeza. Se ha echado a llorar.

—Oh, Tom...

Él la coge de la mano.

—Pero yo no voy a combatir, mamá. Los rojos no solo necesitan soldados. Jinete dice que yo puedo dibujar carteles que muestren lo que vamos a hacer y colgarlos en los pueblos, y...

—¿Jinete? —salta Papá—. ¿Quién es Jinete?

Tom traga saliva, como si lo que intentara tragarse fuesen sus palabras.

—Es... es un hombre valiente. Y le gustan mis dibujos. Está convencido de que pueden hacer que las cosas cambien.

Papá casi grita:

—¿Dibujos? ¿Vas a hacer que te maten por tus estúpidos dibujos?

Tom también alza la voz. Y también se ha echado a llorar, con fuertes sollozos que lo hacen interrumpirse.

—¡Mejor morirme que vivir aquí!

Papá acaba de estallar, y empieza la discusión de verdad. Papá le grita a Tom, Tom le grita a Papá, Mamá les grita a los dos que paren. No lo soporto. Corro escaleras arriba tan rápido como puedo y me entierro bajo las sábanas intentando ahogar el ruido, pero es imposible. Oigo que Papá golpea la mesa con los puños, y a Mamá que aparta sillas para llegar hasta Tom, y las voces de los tres suben haciendo temblar el suelo de madera con palabras duras y llenas de furia.

Entonces oigo las peores palabras de todas:

—¡Te odio! ¡Te odio!

Tom lo grita tan fuerte que lo oigo como si lo tuviese a mi lado. Sube las escaleras con pasos pesados, entra corriendo, da un portazo y se tira boca abajo en la cama.

Por fin la casa vuelve a quedarse en silencio. Solo se oyen los sollozos de Tom, ahogados por la almohada.

Únicamente puedo hacer una cosa. Salgo de debajo de las sábanas, me tumbo a su lado, cierro los ojos y le dejo sentir mi calor para que sepa que estoy con él, que no está solo, que lo quiero.

Funciona. Siempre funciona. Extiende un brazo y me acerca a él.

—Oh, Rebel —solloza, y hunde la cara ahora en mi lomo.

Él y yo siempre hemos sido así, justo lo que necesita el otro, desde que él me encontró en una zanja entre la nieve. Dice que yo era tan pequeño que le cabía en la palma de la mano. Con solo verme supo que íbamos a estar juntos para siempre; yo sería su perro y él sería mi niño.

Me metió dentro de su abrigo y me trajo a casa. Mamá y Papá intentaron convencerlo de que me dejara; dijeron que yo estaba demasiado enfermo, que intentar mantenerme vivo era cruel. Pero Tom no les hizo caso. Construyó una cunita metiendo sábanas en una caja y la colocó frente a la chimenea para que yo siempre tuviera calor, me dio de la mano leche y pan y se quedó conmigo día y noche hasta que por fin mejoré.

Ese es mi primer recuerdo: recostado con Tom junto al fuego mientras me daba de comer, sabiendo que todo iba a ir bien porque él estaba conmigo.

Ahora yo hago lo mismo por él. Giro, le lamo las lágrimas y le hago saber que todo va a ir bien. De poder hablar, le diría: «Por favor, no llores. Mañana Papá y Mamá seguirán queriéndote. Mañana el sol volverá a brillar. Mañana nos sentaremos en el Campo de Arriba y podrás dibujar tanto como quieras y desayunaremos beicon y cenaremos guiso de cordero y todo esto quedará olvidado».

Sé que Tom va a seguir triste un buen rato, pero Mamá y Papá tienen razón: lo mejor es quedarse en la granja. Mañana él lo comprenderá, y se olvidará de los rojos y de Jinete y de la revuelta, y todo volverá a ser como antes.

¿Por qué iba a querer cambiar nada si todo es ya perfecto?

6
QUIETO

Nadie sabe cómo comenzar el día siguiente.

El ambiente en casa es muy desagradable, como si una nube de tormenta hubiese venido desde las montañas y se hubiera colado por una ventana, llenándolo todo de oscuridad y humedad. Siento que debería quedarme en la cama con Tom, pero abajo huele a beicon y me escabullo hasta la cocina a ver si sobra un poco. Tom lo es todo para mí, pero el beicon es el beicon.

Mamá y Papá están sentados a la mesa esperando a Tom, que tarda mucho más de lo normal. Cuando por fin aparece va mirando al suelo, el flequillo casi tapándole los ojos.

—Lo siento —murmura. Nadie esperaba que dijera eso. Al menos yo no lo esperaba—. No voy a unirme a los rojos. Me emocioné demasiado. Ha... hagamos como si no hubiese pasado nada, ¿de acuerdo? —Y traga saliva con gesto culpable.

La tensión se deshace como si se abriera una rendija entre las nubes. Mamá se levanta y le da un abrazo. Parece a punto de echarse a llorar de nuevo. No lo entiendo: son buenas noticias. ¡Tom va a quedarse, como tiene que ser!

A Papá se le inunda la cara de alivio. Le coge una mano a Tom y la aprieta fuerte.

—No quería perder los nervios. Es solo que... conocí a gente que murió luchando contra el rey. Gente a la que se llevaron. No

soportaría perderte así, no podría. —Le aprieta la mano aún más—. Enterraremos el pañuelo en el campo de abajo, nos aseguraremos de que la guardia nunca sepa que fuiste a la reunión.

Tom niega con la cabeza.

—Ya no existe. Anoche lo tiré al fuego.

Me lo quedo mirando: no lo vi tirar nada al fuego. Debió de hacerlo mientras yo dormía. Pero me hubiese dado cuenta, ¿no?

No importa. Ya está arreglado todo, todo ha vuelto a la normalidad. Siento el amor que vuelve a fluir entre Tom y Mamá y Papá, como la luz del sol que se filtra por entre los árboles. La casa sigue herida, doliente, pero sé que va a ponerse bien.

El resto de la mañana es perfecto. El cielo brilla como una cinta de seda azul, y los campos y el aire están llenos de bichos. El mundo entero es una flor abierta, exuberante, aromática. Uno podría quedarse todo el día sentado en el mismo lugar y no sentir el mismo olor dos veces. Papá se pasa la mañana charlando y bromeando con Tom, le acaricia la espalda mientras trabajan. Es como si tuviera un hijo nuevo.

Pero siento que Tom tiene la cabeza en otra parte. Se ríe con Papá, pero en cuanto él aparta la vista, para y se pone a mirar al cielo. No sé qué busca: no hay nada, solo azul y sol. Aún debe de sentirse triste por la discusión.

Al poco de acabar el almuerzo, Tom y yo nos quedamos a solas en el Campo de Arriba, mirando pastar a las ovejas. Es nuestro mejor momento del día. Estoy tan contento que corro sin parar de ladrar, y encuentro un palo para que Tom me lo tire.

No lo hace. Ni siquiera me mira. Ve que Papá vuelve a la granja y después vuelve a mirar al cielo, como comprobando algo. ¿Qué está pasando?

Va hacia la verja y empieza a trepar. Se quita el morral, lo abre y saca algo de dentro.

El corazón se me encoge: es el pañuelo rojo. El de anoche. No se libró de él. ¡Ha mentido otra vez a Mamá y a Papá!

¡Y entonces va y se lo pone!

—Quieto, Rebel —susurra—. Buen chico.

De repente entiendo por qué ha estado mirando al cielo toda la mañana: para ver la hora. ¡Va a ir a otro encuentro! ¡Va a verse de nuevo con Jinete!

Es demasiado. No puedo permitir que, justo después de que se haya arreglado, vuelva a estropearlo todo. Corro hacia él y ladro tan alto como puedo.

—¡No! ¡No te vayas!

—No, Rebel. —Tom no me ha entendido—. No puedes venir. Tienes que quedarte.

No voy a dejar que se vaya. Ladro y ladro, salto y le muerdo los pantalones para arrastrarlo de vuelta.

—¡No! —grita él de repente, los ojos brillantes de furia—. ¡Perro malo!

Me echo atrás, descorazonado. ¿«Perro malo»? ¿Cómo ha podido decirme eso? Intento ayudarlo. Intento mantenerlo a salvo. No he hecho más que quererlo. ¿Cómo puede decirme que soy malo?

Tom señala detrás de mí.

—¡Vete! ¡Ya!

No puedo creérmelo. Doy unos pasos atrás con la cabeza gacha y el corazón destrozado. Es horrible: por primera vez no sé cómo ayudar a Tom. Todo está cambiando y no sé cómo impedirlo.

Apenas reúno valor para mirarlo. Cuando lo hago, tiene medio cuerpo a un lado de la verja y medio en el otro. Me mira, muy triste. No puedo evitarlo y vuelvo a agitar la cola. Debería de estar enfadado con él por mentir, por romper las reglas y por gritarme, pero es inútil: lo quiero demasiado.

Salta de la verja y vuelve conmigo. Agito la cola aún más fuerte. ¡Ha cambiado de idea! Quizá venga a acariciarme la cabeza y decirme: «Siento haberte gritado, Rebel. La verdad es que odio a Jinete y he decidido que no voy a ir al bosque. Quedémonos aquí y juguemos y miremos las montañas hasta que sea la hora del guiso. Y hagamos eso mismo un día y otro, para siempre, hasta el día en que nos muramos».

Pero no hace eso, sino que se quita el pañuelo rojo, se inclina y me lo ata a mí al cuello.

—Buen chico, Rebel —me susurra—. Eres un muy buen chico.

Golpeo el suelo con la cola. ¡Sí que soy un buen chico! Pero Tom no parece contento, sino más bien a punto de llorar. Se frota los ojos y la nariz, como cuando era pequeño, y me acaricia la cabeza por última vez, muy muy suave.

—Quieto —repite.

Y entonces se levanta y se aleja sin mirar atrás. Trepa la verja rápidamente y se adentra corriendo en el bosque, volviéndose cada vez más pequeño, hasta que se hace tan pequeño que ya no lo veo.

Me quedo atónito. Creí que iba a quedarse conmigo porque se había puesto triste. Pero se ha ido corriendo, y ni siquiera se ha llevado su pañuelo. Quizá vaya a decirle a Jinete que ha cambiado de idea y que no va a acudir a ninguna reunión más. Suena lógico: se siente triste por haberme gritado, así que ha ido a pedirle a Jinete que lo deje en paz.

Pero se ha llevado el morral. No entiendo por qué.

Por un momento se me ocurre seguirlo, pero no lo hago. Tom me ha dicho que lo espere aquí hasta que regrese, y eso es lo que voy a hacer. Soy un perro bueno y hago lo que Tom me dice. Porque le quiero.

Espero.

7
OSCURIDAD

Y espero.

Y espero.

Y espero.

Y espero.

Se ha hecho de noche. Está oscuro y hace frío. Ya ni se ven sombras en las colinas. Mamá y Papá llevan horas llamando a Tom. De las montañas llega un viento amargo, tan fuerte que apenas oigo los balidos de las ovejas.

—Frío —se lamentan—. Frío, hambre, miedo, frío.

Ya hace horas que tendrían que estar en el Campo de Abajo. Se han dado cuenta de que algo va mal. Se han juntado todas y tiemblan. Yo también tiemblo, aunque creo que no es por el frío.

Tom no ha regresado. Eso quiere decir que ha pasado algo. Pueden haberle pasado un millón de cosas, y ahora que he empezado a imaginármelas ya no puedo parar.

¿Y si se ha perdido? Es fácil en la oscuridad.

¿Y si se ha caído y no puede levantarse? Estará helado y dolorido y asustado.

¿Y si de camino a casa ha decidido buscarme algún sabroso regalo? La idea me gusta, pero no creo que sea el caso.

¿Y si lo ha atrapado un guardia y lo han arrestado? No quiero pensar en eso. Solo quiero que vuelva. Es lo que deseo con toda mi

alma. ¿Dónde estará?

El viento cesa un momento y oigo un ruido que llega desde la granja. Esta vez no es Mamá que lo llama.

Es un grito.

Algo malo ha pasado en la granja. Mamá o Papá podrían estar en peligro. Ya no puedo quedarme aquí. Tom querría que fuese a ayudarlos.

Bajo la colina corriendo tan rápido como puedo, salto la verja y paso por la puerta entreabierta de la granja. Veo que las cosas están mal, muy mal. Mamá solloza con la cabeza hundida en la mesa, Papá lleva su abrigo largo. Debe de haber estado fuera buscando a Tom.

—¿Qué ha pasado, cariño? —grita, casi ruega—. ¿Qué?

Mamá se incorpora, con la cara llena de lágrimas. Respira hondo, intentando calmarse lo suficiente como para contestar.

—He... he encontrado esto bajo su almohada...

Tiene algo en la mano temblorosa. Es una hoja del cuaderno de Tom. Hay algo escrito con carboncillo. Papá frunce el ceño porque no sabe leer como Mamá y Tom.

—¿Qué dice? —Le posa las manos en los hombros con suavidad —. Por favor, querida, tengo que saberlo.

Mamá toma un par de bocanadas más y alza la hoja. Cuando por fin habla lo hace muy rápido, como cuando una tormenta provoca que el río se desborde en las montañas y la corriente baje a toda velocidad hasta el Campo de Arriba.

—«Mamá, papá, siento haber tenido que mentiros, pero os prometo que un día os alegraréis de que lo haya hecho. Cuando vuelva todo habrá valido la pena y el país será nuestro de nuevo. Os quiero... —A Mamá se le quiebra la voz—. Os...».

Se echa a llorar de nuevo, apoya la cabeza en la mesa y deja caer la nota al suelo. Papá no la recoge; se queda inmóvil donde está, blanco como los huesos de las ovejas, demasiado estupefacto como para decir nada.

Tom no puede haber escrito eso. Nunca se escaparía de casa. Corro hacia la carta para olisquearla, para asegurarme de que ha sido él y no algún impostor como quizá Jinete.

Entonces veo que en la hoja no solo hay palabras. Tom también ha hecho un dibujo abajo, y nadie puede dibujar como él.

Se ha retratado a sí mismo en el torreón más alto del castillo del rey. Lleva una bandera roja, que ondea grande y orgullosa al viento. Debajo, el camino está lleno de gente, todos con pancartas y espadas y lanzas y vitoreándolo.

Pero este dibujo es diferente al último que había hecho.

Yo no salgo en él.

EL PEOR DÍA

8
ELECCIÓN

No sé cómo resisto el día siguiente.

Me despierto en la cama, solo. He dormido aquí para estar más cerca del olor de Tom, pero sin él no es lo mismo: está fría, triste, vacía.

Mamá está en la cocina. No hay beicon para desayunar y tampoco está Papá. Salió anoche, muy tarde, a buscar a Tom, y aún no ha vuelto. Mamá tiene la cara roja e hinchada de tanto llorar. Todo está mal. Todo es diferente. Es horrible, horrible, horrible.

Vago por la casa hasta que regresa Papá. Se le ve muy cansado. Ha ido caminando hasta Connick y ha vuelto, pero dice que no hay rastro de Tom por ninguna parte.

Después de contar eso apenas dice una palabra más. Mamá tampoco. Los dos huelen a tristeza, que es un aroma que se te pega y no te suelta. Gimoteo e intento llamarle la atención a Papá posando las patas sobre sus pies: las ovejas han pasado toda la noche en el Campo de Arriba, nadie las ha hecho bajar. Pero él ni se da cuenta de que estoy. Mira a la mesa, a lo que debería haber en ella y no está.

No puedo más. Salgo de la casa y voy como perdido por la granja. Hace un tiempo perfecto. Es otro día bonito y puro. La granja está en su mejor momento y Tom no está para verlo. No está, y yo no sé dónde está. Nunca habíamos pasado tanto tiempo separados.

De repente lo huelo en el aire. Por un momento se me detiene el corazón. ¡Tom ha vuelto! Pero entonces me doy cuenta de que solo es el olor que dejó ayer en el suelo al caminar por el Campo de Abajo. Hundo más el hocico en la tierra para sentirlo mejor. Ahí está, entre otro millón de aromas: su pelo, su piel, el carboncillo bajo sus uñas y las castañas en sus bolsillos. Todo lo que conforma su olor. Mañana o pasado el olor empezará a desvanecerse, llevado por el viento y la lluvia hasta que no quede nada.

Sigo el olor hasta el Campo de Arriba. Las ovejas siguen allí, balando tristes y abandonadas. Voy hasta la verja donde vi a Tom por última vez y contemplo el bosque, que está muy oscuro y parece muy profundo. No puedo creerme que lo haya dejado ir solo.

Siento una punzada de rabia conmigo mismo. ¿Por qué lo dejé irse? Tendría que haber encontrado alguna manera de hacer que se quedara. Tendría que haberle mostrado lo perfecto que es todo en la granja, hacerle ver que no era necesario que se fuera, que nunca lo sería. Tendría que haber hecho algo, lo que fuese.

Ahora sí sé exactamente qué hacer. Me siento en la hierba, mirando al bosque, y espero.

—¿Qué diablos haces?

Priscilla está entre un grupo de flores cercano, y me observa disgustada.

—Estoy sentado —contesto. A veces Priscilla es muy tonta.

—Eso ya lo veo —murmura, y se lame una pata—. Me refiero a ese trapo rojo tan feo que llevas al cuello.

Me cuesta unos segundos entender de qué habla. Sigo llevando el pañuelo de ayer.

—Me lo dio Tom. Mamá y Papá están demasiado tristes como para quitármelo.

—¿Y por qué no te lo quitas tú mismo?

—Porque me lo dio Tom —repito—. Y voy a quedarme esperándolo aquí hasta que regrese. Así verá que me he quedado quieto, como me dijo. Porque soy un perro bueno y le quiero.

Priscilla me mira como embobada, y entonces empieza a rodar por las flores, partiéndose de risa. Es la primera vez que la veo reírse de verdad.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —le pregunto.

Ella se estira, trazando un gran arco con su cuerpo.

—Puede que te pases mucho tiempo esperando —dice con tono irónico. Me hace enfadar.

—¡Me da igual! Esperaré todo el tiempo que haga falta. Un día, o hasta dos.

Priscilla me mira, sorprendida.

—Vaya, veo que no entiendes nada. —Se sienta frente a mí—. Tom se ha unido a los rojos. Los rojos van a rebelarse contra el rey. Puede que acabe siendo una guerra. Sabes lo que es una guerra, ¿no?

—Es cuando la gente se pelea entre ella.

—No solo se pelean, Rebel. —Ahora su tono es más suave—. Se matan. En las guerras la gente se mata.

Es como si el mundo entero se quedase paralizado a mi alrededor, como si todo en el campo se volviese blanco por la nieve excepto Priscilla y yo.

—N-no —tartamudeo—. Tom no haría eso. Él no se moriría.

—Quizá no tenga elección, Rebel.

Empiezo a darme cuenta de la horrible verdad: puede que Tom no vuelva pronto. Puede que no vuelva nunca. Que nunca vuelva a verlo. Que nunca más juguemos a perseguirnos o a lanzarme palos o a tumbarnos al sol. Que nunca vuelva a oír su voz llamarme «Rebién». Que su cama se quede fría y su silla vacía para siempre. Que su olor desaparezca como el rocío al amanecer.

Priscilla suelta un suspiro de lástima por mí.

—Escucha, perro de granja. Tú y yo nunca nos hemos llevado bien, pero voy a darte un consejo. —Se me acerca más—. Olvídate de Tom. Olvídate de ser su perro. No deposites tu amor en un humano, eso nunca acaba bien. Sé tú mismo. Eres lo bastante joven como para cambiar. —Mira hacia la granja—. Ahí estás muy bien: te dan de comer y un lugar calentito donde dormir. La granjera te cuidará cuando te hagas viejo, y morirás feliz y bien alimentado. Todo eso es más valioso de lo que crees.

Niego con la cabeza.

—Sin Tom eso no significaría nada.

Priscilla mira al infinito.

—¡Ay, por favor! Y todo por tu dueño...

—¡No es mi dueño! —grito, furioso—. Es mi amigo. Me necesita.

—Los humanos no necesitan a los perros, Rebel.

—¡Tom sí! —exclamo de nuevo—. Necesita tenerme con él cuando está triste o asustado. A veces me necesita para que lo haga sentarse y mirar la puesta de sol. Me necesita para que le recuerde lo bonito que es todo.

Ella suspira otra vez.

—Los humanos necesitan más que eso.

—No. Ellos creen que sí, pero no.

Priscilla agita la cabeza con lástima, se da la vuelta y agita la cola.

—Muy bien, pues te dejo con esta pregunta, perro de granja: si de verdad Tom es tu amigo y no tu dueño, ¿por qué sigues obedeciéndole?

Y, tras esas palabras, empieza a bajar grácilmente por la colina hasta desaparecer.

Yo no me muevo, y sigo mirando al bosque. Querría decirle a Priscilla que se equivoca: Tom nunca ha sido mi dueño. Lo es todo para mí. Es mis noches y mis mañanas y todas las horas entre ellas.

Pero en el fondo de mi alma sé que tiene razón. Sigo obedeciéndolo como si fuese mi dueño. Quedarme aquí puede que signifique que soy un perro bueno, pero no va a traerlo de vuelta.

Si de verdad es mi amigo, tengo que protegerlo. Tengo que luchar por él. Tengo que demostrarle cuánto lo quiero. Tengo que salvarlo, igual que él me salvó a mí.

Así que decido que ya no voy a hacer lo que me dijo. No voy a quedarme aquí sentado y ser un perro bueno.

Voy a traerlo de vuelta.

9
CRUCE

Me levanto. El corazón me late a toda velocidad mientras olisqueo el suelo. El olor de Tom sigue ahí, alejándose tras la verja y serpenteando por el bosque. Si lo sigo ahora que aún está fresco va a llevarme directamente hasta él. Podría encontrarlo y llevarlo de regreso a casa.

Solo tengo que salir de la granja.

El miedo me aplasta el pecho como si tuviera una pata encima, me impide avanzar. Nunca he ido más allá de la verja. Todo lo que necesitaba estaba siempre aquí, en mis terrenos: el Campo de Arriba, el Campo de Abajo, la granja, la casa, la cama de Tom...

Giro la cabeza y contemplo todo lo que me rodea. La granja nunca ha estado tan bonita..., pero hasta que Tom no vuelva nunca estará perfecta.

Me salvó cuando yo era un cachorro. ¿Quién más podría salvarlo ahora a él?

Respiro hondo, me armo de valor y me deslizo por debajo de la verja. Con ese simple gesto ya no estoy en casa. Nunca he estado tan lejos. Es una sensación extraña, como cuando nadas en agua embarrada y no tienes ni idea de cuán profunda es.

Hundo el hocico en el suelo. Ahí está el olor de Tom, que hace eses por el bosque como si fuese un hilo dorado. Lo sigo corriendo por entre los árboles, sin apartarme mucho. No siempre es fácil

seguir el rastro. A fin de cuentas, aquí hay otros miles de olores: abeto, pino, piedra húmeda, hojas en descomposición, pájaros y más. Noto por dónde han pasado conejos, dónde los armiños han marcado los árboles, el punto donde hace tiempo murió alguna criatura. Pero no me distraigo hasta encontrar lo que busco.

Otro olor: madera quemada, cenizas, tierra revuelta. Alguien acampó aquí anoche y después cubrió los rastros. Huelo a unas veinte personas más, su ropa, su sudor, sus botas pulidas, el tabaco de las pipas.

Agito la cola. Aquí tiene que ser donde Jinete llevó a Tom. Adonde sea que hayan ido los rojos, salieron de aquí. Solo tengo que seguirles el rastro. Ahora me resulta más fácil: veinte personas dejan mucho olor, y el hilo dorado del de Tom está entre ellas. Lo sigo por entre los árboles. El corazón se me acelera cuanto más corro y más fuerte se hace el aroma. Me estoy acercando.

Al cabo de un rato acaba el bosque, y los árboles son sustituidos por un antiguo camino de piedra. Ahora no hay nadie que pase por él, está vacío y silencioso. El rastro de Tom sigue por él. Lógico: dijo que los rojos iban a ir de pueblo en pueblo, reclutando gente para ocupar los caminos.

También huelo algo más: a Rata y a Babosa. El tufo de la pólvora de sus mosquetes sigue apestando el suelo por el que anduvieron hace un par de días. Se me erizan los pelos del pescuezo, en mi garganta empieza a formarse un gruñido. Los rojos han corrido un gran riesgo al salir del bosque e ir por el camino. Si los ve algún guardia va a dispararles al momento. La rebelión acabaría antes de empezar. Tom podría morir.

Tengo que alcanzarlos antes de que eso suceda. Sigo corriendo. El corazón me resuena como un trueno. ¡Ya voy, Tom!

Creo que llevo horas corriendo, el hocico muy cerca del suelo, pero no veo ni a una sola persona. Eso sí, huelo docenas de carretas y caballos. Al cabo de un rato los aromas se entremezclan, como malas hierbas que crecen y se enredan. Empieza a haber tantos que es casi imposible distinguir el rastro de Tom.

También oigo ruido, mucho ruido. Gente. Me emociono. ¿Habré alcanzado a los rojos? ¿Estará Tom cerca? Corro aún más rápido,

giro una última curva... y me detengo en seco.

No puedo creerme lo que veo. Me quedo tan atónito que bajo la cola y tengo que sentarme un momento. Más adelante hay edificios a ambos lados del camino. Nunca había visto tantos juntos. ¡Debe de haber como diez!

Agito la cabeza, incrédulo. Tiene que ser Connick, el pueblo en el que Tom y Papá van al mercado. Veo carros con pilas de gallinas, cestos de verduras, barriles con patatas aún cubiertas de tierra. También hay gente, más de la que había visto nunca. Se asoman por las ventanas mientras lavan, cargan cestos por el camino, friegan las entradas, sacuden las sábanas dispersando el polvo al aire. Nunca había visto suceder tantas cosas a la vez.

Es increíble. No tenía ni idea de que hubiera tanta vida fuera de la granja.

Aunque hay algo que no me parece normal, una atmósfera extraña que pende sobre el pueblo como niebla húmeda. Nadie habla. Nadie mira a nadie. Es como si el pueblo entero intentara ocultar algo, mantener algún secreto, sabedores de que están siendo observados.

¿Y dónde está Tom? No hay ni rastro de él. Me mantengo al borde del camino y sigo el desgastado hilo de su olor hasta más allá de las carretas y los edificios.

Entonces vuelvo a detenerme. Estoy en un cruce, en el centro del pueblo. Desde que he llegado aquí el rastro de Tom se ha vuelto cada vez más difícil de seguir, hay demasiados aromas por encima del suyo... pero ahora, de repente, en mitad del camino, ha desaparecido.

Corro frenéticamente intentando volver a encontrarlo, pero es inútil.

Tom se ha esfumado en pleno camino.

10

SEAMUS

—Vaya, vaya —dice una voz a mi espalda—. Parece que alguien por aquí está teniendo un día peor que el mío. Y no es poca cosa, teniendo en cuenta que a mí van a convertirme en salchichas.

Me doy la vuelta, pero solo veo una carreta vieja.

—Aquí arriba.

Alzo la cabeza. Un gran cerdo me sonríe, asomando el morro por entre los barrotes de una jaula no mucho más grande que él mismo.

—Pues sí. —Suelta un largo suspiro—. Aquí se acaba mi historia, la del pobre Seamus. Gracias a lo de doblar los impuestos, el granjero ya no puede mantenerme, así que me ha traído al mercado y me quiere vender. Lo dicho: de esta noche no paso. —Agita la cabeza, triste—. ¡Salchichas! ¡Y pensar que mi abuelo ganó el premio al mejor ejemplar porcino de Westchester! ¿A que es lo más trágico que has oído en tu vida?

No sé qué decirle. No sé qué es un ejemplar porcino de Westchester. La verdad es que no le he entendido más de tres palabras.

—¿Puedes ayudarme? —le pido—. Me llamo Rebel. Estoy buscando a alguien.

Seamus se alegra.

—¡Has acudido al cerdo ideal! Tengo una memoria única para las caras. Al viejo Seamus no se le escapa nada. Súbete a la carreta y

hablamos.

Muevo la cola. Si se le dan bien las caras, puede que sepa adónde fue Tom. Aunque saltar a la carreta es difícil: es grande y yo soy pequeño. Lo consigo al tercer intento.

—Ah, así está mejor —dice Seamus—, los dos a la misma altura.

Nunca había conocido a un cerdo como él. Bien pensado, nunca había conocido a ningún cerdo más que de vista. Tiene una mata de pelos duros de color naranja brillante y un colmillo que le asoma de la boca como si fuese una pipa. Sus grandes orejas caídas le tapan una y otra vez los ojos. Huele a pepinillos secos y sopa caliente.

—Sobre lo del niño al que busco... —empiezo.

—Sí, claro —replica Seamus—. Encantado de ayudarte, amigo Rebel. Aunque, gruñendo entre dos animales necesitados, quizá podamos ayudarnos el uno al otro. Hoy por ti y mañana por mí, ¿eh?

No estoy seguro de que vayamos a llegar a mañana, pero acepto. Todo sea por Tom.

—¡Espléndido! —exclama él—. Verás, estoy interesado en que no me maten. Normalmente no hay jaula que pueda retener al viejo Seamus. Créeme, me he escapado más veces de las que tú has comido caliente.

Vuelvo a mover la cola. Me encanta comer caliente.

Con una pata toca la puerta de la jaula.

—Por desgracia, esta se está mostrando más difícil de lo habitual. Quizá podemos hacer un trato: tú me ayudas a escaparme, y yo te ayudo a encontrar a tu amigo.

—Hecho —le contesto.

—Genial. Pues vamos a ello. Primero cuéntame del niño al que buscas. ¿Rasgos distintivos: tatuajes, parche en el ojo, pata de palo, algo así?

Abro la boca... pero no me sale nada. ¿Cómo describir a Tom? Es como intentar explicar a qué se parece el sol. No hay nada comparable a estar con él.

—Tiene doce años, aunque es alto para su edad. Tiene el pelo moreno y desarreglado. Hum... —De repente se me ocurre algo—: Y no estaba solo. Iba con un montón de gente, toda con pañuelos rojos, y un hombre con una piel de lobo...

Seamus reacciona de inmediato.

—¡Recuerdo bien a esa persona! Créeme, no era una visión fácil de olvidar. —Señala el camino con una pata—. Anoche pasaron por aquí. Iban hacia Drulter. Los acompañó medio pueblo. El de la piel de lobo los hizo subirse a las carretas y esconderse entre las cajas de frutas y verduras que iban al mercado de allí; después los tapó con mantas viejas. Solo les piden el permiso a los conductores, así que van a poder pasar sin que los vean. ¡Listo!

Muevo la cola aún más fuerte. ¡Qué ingenioso! Por eso ya no huelo a Tom: se subió a una carreta.

Pero dejo de mover la cola cuando me doy cuenta de lo que eso significa. Si las carretas salieron anoche, me llevan horas de ventaja. ¿Cómo voy a alcanzarlo?

Parece que Seamus me haya leído los pensamientos.

—No temas, amigo Rebel. Esta carreta también va a Drulter. No te bajes, y tarde o temprano alcanzaremos a tu jovencito.

Niego con la cabeza.

—No va a ser lo bastante rápido. Para cuando yo llegue puede que él haya vuelto a irse.

Seamus suelta un gruñido sabio.

—Mmm. No tienes más opción, amigo mío. Solo hay un camino por las montañas, y es este.

Frunzo el ceño. Algo de lo que Seamus ha dicho no acaba de sonarme bien.

—Espera un momento. Eso no es así. Hay otra forma.

No se me da bien recordar las cosas. Puedo, pero tengo que hacer un gran esfuerzo. Este es el momento de intentarlo. Cierro los ojos y me concentro en lo que Jinete le dijo a Tom.

«Los caminos de ovejas te conducen adonde quieras, y llegas antes que por los caminos normales».

Abro los ojos de golpe.

—Seamus, ¿hay algún camino de ovejas que salga de Connick?

—Ah, uno de esos antiguos de montaña. Ahí mismo, viejo amigo.

Señala con el morro un pasaje entre dos casas al otro lado del camino. Se podría pasar por delante y no verlo: es muy estrecho y el suelo está lleno de cantos; además, está cubierto con viejos

tablones de madera con avisos pintados en rojo. Sube una pendiente y llega a la cima de la montaña.

Ladro emocionado. No puedo evitarlo. Tengo la solución delante del morro. ¡El camino de ovejas! Así podré alcanzar a Tom. Iré por él hasta Drulter y llegaré antes de que sea demasiado tarde.

—¡Gracias, Seamus!

Él sonríe de oreja a oreja.

—Encantado de ayudarte. Y ahora, ejem, volviendo a nuestro trato... —Da un golpecito a la jaula con una pezuña—. ¿Podrías ayudar a un viejo cerdo a liberarse?

Me había olvidado de eso. Contemplo la jaula, nervioso. Nunca he abierto ninguna. ¿Cómo lo hago?

—Es sencillo —dice Seamus, que ha vuelto a leerme los pensamientos—. ¿Ves esa barra de madera? Está atada con esta cuerda vieja. Pártela con tus colmillos, suelta la barra y aquí te pillo, aquí te mato.

Estoy confundido. ¿Dice que va a matarme? No, no creo. Y, además, he prometido ayudarlo. Empiezo a rasgar la cuerda.

—¡Así se hace! —Agita las patas, contento—. ¡Muy bien, apreciado Rebel! Sigue así, hazlo por tu viejo amigo Seamus.

Rompo la cuerda con un último tirón. Ahora, a por la barra. La agarro con los dientes, subo la cabeza y la echo a un lado. ¡Clic! Se suelta y la puerta se abre.

—¡Lo has conseguido! —exclama Seamus—. ¡Buen chico!

Agito la cola, feliz. ¡Pues sí, lo he conseguido! ¡Sí que soy un buen chico!

—¡Eh!

Un hombre avanza hacia nosotros. Lleva un palo en la mano. Igual es él quien nos pilla y nos mata; parece furioso.

—Ah —murmura Seamus—, ese es el granjero. Mejor poner patas en polvorosa.

No hace falta que me lo diga dos veces. Salto de la carreta y corro hasta la entrada del camino de ovejas antes de que nadie pueda detenerme. Seamus sale disparado por el camino en dirección contraria al granjero.

—¡Gracias, Seamus! —le grito.

—¡Buena suerte, Rebel! —contesta él—. ¡Toda la del mundo!

Trago saliva. Voy a necesitarla. Una cosa es salir de la granja, pero adentrarme en las montañas... Las palabras de Jinete resuenan en mi cabeza: «Ahí hay cientos de formas de morir. Nieblas rápidas, ríos todavía más veloces y cosas peores. Y lobos».

Siento que las orejas se me pegan a la cabeza. ¡Lobos! ¡Mi peor pesadilla! ¿De verdad voy a hacer esto?

Sí, tengo que hacerlo. Si los caminos de ovejas son mi única forma de alcanzar a Tom, voy a hacerlo. Me enfrentaría a cien lobos y treparía mil montañas con tal de traerlo de vuelta a casa.

Pienso en él, respiro hondo y subo por el camino hasta el punto donde la cima se convierte en el cielo.

11

CAMINO DE OVEJAS

Correr por el camino de ovejas es diferente a correr por un camino normal. El normal es recto, liso y adoquinado; el de ovejas va en subida, da un montón de vueltas y está lleno de piedrecillas que me hacen daño en las patas. Al rato, estoy exhausto.

Pero cada vez que noto que empiezo a aflojar la velocidad pienso en Tom jugando a perseguirme o haciéndome cosquillas en la barriga o compartiendo conmigo su desayuno, y eso me hace volver a apretar el paso.

Por fin el camino empieza a volverse recto. Por fin veo el final, que llega hasta la cima de la montaña. Me obligo a hacer un último esfuerzo, corro...

... y me paro en seco.

No tengo palabras para describir la enormidad de lo que me encuentro.

Siempre había pensado que desde el Campo de Arriba se veía el mundo entero. Estaba equivocado. Muy equivocado.

La montaña en la que estoy es parte de una cordillera. La sigue otra montaña, y otra, y otra más... hasta desaparecer en el horizonte. Entre ellas hay mosaicos de campos y valles y bosques y ríos, oscurecidos por enormes sombras donde las nubes tapan el sol. El propio cielo es interminable. Es un paisaje sin principio ni fin. ¿Cómo es posible que nunca haya visto nada de esto?

¡Y los olores...! El corazón me golpea el pecho como un martillo a medida que los distingo. El conjunto es más profundo y más dulce que nada que haya olido en mi vida: agua fresca y mosquitos y pájaros y escarabajos...

Y algo más. Algo increíble. Se me hace la boca agua. Son unas flores que parecen tréboles, pero huelen dulces como las manzanas frescas. De repente me doy cuenta del hambre que tengo, no he comido en todo el día. Arranco unas cuantas y las mastico; enseguida un toque amargo recorre mi lengua como un rayo. Siento el toque picante en toda la cabeza. Nunca había probado nada como esto.

Como todas las que puedo, y al poco vuelvo a sentirme lleno de energía. Regreso al camino, que sigue ondulado como un cabello por la cima de la montaña. En algún momento me llevará hasta Drulter.

—¡Ya voy, Tom! —ladro.

Corro. El viento me acaricia el pelaje. Siento que ya estoy cerca de mi amigo. No veo el momento de reencontrarme con él.

De repente el camino se divide en dos, como una rama. Una mitad va hacia la izquierda, la otra hacia la derecha. Entre ellas hay un viejo cartel de madera. No puedo leerlo porque el musgo ha cubierto las palabras, y porque soy un perro.

Estoy confuso. No sé qué camino es el bueno. Bajo la cabeza y olisqueo el suelo en busca de pistas. Huelo ovejas y conejos y ciervos... y algo más, algo que no reconozco. Es como un perro, pero diferente. Más grande. Más sucio. Más salvaje.

¿Un lobo?

Se me eriza todo el pelaje. No tengo ni idea de cómo huele un lobo. Me imaginaba que olerían a fuego, algo brutal, oscuro y furioso. ¿Y si hay uno en el camino?

No puedo quedarme aquí paralizado: tengo que salir de la montaña y encontrar a Tom lo antes posible. A un lado crecen más de esas flores que parecen tréboles. Como un poco más para acumular energía, elijo el camino de la izquierda y echo a correr.

Al cabo de un rato el terreno se vuelve más estrecho y difícil, hasta que el camino desaparece del todo. Quizá no haya elegido el

correcto, pero no quiero subir de nuevo hasta la bifurcación. Ya hace horas que Tom ha estado por aquí; no puedo retrasarme más.

De repente, un estallido en el cielo me hace dar un salto. El sol precioso ha desaparecido, y ahora el trueno merodea por el cielo como un animal. Por aquí el tiempo cambia muy rápido. Pronto va a llover. ¿Qué hago?

Siento un retortijón, tan repentino que casi me hace detenerme. Aflojo la velocidad. Me duele mucho la barriga. Empiezo a sentirme muy raro, como si estuviese hinchado de agua, pero con la lengua seca como huesos viejos al sol. Se me nubla la visión. Parpadeo. Los ojos me arden como carbón encendido.

Parece que esa especie de tréboles no eran tan maravillosos.

Agua. Necesito agua. Veo un arroyo cerca del camino y casi ruedo montaña abajo por mi prisa por ir a beber. Doy un lametazo tras otro, pero eso no me calma el dolor de barriga ni el martilleo en la cabeza. Es como si me hubiera comido una bolsa llena de clavos. No podría estar peor.

Justo entonces empieza a llover de golpe, a raudales. En un instante estoy empapado. Tengo que encontrar refugio, pero aquí es imposible: estoy en lo alto de una montaña, sin nada entre mí y el cielo. El mundo entero se cubre de lluvia, de una punta a la otra. Estoy enfermo, perdido y agotado.

Intento dar un paso, pero me caigo al suelo. No puedo moverme. Creo que me estoy muriendo.

Decido hacer lo único que tiene sentido: cierro los ojos y sueño con Tom.

Estamos juntos en el Campo de Arriba. Es un día perfecto, como siempre. Jugamos a perseguirnos el uno al otro y soy feliz. Encuentro un palo para que él me lo lance.

Pero de repente se da la vuelta y echa a correr por el Campo de Arriba. No puede coger el palo porque lleva una gran bandera roja que ondea al viento.

Intento gritarle «¡Vuelve, Tom!», pero no puedo porque tengo el palo entre los dientes. Intento escupirlo, pero se vuelve cada vez más grande y pesado.

Tom corre al bosque y yo voy tras él, pero no puedo seguirle el ritmo. El palo se ha vuelto tan grande que se atranca entre los árboles. No puedo hacer más que contemplar cómo Tom se va volviendo más y más pequeño.

«¡No me dejes, Tom!», intento gritar.

Y ahora yo también empiezo a hacerme más y más pequeño. Vuelvo a ser un cachorro, acostado en una caja de madera, viendo a Tom salir de la habitación. Grito y grito, pero no me escucha porque soy un perro y no me entiende.

«¡Vuelve, por favor!», le ruego.

—Chissst —susurra una voz ronca.

Miro a mi lado. Entreveo un lobo sentado, grande, viejo, gris y solemne. Debería llevarme un susto de muerte, pero, no sé por qué, no es así. Y tampoco es que pudiese echar a correr por mucho que quisiera: me es imposible mover ni un músculo.

—Solamente ha sido un sueño. Intenta conservar fuerzas —dice el lobo.

No me importa lo que diga el lobo, ¡no puedo dejar que Tom se vaya!

—¡Tom! ¡Tom!

¿Por qué no me oye? ¿Por qué no vuelve?

12
JAXON

Abro los ojos. Eso ha sido un error. Vuelvo a cerrarlos.

Los abro de nuevo. Lentamente.

Suelto un gruñido de dolor. Nunca me había sentido tan mal. Jamás. Ni siquiera cuando me comí aquella cosa que flotaba en un charco, en el Campo de Abajo. Mi sangre es como vinagre caliente. Es como si tuviese la cabeza llena de piedrecillas y espinas. Debo de haber perdido medio día aquí tirado. ¿Qué voy a hacer?

—Estás despierto —gruñe una voz.

Giro la cabeza. Hay algo sentado ahí, algo grande y oscuro y peludo...

¡Un lobo! ¡No ha sido un sueño, de verdad hay un lobo a mi lado!

La sacudida que me produce el pánico me da la suficiente energía como para intentar echar a correr, pero no lo consigo, aún estoy demasiado débil. En cuanto me pongo en pie vuelvo a caerme.

Por suerte, no se trata de un lobo. Es un perro, pero enorme. Tiene un pelaje denso y oscuro y orejas puntiagudas, aunque le falta un trozo de una. Su voz es grave y profunda, suena como piedras entrechocando entre sí. Todo él parece de piedra: es fuerte, duro, gris y frío.

—Tuviste suerte de que te encontrara —dice—. Fui a echar un trago para pasar la noche y ahí estabas. —Coge algo del suelo y lo deja delante de mí—. Cómete esto.

Es un conejo muerto, con el pelo cubierto de sangre. El nudo que tengo en el estómago me aprieta aún más.

—Hazlo —me ordena—. Tienes que recuperar fuerzas.

No tengo la menor gana de comerme el conejo. Ni siquiera sé cómo hacerlo. Lamo cautamente la sangre de su cuello, y me sorprende ver que al instante me siento mejor. Sigo, ahora con deleite, y siento la energía como una flor que se abriese dentro de mí.

—A ver si lo adivino —dice el perro—. Comiste algo malo.

Abro la boca, pero la tengo tan seca que apenas consigo croar:

—Trébol especial...

—Acedera. Para los perros es venenosa. No vuelvas a comerla. ¿Puedes levantarte?

Aún tengo las patas débiles, pero el conejo ha ayudado. Me mantengo en un equilibrio precario.

—Bien —sigue él—. Ahora hazte un favor a ti mismo: da media vuelta y regresa a casa por donde has venido. Ve poco a poco y pide comida por el camino, tienes pinta de que hacer eso se te da bien. Quédate con el conejo.

Y con eso cruza el arroyo y empieza a subir hacia el camino. Una idea desdibujada se abre camino lentamente por entre la niebla de mi cabeza.

—Un momento. ¿Sabes cómo ir hasta Drulter?

El perro se detiene y se da la vuelta.

—Sí, así es como lo llaman los humanos. ¿Por qué?

Alzo la cabeza. ¡Puede que aún no sea demasiado tarde! Agito la cola un poco, pero me fuerzo a parar, no tengo fuerzas.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

El perro se me queda mirando y repite:

—¿Por qué?

—Para que pueda preguntarte una cosa.

—Puedes preguntármela sin saber mi nombre.

—Sí, pero así queda más educado.

El perro cambia de postura, irritado.

—Jaxon. Me llamo Jaxon.

—Hola, Jaxon. Yo soy Rebel. Necesito que me lleves hasta Drulter, por favor.

Jaxon sigue mirándome durante un momento. Quizás es que estoy enfermo, pero juraría que casi lo oigo parpadear.

—Perdona —dice por fin—. Me pareció que me pedías que te llevara a Drulter.

—Sí —asiento—. Tan rápido como puedas, por favor; tengo bastante prisa.

Jaxon vuelve a quedarse mirándome, y después se da la vuelta y emprende de nuevo su camino.

—¡Eh! ¿Adónde vas? —lo llamo.

—Desde luego, no a Drulter. Y tú tampoco. Te lo aseguro. Vas a comerte el resto del conejo y vas a regresar a tu casa.

Me entra el pánico. No puedo permitir que se vaya: es mi única posibilidad de encontrar a Tom. Voy hacia él con las patas temblorosas.

—¡Por favor, tienes que ayudarme! ¡Si no llego a tiempo a Drulter, voy a perder a Tom para siempre!

—¿Quién es Tom?

—Mi compañero.

Jaxon suelta un bufido de desprecio.

—Eso es problema tuyo, perro de granja. Yo no me debo a ningún humano, y tampoco soy tu sirviente. Adiós.

Sigue alejándose de mí. De repente me invade la furia. No me importa que sea tres veces más grande que yo, no me importa lo débil y enfermo que esté. Lo sigo, ladrando tan alto como puedo:

—¡Pues muy bien! ¡Si no me ayudas, ya encontraré Drulter yo solo, mal perro!

Jaxon se vuelve, con la boca curvada en una mueca de rabia... y se detiene.

—Estás parado en mitad del arroyo —me dice.

—¡Ya lo sé!

Pues claro que lo sé: el agua me llega al pecho y está totalmente helada.

—Mejor que salgas de ahí.

—¡Ya lo sé!

Pero sigo sin moverme.

De repente parece sentir lástima por mí.

—Mira, voy a hacerte un favor. Dime de dónde has venido y te indicaré el camino más rápido de vuelta. Si te quedas aquí vas a morirte. Las montañas no son muy amables con los perros tontos.

Al instante se me ocurre la solución.

—Sí, voy a quedarme aquí y morirme y va a ser culpa tuya. Voy a quedarme en este arroyo y comer acedera hasta que me salga por las orejas.

Jaxon aprieta los dientes.

—No voy a llevarte a Drulter.

—Tú mismo.

Me siento en el arroyo y me quedo mirándolo tan fijo como puedo.

Jaxon me ve con el agua hasta el cuello y los dientes temblando. Mira al suelo, después al cielo, y suelta uno de esos suspiros largos y potentes que suenan casi como un grito.

—Vale —gruñe—. Pero a partir de ahí vas a arreglártelas solo.

Me quedo alucinado. Por un momento no me creo lo que he oído.

—¿Vas a llevarme a Drulter? ¿En serio?

—Sí —contesta él con voz rendida—. No tengo ningún deber para con los humanos, pero sí para con otros perros que necesiten ayuda. Y tú, Rebel, necesitas más ayuda que ningún otro perro que haya visto en mi vida. Es todo un milagro que sigas vivo.

No puedo creérmelo. Mi plan ha funcionado, ¡y todo por hacerme el estúpido!

—¡Gracias, Jaxon!

—A lo mejor ahora sí quieres salir del arroyo.

—Sí, sí, claro.

Me alegro de que lo haya dicho: estoy congelado. Salgo y me agito para secarme.

—Y tráete el conejo.

—Buena idea.

Cruzo de nuevo el arroyo para cogerlo y salgo corriendo tras Jaxon. Hago lo que puedo por seguirle el ritmo. El corazón se me

acelera en el pecho, y no porque ayer casi me muriera, sino porque ya no estoy perdido. ¡Aún puedo salvar a Tom!

—Gracias por ayudarme —le digo—. De verdad, te lo agradezco mucho. Y Tom también te lo agradecería si lo supiese. Y Mamá y Papá. Priscilla no, pero eso es solo porque es una gata. Las ovejas sí. Son un montón: Kitty, Agnes, Mabel...

—Rebel...

—¿Sí?

—Cállate antes de que me hagas cambiar de idea.

13
COMPAÑERO

Corremos los dos por el camino de ovejas. Intento seguirle el ritmo a Jaxon, pero es imposible: él es mucho más grande que yo, y sus patas son más largas y más fuertes. Además, aún me siento fatal por la acedera que me comí. Al cabo de un rato, él se detiene y me contempla.

—¿No puedes correr más rápido? —pregunta. Quiero contestarle, pero estoy muy ocupado intentando no desmayarme—. Vale, iremos caminando. Pero eso significa que no llegaremos a Drulter hasta mañana.

Niego con la cabeza.

—¡No! ¡Podría ser demasiado tarde! Ya he perdido un día entero.

—O llegamos tarde —replica Jaxon con malas pulgas— o te fuerzas demasiado y no llegamos nunca. ¿Qué prefieres?

Suelto un gruñido. Tiene razón, no me puedo permitir volver a ponerme enfermo.

Vuelve a ponerse en marcha, pero esta vez al trote. Lo sigo, obediente. Aún tengo que esforzarme, pero es mejor que antes.

Intento romper el silencio:

—Así que eres un perro de montaña...

Jaxon me mira.

—Me dijiste que no ibas a hablar.

—¿Y qué otra cosa vamos a hacer para pasar el rato? —Él suelta un gruñido gutural. Vuelvo a intentarlo—: ¿Qué es lo que más te gusta de las montañas?

—El silencio.

—¡A mí también! —asiento—. Y el espacio. Nunca había visto tanto espacio. Seguro que uno podría pasarse semanas sin ver a otro perro. Debes de sentirte muy solo.

Ahora es Jaxon el que niega con la cabeza.

—Nunca me siento solo. Soy un Sin Dueño.

Parpadeo.

—¿Qué es un Sin Dueño?

Él se yergue ligeramente.

—Pues eso, un perro que no tiene dueño, que nunca ha visto el interior de una casa o ha comido de un plato o al que le hayan obligado a hacer gracias.

Me quedo atónito.

—¿Nunca has vivido con un humano?

Jaxon suelta un resoplido de desprecio.

—Seguir órdenes, rogar comida... Para mí eso no es vida. Los perros fuimos animales salvajes durante miles de años, hasta que empezamos a depender de los humanos para todo. Pero no los Sin Dueño. Contamos solo con nosotros mismos.

—¿Y quién te da de comer?

—Me alimento por mí mismo.

—¿Cómo?

—¡Ja! ¡Una pregunta digna de un perro casero! Yo cazo, Rebel. Cuando éramos salvajes todos cazábamos, los humanos nos temían. Por eso, decidieron hacernos bajar a su nivel. Nos hicieron olvidar quiénes éramos para convertirse en nuestros dueños. Típico de ellos: quieren que todo sea de su propiedad.

Pongo cara de estar poco convencido.

—Tom no es mi dueño, solo me cuida.

—Es lo mismo.

—No, no lo es.

—¿En serio? —pregunta Jaxon—. ¿Y qué hay de ese trapo rojo que llevas al cuello?

Se refiere al pañuelo. Lo miro, a la defensiva.

—No es un trapo. Es especial. Me lo dio Tom.

—Así que tu dueño te daba de comer y te vestía, ¿y tú sigues diciendo que eres libre?

Estoy empezando a indignarme un poco.

—Tom no es mi dueño. Es mi amigo.

Jaxon se echa a reír por todo comentario. Quisiera seguir discutiendo el asunto, pero él va muy rápido y me quedo sin aliento siguiéndolo.

—Entonces ¿es mejor estar solo? —le planteo entrecortadamente —, ¿vivir solo sin nadie que cuide de ti?

Él no deja de mirar adelante.

—Nunca estoy solo. Vaya adonde vaya, mi Compañero viene conmigo.

—¿Tu qué?

—Mi Compañero —repite—. El espíritu que guía a todos los perros. El Compañero es quien nos ha puesto en este mundo, y quien cuando llegue el momento nos sacará. Nunca nos da patadas ni nos abandona ni nos hace servirlo como si le perteneciésemos. Siempre camina a nuestro lado.

Miro alrededor, confuso. Seguro que, de tener yo un perro acompañándome todo el rato, ya me habría dado cuenta.

—¿Y... ahora mismo ese Compañero está con nosotros?

—Sí.

—Pues no lo veo.

—No.

—Ni lo huelo.

—De eso se trata.

De verdad que no lo entiendo.

—Pero, si no puedes verlo, ¿cómo sabes que está? ¿Y si se ha ido con otro perro o ha ido al lavabo o algo así?

—Me parece que ya hemos hablado bastante por hoy, Rebel.

—Vale.

Durante el resto del día no nos decimos nada. Jaxon siempre sabe por dónde ir, y yo solo tengo que seguirlo. Y me viene bien: me deja mucho tiempo para pensar en Tom, en su pelo, en su voz, en

su sonrisa mientras me hace cosquillas en la barriga. Mi corazón arde de amor por él. Me pregunto cómo le estará yendo sin mí. No se llevó un jersey, y por muy verano que sea sigue haciendo frío de noche y yo no estoy para tumbarme a su lado y darle calor. Espero que coma lo suficiente.

Y espero que él también piense en mí.

Hacia el final del día, el sol me ha secado del todo y se me han pasado los efectos de la acedera. Estoy cansado de tanto caminar, pero el aire de la montaña me ha dado fuerzas. Es como si aquí arriba los pulmones se me hubieran hecho más grandes. Y es que aquí todo es más amplio: hasta se ve el punto donde se pone el sol y envía sombras al mundo entero como agua que empapara una tela. No tenía ni idea de que la puesta de sol tuviera ese efecto.

Jaxon se sale del camino y me lleva hasta un pequeño claro de pinos. Está lleno de vida: gusanos y raíces y moho y setas; todos sus olores se mezclan en el aire como en una sopa. Cada centímetro de superficie —el suelo, los troncos, las ramas caídas— está cubierto por una capa de musgo de un color verde brillante; es como si el bosque se hubiese puesto un abrigo.

—Es un buen lugar para pasar la noche —anuncia Jaxon.

Trago saliva.

—¿Y los lobos?

Niega con la cabeza.

—Se mantienen en la espesura de más arriba de la montaña. Mientras sigamos el camino no tendremos problemas. Voy a buscarnos algo para cenar. Tú quédate aquí y... ¿Qué haces, Rebel?

—Sss nnn p-lo —mascullo con el palo en la boca.

Jaxon se me queda mirando. Lo dejo caer. Parece que no le gustan los palos.

—Vale, entonces podemos jugar un rato a que me persigues. O puedo perseguirte yo a ti. No hace falta que me llames «Rebién» ni nada, aunque, si quieres hacerme cosquillas en la barriga, por mí perfecto.

—Voy a buscar comida —repite él.

—Vale.

Sale del claro y desaparece sin decir nada más. Agito la cabeza. Tiene opiniones sobre cualquier cosa, pero ni idea de cómo ser un perro. No me imagino nada peor que ser un Sin Dueño, no pertenecer a ningún lugar, no tener trabajo ni obligaciones ni nadie que te cuide. ¿Y si te viene hambre o necesitas que te rasquen la cabeza? Ojalá tuviese ahora mismo a alguien que me rascara la cabeza.

No importa. Aquí arriba, contemplando las montañas, es como estar de vuelta en el Campo de Arriba. Me hace recordar a qué he venido. Por mucho frío y hambre que tenga y por muy débil que esté, valdrá la pena si Tom y yo volvemos a estar juntos. Me recuesto sobre un tronco y hago como si este fuese Tom. Por un momento todo vuelve a parecer casi normal.

Para cuando Jaxon regresa ya es de noche, y lleva un conejo muerto en la boca. Lo deja en el suelo y le pone las patas encima para que no se mueva mientras lo parte en dos trozos sanguinolentos con los dientes. Me tira el más pequeño. Me quedo sin palabras del asco que me da.

—No te lo comas demasiado rápido —dice.

No creo que haya mucho riesgo de eso, pero cambio de idea en cuanto pruebo la sangre y me lo trago todo en dos bocados sin ni siquiera masticarlos. No es guiso de cordero, pero hace que me sienta mejor.

—Bueno, y ¿dónde vamos a dormir? —pregunto.

—Aquí.

—Ya, pero ¿dónde de aquí?

—Aquí —insiste Jaxon, y se tumba—. Estamos al aire libre. En el bosque no hay mantas, perro de granja. Así es la libertad.

Miro el suelo frío y húmedo. No es que esperara una cama, pero creía que la libertad sería un poco más cómoda.

—Duerme tanto como puedas —me aconseja—. Al amanecer saldremos directos hacia Drulter.

Se encoge en una bola y se queda dormido al momento. Yo me coloco tan cerca de él como puedo y también intento dormir, pero no me resulta fácil. No estoy acostumbrado a hacerlo al aire libre. Estoy

incómodo y tengo frío. Siento piedrecillas que se me clavan en al menos seis partes. Va a ser una noche muuuy larga.

Pero estoy más que contento. Mañana a esta hora Tom y yo volveremos a estar juntos, y poco después estaremos de nuevo en la granja y todo será como antes. Nos despertaremos por la mañana y me pasará comida por debajo de la silla y me perseguirá por la hierba. Nos sentaremos juntos en el Campo de Arriba y él nos dibujará a los dos. Pensar en ello hace que me sienta como si estuviese en la cama más calentita y cómoda del mundo después de comerme diez boles enteros del guiso de cordero de Mamá.

Me hago un ovillo, pongo la cabeza bajo la cola, cierro los ojos y sueño con Tom.

UN DÍA EXTRANO

14
DRULTER

Nos despertamos justo cuando la luz del sol empieza a asomar en el horizonte. Es un día muy bonito: una densa capa de niebla cubre el camino, y el rocío en el tojo brilla y crea un millón de pequeños arcoíris.

Me siento agarrotado después de pasar toda la noche tumbado en el suelo, como si fuese restos de leña. Jaxon se levanta y se estira desde la cabeza hasta la cola.

—¡Buenos días! —lo saludo con tono alegre—. ¿Has dormido bien?

Se me queda mirando.

—¿Por qué lo preguntas?

Suspiro. A veces mi compañero cansa un poco.

—Da igual.

Él asiente.

—Vamos. Drulter está por ahí.

No hace falta que me lo diga dos veces. Corremos toda la mañana sin parar. Sigo cansado por haber estado enfermo y dormir fuera e ir de un lado para otro, pero saber que veré de nuevo a Tom hace que la cabeza me zumbe como una colmena. ¿Qué dirá cuando me vea? ¿«Buen chico»? ¿Me ofrecerá algo de comer? ¿Me hará cosquillas en la barriga? Quizá me lance un palo para que vaya a buscarlo cien veces seguidas sin protestar ni una.

Aunque no es necesario que haga nada de eso. Solo quiero volver a verlo. Lo echo mucho de menos.

Tras un par de horas el camino empieza a bajar haciendo eses y veo el otro camino, el grande y adoquinado, en el valle. Veo una casa y otra y otra, y tres más juntas. De las chimeneas salen hilillos de humo. Seguimos bajando. El pueblo está cada vez más cerca.

Por fin llegamos. Después de casi dos días por el camino de ovejas lleno de piedras punzantes, los adoquines lisos me resultan tan suaves como la hierba fresca. ¡Lo he conseguido, he llegado a Drulter!

Pero ¿dónde está Tom?

Miro alrededor y olisqueo el suelo. No siento el menor rastro de su olor. Desde luego, Drulter es mucho mayor que Connick. Nunca había visto tantas casas, y algunas de ellas tienen tres pisos y un montón de ventanas. Aunque, para ser un pueblo tan grande, parece casi vacío. ¿Dónde están todos? ¿Dónde están los rojos? ¿Dónde están todas las carretas?

¿Y por qué hay tantos guardias?

La preocupación me punza en la barriga. Jamás había visto tantos guardias juntos. Van en grupos por el camino; todos vienen de las montañas y llevan sus mosquetes contra el pecho. No parecen estar de patrulla sino algo mucho más serio. Ninguno habla. ¿Qué está pasando?

De repente oigo gritos que llegan desde la otra punta del pueblo. No tengo ni idea de a qué se deben, pero no puede ser nada bueno. Corro tan rápido como puedo.

—¡Tom! —exclamo.

Sigo el ruido hasta ver a un grupo de niños fuera de una taberna. No están gritando sino riendo, y señalan emocionados un papel pegado a la puerta.

No es un papel cualquiera: es del cuaderno de Tom. También reconozco al personaje dibujado con carboncillo, el pelo largo y descuidado, los ojos...

Es el propio Tom. Se ha dibujado a sí mismo en el torreón más alto del castillo. Esta vez tampoco estoy yo a su lado sino Jinete, que

sostiene una bandera roja. Y eso no es lo único diferente de la imagen.

Tom está tirando a alguien del torreón de una patada, que cae con la boca abierta de terror y aleteando con los brazos, su túnica ondeando al viento. Se le ha caído la corona de la cabeza.

Se me hiela la sangre. Es el rey. Tom se ha dibujado tirando al rey del castillo. La caricatura podría traerle grandes problemas. Enormes.

Jinete debe de haberlo obligado. Gruño. Lo odio con toda mi alma.

—¡Largo, chucho!

Tres guardias pasan por mi lado, apartan a los niños a empujones y arrancan el dibujo. Los niños se van corriendo, sin parar de reír. Los guardias no se molestan en perseguirlos, sino que se pasan el dibujo entre ellos e intercambian miradas sombrías mientras se dirigen al interior de la taberna.

Jaxon me ha seguido por el camino.

—Bueno, he hecho lo que me pediste. ¿Has encontrado a tu amigo?

No sé qué decirle. No he encontrado a Tom; no está aquí. Se me ha vuelto a escapar. Ya debe de haberse ido, y ahora está más en peligro que nunca.

Hago lo único que puedo: me siento, alzo la cabeza al cielo y aúllo.

15
ROLO

*J*axon se queda mirando cómo aúllo.

—Para de una vez —murmura.

Pero no lo hago. Los aullidos me salen del pozo de tristeza que tengo en mi interior. No puedo evitarlo. Tom no está aquí. No sé dónde está. Si los guardias lo atrapan lo reconocerán por el dibujo. Lo arrestarán o le pegarán un tiro y no volveré a verlo.

—¡Eh! —exclama Jaxon—. ¡Venga, cálmate de una vez!

—T-T-Tom... —es lo único que consigo decir entre temblores.

Jaxon abandona de repente su expresión severa. Ahora parece sentir lástima por mí.

—Preguntemos por aquí. Alguien habrá visto a tu amigo. —Empieza a ir decidido hacia la parte trasera de la taberna—. Miremos por donde las cajas. Siempre hay algún perro vagabundo que está al tanto de todo.

Lo sigo, desanimado. No veo de qué va a servir hablar con otro perro, pero estoy demasiado triste y destrozado como para discutir.

En efecto, hay un perro subido a los cajones apilados, con la cabeza enterrada dentro. Cuando nos acercamos levanta el morro pelado y gruñe.

—Perdeos, esto es mío. Yo lo he visto prime...

Pero entonces sucede algo extraño: en cuanto nos ve bien empieza a mover la cola como un loco.

—¡Hola, amigos! —exclama—. Yo soy Rolo. ¡Es maravilloso veros!

No es un perro vagabundo. Es grande, de pelaje brillante, cuidado, y está bien alimentado. Se me acerca y me olisquea feliz. Yo también muevo la cola. Me alegra encontrarme con alguien amistoso para variar. Huele a salchichas.

—Hola, Rolo. Me llamo...

—Ah, vaya —me interrumpe él, y su cola se detiene al instante—. Pensé que llevabais comida. Dejadlo estar. No voy a hablar con vosotros si no tenéis...

Se calla a media frase y sale corriendo hacia un grupo de guardias que va a la taberna.

—¡Hola, amigos! —exclama, y vuelve a agitar la cola—. Yo soy Rolo. Es maravilloso...

—¡Piérdete, perro estúpido! —le espeta uno de los guardias, e intenta ahuyentarlo con un pie.

Entran en la taberna con paso firme y cierran de un portazo. Rolo se queda mirando la escena, decepcionado.

—¿Lo veis? —se lamenta—. Todo el día lo mismo. Llevo aquí desde la hora del desayuno y no he conseguido ni una triste salchicha.

Jaxon suelta un resoplido de reconocimiento.

—Ya veo que eres un perro de pub.

—Exacto. Y normalmente es genial: solo tengo que acercarme a alguien, mover un poco la cola, poner esta cara —parpadea varias veces haciéndose el encantador—, y consigo tanta comida como quiera. Sobre todo, si ellos ya llevan un par de tragos encima. Trozos de patatas fritas, restos de tarta, chicharrones, pellejo de gallina...

Saliva tanto que su boca parece una cascada. Yo también: llevo días sin comer decentemente. Hasta a Jaxon se le escapa algún hilillo de baba.

—Y de repente, anoche va y aparece un grupo de personas con pañuelos rojos al cuello —sigue lamentándose Rolo—. ¡Y, desde entonces, nada! El cocinero ha desaparecido, y también los del establo. ¡Medio pueblo se ha esfumado!

Jaxon y yo nos miramos. Tienen que haber sido Jinete y los rojos. Deben de haber estado reclutando a más gente aquí en

Drulter y después se habrán ido de nuevo.

—¿Has visto hacia dónde se fueron? —pregunto, esperanzado.

—Qué más da —responde Rolo con tono patético—. Ya es casi la hora del almuerzo y estoy muerto de hambre.

Jaxon empieza a perder la paciencia.

—Para de quejarte. Tienes el deber de ayudar a otro perro que esté en peligro.

Rolo no parece tener más deber que para con las salchichas, pero Jaxon le da un poco de miedo.

—Hum... Hace un rato oí a dos guardias mientras miraba debajo de las mesas. La gente tira comida al suelo, ¿sabéis? Trozos de sándwich, patatas, cebolletas en vinagre...

—¡Basta ya! —le suelta Jaxon, agitando la cabeza y lanzando babas en todas las direcciones.

Rolo intenta concentrarse en su historia.

—Los oí decir que habían llamado a todos los guardias de los pueblos más lejanos para que fuesen a Unsk. Es por algo de esos «rojos».

Unsk. Ese nombre me suena. Cierro los ojos y pienso con todas mis fuerzas en dónde lo he oído. Al final lo recuerdo: es el pueblo que había mencionado Papá, el que tiene el gran mercado. Los rojos deben de dirigirse ahí... seguidos ahora por todos los guardias de kilómetros a la redonda.

Me vuelvo hacia Jaxon.

—¡Tenemos que ir a Unsk! ¡Ya!

Él pone cara desinteresada.

—¿«Tenemos»? Te dije que te traería aquí y nada más.

—¡Pero Tom está metido en un buen lío! —exclamo.

—¿Tom? —Rolo se alegra de repente—. ¿Quién es Tom? ¿Lleva comida?

—Es su dueño —contesta Jaxon, mirando al infinito.

—¡No es mi dueño! —aclaro—. ¡Es mi amigo! ¡Y tiene problemas! —Miro a Rolo y le ruego—: Tienes que ayudarme. Los guardias quieren arrestar a Tom o algo peor. ¡Muéstrame el camino a Unsk para que lo encuentre antes que ellos!

Rolo pasa la mirada de mi cara al pañuelo rojo que llevo al cuello, como si acabara de reparar en él. De repente se pone pensativo. No puedo evitar fijarme en que vuelve a salivar.

—Claro, claro, amigo mío. —Empieza a dirigirse al interior de la taberna—. Voy a mostrarte el camino. Permíteme... entrar antes un momento a coger una cosa. Espérate aquí.

Suelto un bufido de alivio.

—Gracias, Rolo.

Él entra por la puerta sin mirar atrás. Jaxon lo contempla con el ceño fruncido.

—No me fío de ese perro.

—¿Por qué? Va a ayudarme, que ya es más de lo que estás haciendo tú.

Él se enfada.

—Ya te he ayudado, Rebel. Y ahora me voy. —Echa a caminar—. Suerte con tu búsqueda. Necesitarás encontrar a Tom.

Lo miro irse y me vuelve a hervir la sangre.

—¡No necesito suerte, tengo a Rolo! Tú regresa a tu asquerosa montaña y sigue siendo un Sin Dueño el resto de tu vida, y yo...

Me interrumpe el ruido de la puerta de la taberna al abrirse a mi espalda. Rolo vuelve, dando saltitos como un cachorro.

—¡Por aquí, amigos! —nos llama—. ¡Seguidme!

Empiezo a hacerlo... pero entonces me doy cuenta de que no me habla a mí, sino a un guardia al que está tirándole de la manga y a otro que lo sigue de cerca.

Y no son dos guardias cualesquiera. Son Rata y Babosa.

—¿Qué le pasa a este perro estúpido? —protesta Rata, intentando soltarse—. ¡Déjame en paz, inút...!

—¡Eh, mira! —lo interrumpe Babosa, y me señala—. ¡Es ese perro de la granja del otro día!

Me quedo con el rabo entre las patas. Rolo ha traído a los guardias ante mí. Nos ha traicionado. Rata entrecierra los ojos: me ha reconocido.

—Es Rebel. Y lleva un pañuelo al cuello. Ese niño suyo debe de andar cerca. Estará con los rojos.

Rolo sigue dando saltitos alegres a sus pies.

—¡Exacto! ¡Y Rolo os ha conducido a él! ¡Rolo se merece una salchicha!

—¡Corre! —grita Jaxon, y sale disparado por el camino.

Eso hago. Las patas traseras casi me chocan con las delanteras. Rata ya ha empezado a perseguirnos, apartando a Rolo de un empujón y con el mosquete al hombro.

—¡Detened a ese perro! —grita.

16
TOJO

Salgo a toda velocidad de Drulter y vuelvo a trepar por el camino de ovejas, siguiendo la nube de polvo que Jaxon levanta a su paso.

Oigo cómo Rata y Babosa me siguen, gritándose el uno al otro que me atrapen.

Acabo en la misma cresta en la que estaba hace una hora. Miro alrededor en busca de Jaxon, pero no hay ni rastro de él. ¿Dónde está?

Entonces oigo algo en los matorrales a un lado del camino, y por fin lo veo. Se ha tirado sobre el puntiagudo tojo para evitar a Rata y Babosa. Me arrastro hacia él, con la barriga contra el suelo y el pelaje que se me engancha con las espinas.

Jaxon me mira horrorizado.

—¿Qué haces? —gruñe.

—Te estoy siguiendo —contesto, confuso—. Juntos estaremos más a salvo.

—¡No! ¡Esos dos te buscan a ti, no a mí! ¡Y los estás haciendo venir hacia aquí!

De repente se calla. Rata y Babosa han llegado justo detrás de nosotros en el camino. Se detienen a recuperar el aliento.

—¿Dónde estarán? —se pregunta Babosa, entrecortadamente.

—Tienen que estar en ese tojo —contesta Rata.

Babosa replica, fastidioso:

—Pues yo no voy a meterme ahí.

—¡No podemos dejar que se nos escapen! —exclama Rata—. Hazme caso: si el perro está aquí, el mocoso no andará lejos. Nos va a llevar directo al escondrijo de los rojos.

Babosa frunce el ceño.

—Eran dos perros.

—Al grandote no lo necesitamos, solo al del pañuelo. ¡Vamos!

Intenta abrirse paso por entre el tojo, pero las ramas son demasiado gruesas. La chaqueta dorada se le engancha con las espinas y se desgarra una y otra vez.

—Esto no funciona —dice.

—¡Ya me he dado cuenta! —suelta Rata, que contempla los matorrales, a la vez humillado y furioso—. Ven aquí, se me ocurre otra idea.

Desaparecen de mi vista, aunque los oigo discutir más adelante. Deben de estar buscando otro lugar por donde meterse en el tojo.

—Genial —protesta Jaxon—. Ahora estamos aquí atrapados hasta que se larguen. Ya te avisé de que no llevaras ese pañuelo ridículo.

Eso me indigna.

—No es ridículo. Me lo puso Tom.

—Pues quítatelo —ordena. Su voz suena grave y amenazante.

Pero yo me mantengo en mis trece.

—No. Es lo único que me queda de él.

Jaxon ruge y salta sobre mí. Al momento me tiene clavado al suelo con sus patas, sus colmillos demasiado cerca de mi morro.

—Quítatelo o te lo arranco yo.

—¡No! —grito.

Se sorprende. No esperaba que le contestara, y menos que le desobedeciera. Me escurro de debajo de él.

—Y deja de ponerte tan borde —añado—. Si sigues con esa escandalera nos van a encontrar.

Jaxon se ha quedado sin palabras. Miro por entre la maleza, pero no veo a Rata y Babosa por ninguna parte. Ya ni los oigo.

—Me parece que se han rendido —susurro—. Si esperamos un momento más, igual podemos...

Me interrumpo: he oído un ruido extraño en el viento, algo seco y crujiente, como cuando Tom hace una bola con una hoja de papel. También siento algo fuerte y amargo en el aire. El tojo que nos rodea está cada vez más caliente, y una luz brillante se nos acerca más y más.

¡Fuego!

Me quedo sin respiración. Una especie de muro de un color rojo luminoso viene hacia nosotros. Rata y Babosa han prendido fuego al tojo para hacernos salir. ¡Jaxon y yo estamos atrapados!

—¿¡Qué hacemos!? —exclamo.

Mi compañero no contesta: ya está abriéndose paso por entre las ramas, intentando alejarse de las llamas. Lo sigo, pero a duras penas puedo alcanzarlo. El pañuelo se me engancha una y otra vez en las espinas, amenazando con arrancármelo y tirando de mí. El fuego avanza muy rápido. El aire está lleno del hedor de cenizas y tierra calientes, tanto que casi no veo ni huelo nada.

Empujo fuerte, me libero y salgo al camino dando tumbos. ¡Por fin puedo respirar de nuevo! ¡Vuelvo a ver! Me siento tan aliviado que tardo un momento en darme cuenta de lo que me rodea.

Rata está a unos pasos delante de mí, pero no me mira. Está apuntando su mosquete hacia...

... hacia Jaxon, que corre por el camino. No tiene ni idea de que Rata va a dispararle.

—¡Jaxon! —grito.

Se da la vuelta, confuso, y ve el cañón del arma ante sí. Se queda paralizado. Es imposible correr más que una bala. No tiene dónde esconderse ni adónde huir. Rata respira hondo una última vez para afinar el tiro.

Salto y hundo los colmillos en su pierna. Siento cómo le corto los músculos, y la boca se me llena de sangre. Rata suelta un aullido de dolor y cae justo cuando su dedo aprieta el gatillo.

¡CRAC!

El ruido es tan fuerte que se me mete en el cráneo y me hace temblar toda la cabeza. De repente el aire apesta a pólvora y pedernal. El sobresalto me hace soltar a Rata. Alzo la mirada justo a tiempo de ver una pequeña columna de polvo que se levanta del

suelo al lado de Jaxon. La bala no lo ha alcanzado por centímetros. Rata acaba de caerse; se retuerce de dolor y se agarra la pierna. Babosa corre hacia nosotros desde detrás.

—¡Atrápalo, idiota! —le grita Rata, señalándome.

Corro hacia Jaxon. Babosa tropieza con la tira de su mosquete y cae de cara contra el espinoso tojo. El fuego avanza cada vez más rápido, levantando una espesa columna de humo negro. Es imposible que los guardias nos sigan, van a tener que regresar cojeando a Drulter si no quieren morir carbonizados.

Alcanzo a Jaxon y corremos juntos por el camino de ovejas hacia el horizonte.

Solo dejamos de correr cuando el aire vuelve a oler fresco. El corazón me golpea el pecho. Jaxon se tumba y respira a bocanadas fuertes y rápidas. Ya no le brilla el pelaje, lo tiene requemado, y su morro está lleno de rasguños. Y está muy furioso.

—Genial —gruñe—. Sencillamente genial.

Frunzo el ceño.

—¿Qué es tan genial?

—Me has salvado la vida —lo dice como dolido en su orgullo.

Bien mirado, es cierto: le he salvado la vida.

—¿Y tan malo es eso?

—¡Pues claro que es malo! —salta—. ¿Es que no conoces el código de los Sin Dueño? Si salvas a otro perro, este queda en deuda. O sea, que ahora tengo que quedarme contigo y hacer lo que me ordenes hasta que consideres que ya he pagado. O hasta que yo te salve la vida a ti.

Se me levantan las orejas.

—Entonces ¿tienes que hacer todo lo que yo te diga?

—¡Sí! —replica, lleno de rabia.

Empiezo a mover la cola.

—¿Como, por ejemplo, llevarme a Unsk?

—¡Sí! —dice, aún más rabioso.

No puedo creerme mi suerte. Me pongo a dar saltitos de alegría a su alrededor.

—¡Gracias, Jaxon!

—No lo hago porque quiera —masculla—. Lo hago porque debo.

Lo curioso es que no estoy muy seguro de creerme eso. Se está haciendo el enfadado, pero es como si una parte de él se alegrara de ir a Unsk. Y hasta suena gruñón pero un poco más amistoso.

—En fin —dice—. Si vamos rápido podemos llegar antes de que se haga de noche. —Me mira a los ojos—. Por cierto, tienes buenas mandíbulas.

Me encojo de hombros.

—No ha sido nada.

Miento: sí que ha sido algo. Jamás le había mordido a nada vivo, excepto una vez a una oveja, pero por accidente y sigo sintiéndome mal cada vez que lo recuerdo. Morder a Rata me ha dado más miedo que nunca, pero a la vez ha sido alucinante. Nunca me había sentido tan vivo. Aún siento el sabor de la sangre fresca en la boca.

A ver si va a resultar que ser un perro malo no es tan malo.

17
REFUGIO

Corremos durante todo el resto del día. El paisaje va cambiando sin parar: ríos y ciénagas con cañizales, después paredes de piedra y riscos al siguiente. Pasamos por entre brezos, bajamos colinas con olores enterrados que se elevan al aire al pasar.

Para cuando empieza a anochecer el horizonte se llena de nubes. Toda la montaña tiene aroma a lluvia por caer.

—Vamos a parar por hoy. —Jaxon jadea—. Tenemos que ponernos a cubierto antes de que empiece la tormenta.

Pero yo no quiero parar. Quiero seguir corriendo para siempre.

—¿No podemos seguir? A mí no me importa mojarme.

Jaxon me sonríe.

—Parece que has encontrado tu Perro Verdadero.

Yo también jadeo.

—¿Mi Perro Verdadero?

—La parte de ti que sigue siendo salvaje —explica—. Es una gran sensación, ¿verdad?

Tiene razón. Quizá sea por el viento en mi pelaje o por el sabor a sangre en mi boca, pero me siento genial. Es como si yo fuese parte de los valles y las montañas, como si no hubiera nada que nos separara a la tierra y a mí. Supongo que eso es lo que se siente cuando eres salvaje.

—Dosifica tu energía —me aconseja Jaxon—. Esta noche descansaremos aquí, y mañana por la mañana haremos el último trecho hasta Unsk. Más adelante hay unos árboles que nos darán refugio.

Suelto un gruñido. No me apetece pasar otra noche al raso.

—¿Y no podemos dormir ahí?

Miro hacia una pequeña cabaña de piedra con techo de paja y agujeros por ventanas. Había oído hablar de ellos a Tom y a Papá; son refugios para que los pastores pasen la noche cuando traen a sus rebaños aquí arriba. No es gran cosa, pero mejor eso que dormir fuera.

—No —dice Jaxon, muy firme—. Eso es una cabaña humana.

—Pero está vacía...

—Puede que venga alguien más tarde.

Miro al infinito.

—¿Y? No todos los humanos son malos, ¿sabes?

—Como esos guardias, ¿no? —contesta con desprecio—. Los que intentaron quemarnos vivos y me dispararon. Quédate con tus humanos. Yo prefiero a los perros.

Empiezo a irritarme un poco.

—No todos los perros son amables. Fíjate en Rolo.

—Rolo es un perro de pub —replica él—. Un ejemplo perfecto de cómo acaban los perros que pasan demasiado tiempo junto a humanos: los humanos los contagian, los corrompen, los envenenan.

No me gusta nada cuando Jaxon se pone a hablar así.

—Me parece que no es tan sencillo.

—Vale, pero yo no voy a meterme en esa cabaña.

Me rasco la oreja.

—¿No tenías que hacer todo lo que yo te dijera?

Jaxon aprieta los dientes y suelta un gruñido.

—Muy bien. Pero si aparecen humanos me largo.

Vamos al refugio. Hace poco ha habido gente: aún los huelo, y veo pisadas recientes en el barro y la hierba. Pero ya se han ido. La puerta está protegida por una simple tira de madera, como la de la jaula de Seamus.

—Espera. Sé qué hacer —digo.

Me pongo a dos patas, me estiro y agarro la tira con los dientes. La agito unos segundos, hasta que oigo un clic y se suelta. ¡Qué listo soy!

La puerta se abre. Me encuentro con que Jaxon ya estaba dentro.

—He entrado por la ventana. —Y señala con la cabeza uno de los agujeros de la pared.

El refugio está oscuro y vacío. El techo se sostiene con vigas de madera, y han alisado el suelo y han esparcido paja por encima. En el centro hay una hoguera apagada que huele a humo y humedad y uvas fermentadas.

También hay otro olor, uno que no debería haber. Está por todas partes, como pegado a las paredes. Es olor de armas: pólvora, grasa, pedernal. Jaxon da vueltas, nervioso, caminando casi de puntillas.

—Esto no me gusta. Vámonos antes de que...

—¡Eeeh! ¡Aquí! ¡Por favor! —Es una voz muy bajita que sale de aquí dentro—. ¡Aquí! ¡Aquí! ¡Hola!

Es un lirón que se ha metido en una grieta de la pared del fondo. Voy hacia él y lo olisqueo bien. Huele pequeño y polvoriento y un poco como la mantequilla.

—¡Gracias al cielo! —exclama—. Pensaba que no ibais a oírme nunca.

No me extraña: su voz es mínima, como un lápiz rascando en papel.

—Hola —lo saludo—. Yo soy Rebel, y este es Jaxon. ¿Estás bien?

—Yo soy Félix —contesta, y se frota las manos—. Me alegro mucho de que hayáis venido. Estaba muerto de la preocupación. ¿Habéis visto a personas por el camino?

Jaxon y yo negamos con la cabeza. Desde que hace horas dejamos atrás a Rata y Babosa, no nos hemos encontrado con nadie.

—Oh —hace Félix. Es el ruido más bajito y triste que he oído nunca—. Ay, pobre de mí.

Se sienta, asomando las patas por la grieta. Parece desesperado.

—Vinieron esta mañana —explica con su vocecilla de pito—. Cogieron todas las bolsas que habían dejado y se la llevaron.

Frunzo el ceño.

—¿Se *la* llevaron? ¿A quién?

—A mi esposa, Beatrice. Dormía en una de las bolsas. Llevaban tanto tiempo aquí que creímos que no había peligro. Los hombres se fueron antes de que ella se despertara, ¡y ahora no sé adónde se la han llevado!

Jaxon se encoge de hombros.

—Deben de haber ido hacia Unsk, si no los hubiésemos visto. ¿Qué aspecto tenían?

Félix se lo piensa bien.

—Todo fue tan rápido... pero llevaban pañuelos rojos al cuello, como tú. —Me mira—. No recuerdo más.

Trago saliva.

—¿Iba un niño con ellos? De doce años, pero alto para su edad.

Félix niega con la cabeza.

—Estos eran adultos. Tenían que serlo: las bolsas pesaban mucho. Estaban llenas de armas.

Eso me hace sentir mal. Por eso la cabaña huele tanto a pólvora. Los rojos la han usado para almacenar pistolas. Y esas pistolas ahora van camino de Unsk, que es adonde también se dirigen Tom y los guardias.

—Tenemos que ir a Unsk —digo—. Ahora mismo.

Jaxon niega con la cabeza.

—No vamos a ninguna parte, Rebel. Mira fuera.

Ha llegado la lluvia, que avanza por la colina como un rebaño sin control. A los pocos segundos golpea nuestras paredes de piedra y salpica por las ventanas.

—Si salimos así, solo vamos a conseguir perdernos —dice Jaxon —. Tenemos que quedarnos aquí dentro hasta que pase.

—Pero Tom... —empiezo a replicar.

—¿De qué le vas a servir a Tom si acabas muerto en una cuneta? —salta mi compañero—. Tenemos que ser prácticos, Rebel. Hemos estado corriendo todo el día y ahora no podemos ni cazar. Esta

noche tenemos que quedarnos aquí, e ir a Unsk mañana por la mañana.

—¡Oh! —Félix se ha puesto en pie y vuelve a frotarse las patas delanteras—. ¿Puedo ir con vosotros? Prometo no molestar. Si Beatrice está ahí...

—No —lo interrumpe Jaxon.

—¡Jaxon! —le grito—. Pues claro que puedes venir con nosotros, Félix.

Él mueve los bigotes, encantado.

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias!

Siento una cierta calidez en mi interior.

No sé cómo podemos ayudar a Félix a encontrar a su esposa. Pero está buscando a alguien a quien quiere y a la que ha perdido, igual que yo. Si yo me perdiese, rogaría por que hubiese personas amables que ayudaran a Tom a encontrarme.

—Vale —gruñe Jaxon—. Vamos a un rincón a acurrucarnos los tres. La tormenta va a ir a más.

Tiene razón. La noche se filtra por las ventanas y llena el refugio de frío. Jaxon se tumba en una esquina y yo me arrimo a él hasta que encontramos una postura cómoda para los dos.

Félix empieza a traer paja, una brizna cada vez, y la coloca a nuestro alrededor. Sonrío.

—Eres muy amable, pero no hace falta que...

—Insisto. Es lo menos que puedo hacer. Por favor.

No veo en qué va a ayudarnos un poco de paja. Pero, por extraño que parezca, sí que acaba siendo útil. Félix puede ver por qué agujeritos y grietas entra la corriente, y brizna a brizna los va tapando. Al rato empiezo a sentirme un poco más calentito.

Respiro hondo. La lluvia sisea contra el techo, el trueno ruge, pero nosotros estamos aquí dentro, al abrigo y a salvo. Es como estar bajo las sábanas con Tom, oyendo su respiración lenta y constante y sabiendo que está bien.

Espero que ahora también lo esté. Lo quiero mucho.

—Rebel...

—¿Jaxon?

—Me estás pasando la cola por la cara.

—Ah. Perdona.
Nos dormimos los tres acurrucados en el rincón.

UN DÍA INESPERADO

18

UNSK

El ruido nos despierta antes del amanecer.

Bum.

Al principio creo que es un trueno, pero me doy cuenta de que no llueve. Viene de algún lugar lejano, llevado por el viento.

Bum, bum. Bum.

Me levanto. Jaxon también.

Bum, bum, bum, bum.

No son truenos. Son explosiones. Llegan desde Unsk.

A los pocos segundos Jaxon ya ha salido por la ventana.

Miro alrededor, frenético.

—¡Félix! ¡Vámonos!

Sale de la grieta en la pared, se me sube al lomo y se agarra fuerte a mi pelaje. Al cabo de un momento también estamos fuera, siguiendo a Jaxon a toda velocidad. Resbalo con las piedras nada lisas del camino intentando alcanzarlo, pero no puedo permitirme ir más lento. No sé qué estará pasando en Unsk, pero seguro que tiene que ver con lo de las armas.

Y también sé que para cuando lleguemos será demasiado tarde: veo un denso humo negro en el horizonte que se eleva desde un brillo rojo sangriento como una serpiente saliendo de su nido.

Al llegar a Unsk nos encontramos con una matanza.

Connick era un puñado de casas alrededor del camino. Drulter era el doble de grande, con tiendas y una taberna. Unsk es enorme. Tiene docenas de calles que se cruzan, cientos de casas. Tiene plazas e iglesias y puentes.

Pero apenas consigo distinguir nada de eso. Todo está cubierto de polvo y humo.

La ciudad está destrozada. El ruido es horrible: aullidos de dolor, órdenes a gritos, ruegos de ayuda. ¡Y ese hedor! Nunca había olido nada como esto. Es una mezcla de sangre, sudor, pólvora de mosquetes y miedo y odio y desesperación. Y está por todas partes.

—Oh, cielos —oigo murmurar a Félix, que se agarra a mi pelo, detrás de una oreja—. Oh, cielos. Oh, cielos. Oh, cielos.

No veo a Tom. Tampoco veo a ningún guardia. Pero sí a un montón de gente con pañuelos rojos. Están tirados por el suelo, apoyados contra las paredes, débiles, aturdidos, sangrando. Otros intentan ayudarlos, llevan a heridos de los hombros o cargan con ellos a la espalda como si fuesen sacos.

—Esto es grave —dice Jaxon, muy serio—. Tenemos que encontrar a alguien que nos explique qué pasa.

—¡Ahí, en esa puerta! —chilla Félix.

Hay una mula atada. Está herida: tiene cortes en un lado y una venda en un ojo.

—Perdone, señora —le digo—. Siento molestarla, pero me pregunto si podría ayudarnos.

La mula baja la cabeza para mirarme con su ojo bueno. Huele a paja calentita y granja seca.

—¡Vaya, qué fino! Yo me llamo Pearl, querido. Encantada de conocerte.

—¡Dinos qué ha pasado! ¡Ya! —ladra Jaxon. A veces no es nada educado.

—Si no le importa, claro —añado para disculparlo.

Pearl le dedica una mirada de disgusto y aparta la vista.

—Haré lo que pueda, querido... aunque, la verdad, estos últimos años no doy para mucho. ¿Que qué ha pasado? Pues un montón de cosas, demasiadas para una mula vieja como yo. Por dónde

empezar, por dónde empezar... —Le lleva un rato ordenar sus ideas. Jaxon gruñe impaciente—. Todo empezó durante la tormenta. Hubo una gran pelea en ese puente.

Señala con la cabeza hacia el final de la calle, donde, en efecto, hay un puente enorme que cruza el río, lo bastante ancho como para que pasen dos carros a la vez. Al otro lado hay un edificio incendiado del que sale humo y radiantes llamas casi blancas.

—Habían estado viniendo guardias reales durante todo el día —sigue Pearl—. Docenas. Más de los que había visto nunca. Hicieron una gran barricada en el puente para que no pudiera pasar nadie. Antes del amanecer aparecieron varios carros que querían cruzar. Los guardias los registraron... ¡y resulta que estaban llenos de rojos! Exigieron que les dejaran seguir para ir al castillo. Los guardias se negaron y empezaron a disparar a los carros.

Se me hiela la sangre. Tom podría haber ido en uno de ellos. ¿Y si está herido?

—De repente aparecieron más rojos y se pusieron a devolver los disparos. Estaban ocultos por todas partes. Disparaban desde ventanas, desde callejones, desde donde fuera. ¡Nunca había oído tanto ruido!

Ahora me explico lo de las armas del refugio: los rojos habían estado preparándose para la lucha.

—Los guardias se dieron cuenta de que los superaban en número, dieron media vuelta y salieron corriendo. Durante la retirada prendieron fuego a ese almacén. —Señala de nuevo el edificio en llamas—. Resultó que estaba lleno de pólvora. Los rojos corrían hacia los guardias cuando explotó, hiriendo a muchos. Entonces recibí una pedrada en el ojo. —Suelta un resoplido cansado —. ¿Qué he hecho yo para merecerme algo así? Solo soy una mula vieja. No pido más que gachas y mi mantita azul preferida. Pero aquí estoy, medio ciega y medio muerta.

Siento cada vez más miedo. Tom podría haber pasado cerca del edificio cuando estalló.

—Pearl, estoy buscando a alguien. Un niño. Estaría con un hombre que llevaba una piel de lobo.

Félix salta al hocico de Pearl.

—¡Sí, y yo busco a una lirona! Se llama Beatrice y es la más guapa del mundo.

La mula niega lentamente con la cabeza.

—Lo siento, querido, no sabría decirte. Todo fue muy rápido, como un borrón.

Félix se queda destrozado. Se frota las patas delanteras, frenético.

—Beatrice no es de las que desaparecen. Aún tiene que estar en uno de los sacos. Si no está aquí, no sé dónde.

Jaxon y yo nos intercambiamos una mirada. Los dos estamos pensando lo mismo: entre todo el caos, los disparos, la gente corriendo de un lado a otro... alguien pudo aplastar a una pequeña lirona de un pisotón y ni darse cuenta.

Quizá la razón de que Félix no encuentre a su esposa sea que ya no está aquí. Ni en ninguna otra parte.

¿Será esa misma la razón por la que yo no encuentro a Tom?

Contemplo la destrucción que me rodea. Empiezo a entender lo que Priscilla había intentado decirme en la granja. La guerra es como la lluvia: no le importa dónde cae, sea sobre los buenos o sobre los malos. Y eso significa que cualquiera puede acabar herido. Hasta una lirona inocente. Hasta un niño.

Hasta Tom.

¿Y si ahora mismo está tirado en algún lugar, inconsciente? ¿Y si se ha hecho daño? Si alguien lo encuentra, ¿se tumbará a su lado y le dirá que todo va a ir bien? ¿Y si ni siquiera lo ven?

Se me cruza el peor pensamiento del mundo: ¿y si no puedo salvar a Tom? ¿Y si pasaba por delante del edificio, celebrando el triunfo, cuando este explotó? ¿Y si se cayó al río y se ahogó? ¿Y si le disparó un guardia?

¿Qué pasa si ya lo he perdido y aún ni me he enterado?

19
GUERRA

—*R*ebel —la voz de Jaxon me interrumpe los pensamientos—, vas a querer ver esto.

Lo sigo por la calle hasta una multitud reunida alrededor de un tablón de anuncios. En este hay un cartel... y en cuanto lo veo me animo.

Es uno de los dibujos de Tom. Con la imagen de siempre del castillo, el papel de siempre, los mismos carboncillos.

Y también es su mejor obra. Se ha retratado a sí mismo y a Jinete, juntos en el torreón más alto. Muy abajo, miles de personas —hombres, mujeres, niños— se cogen de la mano, ondean banderas, celebran. Tras el castillo, un precioso amanecer envía rayos de sol al desfiladero.

La gente que me rodea contempla el cartel, admirada, asienten entre ellos, susurran. En la parte de abajo hay algo escrito con letra no muy pulida, aunque ahora entiendo lo que dijo Jinete sobre el poco valor de las palabras: no toda la gente que hay aquí sabe leer. El dibujo muestra que un nuevo mundo es posible y cómo sería. El pecho se me hincha de orgullo.

«Lo ha hecho Tom —querría decir—. Lo ha hecho mi amigo, y mirad el efecto que está causando en vosotros».

De repente la multitud se aparta: están empujando hacia delante a una niña de unos ocho años, aún en pijama. Alguien arranca el

dibujo y se lo da.

—Vamos, Meg, habla alto para que todos te oigan.

El gentío vuelve a cerrarse ante ella, deseoso de oírla. Meg se acerca el cartel a la cara y empieza a leer:

—«¡Hombres y mujeres de Unsk: la revuelta! Por toda nuestra tierra, un pueblo tras otro, la gente combate al rey. ¡Ya hemos sufrido su tiranía desde hace demasiado tiempo!».

Suelto un gruñido. Lo habrá escrito Tom, pero las palabras no son suyas. Jinete le habrá indicado qué decir. Lo odio. Lo odio.

—«Este ataque en Unsk —sigue Meg— solo es el principio. ¡Es el momento de marchar al castillo y recuperar nuestro país! ¡Es el momento de echar por fin al rey de su trono!».

Un murmullo recorre la multitud mientras unos repiten entre susurros a los de atrás las palabras de Meg.

—«El ejército rojo ya avanza por el camino de la montaña —acaba la niña—. Necesitamos a todos los patriotas en buen estado físico. ¡Uníos a los rojos y venid al castillo para la lucha final!».

Hay una explosión de vítores. Meg ríe mientras la elevan por encima de la multitud y se la llevan. La gente baila a su alrededor. Es como si ya estuvieran celebrando la victoria. Por fin ven cerca el final de tantos años de miseria y hambre.

Yo también debería celebrarlo: ahora sé seguro que Tom está vivo. Tiene que haber dibujado el cartel después de la explosión. Y encima sé exactamente dónde está: marchando con Jinete y los rojos hacia el castillo, unos kilómetros más adelante. Aunque cuando lleguen va a haber aún más muertos y heridos. A Tom se lo ha tragado la nube oscura de la guerra y yo no puedo hacer nada. Me sería imposible alcanzarlo.

—¿Qué hacemos, Jaxon? —le susurro.

Él se queda un rato sin decir nada. Contempla el cartel que Meg ha dejado caer cuando se la han llevado. Una pisada de bota lo ha pegado al barro del suelo ante nosotros.

—He visto ese castillo —murmura por fin mi compañero—. Recuerdo esas torres. He pasado por ese desfiladero. —Me mira—. Y sé cómo llegar.

Me quedo sin aliento.

—¿En serio?

Él asiente.

—Tendríamos que volver a las montañas, dejar los caminos de ovejas y cruzar por la maleza, subir hasta la cima más alta y bajar por el otro lado... pero, si lo consiguiésemos, llegaríamos al castillo antes que el ejército rojo por el camino. Podríamos salirle al paso a Tom y evitar que siga adelante.

El corazón me golpea el pecho, emocionado. Es una esperanza mínima, pero ahora mismo no necesito más. Aún puedo salvar a Tom. Aún puedo llevarlo a casa antes de que sea demasiado tarde.

—¡Rápido, tenemos que ir a decírselo a Félix!

Corro adonde lo dejamos. Está subido a la cabeza de Pearl, intentando ver a su esposa entre la multitud.

—¡Félix, creo que sé dónde está Beatrice!

Los ojos se le iluminan como cabecitas de alfileres.

—¿De verdad?

—Creo que la están llevando al castillo en el saco de las pistolas —le explico—. Jaxon y yo vamos a coger un atajo por entre la maleza. ¿Quieres venir con nosotros?

Félix parece hundirse y niega con la cabeza.

—No... no puedo. ¿Y si ella está intentando encontrarme a mí? Tengo que quedarme por si vuelve. Aunque... ¿y si justo ahora ha ido al refugio y yo no estaba?, ¿y si...?

No acaba la frase. Pobre Félix: se lo ve tan pequeño, tan rendido, tan asustado...

—Te prometo que la traeremos de vuelta —le digo, solemne—. Mientras tanto tú lo cuidarás, ¿verdad, Pearl?

Ella asiente.

—Por supuesto, querido. Encantada. —Me mira fijamente con el ojo sin vendar—. Pero tú ve con cuidado, Rebel. Los bosques no son para un pequeño perro de granja como tú.

Se me ponen los pelos de punta. Pearl tiene razón. A partir de ahora no vamos a ir por caminos, sino que nos adentraremos en el corazón oscuro de las montañas. Podemos perdernos, acabar heridos, ser atacados por lobos. Igual no salimos vivos de esta.

Pero empecé este viaje para llevar a Tom de vuelta a casa, costase lo que costase. Si tengo que adentrarme en los bosques, pues que así sea. Soy su perro y él es mi niño. Sé que haría lo mismo por mí.

Y así, Jaxon y yo dejamos a Félix y a Pearl y salimos de Unsk, de vuelta a las montañas, corriendo juntos hacia lo desconocido.

20
RÍO

*—O*h —dice Jaxon.

Hace horas que abandonamos el camino de ovejas. Nos hemos pasado el día corriendo por el bosque para llegar a la sombra de la montaña más alta. Poco a poco, hora a hora, la cumbre se ha ido haciendo más grande, hasta que hemos llegado a una altísima ladera que se eleva hasta el cielo. En algún lugar más allá de esa montaña está el castillo.

Pero se interpone un río.

Un río enorme que suena como un trueno sin fin, con furiosas aguas blancas que chocan contra las orillas.

—La tormenta de anoche debe de haberlo hecho crecer —murmura Jaxon—. Quizá más arriba haya una zona menos profunda para cruzar, pero podríamos perder un día entero buscándola.

Se me cierra el pecho. No podemos permitirnos perder más tiempo.

—Pero ¿cómo podemos nadar en esto?

—No vamos a nadar. Vamos a usar las piedras.

Señala hacia una hilera de rocas que asoman del agua como si fuesen dientes. Están a poca distancia las unas de las otras y llegan hasta la otra orilla. El agua las hace resbaladizas.

Me estremezco.

—No parecen muy seguras, Jaxon.

—¿Y qué? Solo es un poco de agua.

—Es MUCHA agua.

Él me mira, genuinamente sorprendido.

—No tengas miedo. ¿Recuerdas lo que te dije? «Vaya adonde vaya, mi Compañero viene conmigo». Y el tuyo contigo mientras cruzas el río. Y yo también. Si las piedras resisten mi peso, sabremos que también resistirán el tuyo. Te cogeré si te caes.

Muevo la cola. Es lo más amable que me ha dicho Jaxon.

—Gracias.

—Y así habré pagado mi deuda contigo y ya no tendré que obedecerte.

Pues vaya con su amabilidad.

Sigue la orilla, buscando el lugar ideal para dar el primer salto. Por fin se decide, da unos pasos atrás, toma carrerilla y salta. No le cuesta nada llegar. Se equilibra antes de saltar a la siguiente.

—Es fácil —dice—. Ahora tú.

Me quedo mirando el río. No parece tener nada de fácil. De hecho, me parece aún más frío y húmedo y furioso que hace unos segundos. La primera piedra parece estar muy muy lejos. ¿Cómo voy a saltar hasta ahí? Yo no soy como Jaxon, no estoy hecho para correr.

Cierro los ojos. Tengo que ser valiente. Por Tom.

—Mi Compañero viene conmigo —murmuro.

No son más que palabras. Aún no entiendo cómo puede estar aquí si ni lo veo ni lo huelo. Pero, por alguna razón, pronunciar la frase me ayuda. Corro hasta el borde y salto al aire.

Casi ni me he dado cuenta de que he estado por los aires para cuando toco la roca. He saltado más lejos de lo que creía. Casi tengo que clavar las garras en la roca para evitar caer en el agua de delante.

—¿Lo ves? —dice Jaxon—. Solo da miedo hasta que lo haces.

El corazón me golpea el pecho. ¡He alcanzado la primera roca!

Ojalá Tom me hubiese visto.

Jaxon salta a la siguiente. Yo también. Esta vez sé mejor qué hacer para frenar antes de caerme. Al poco estamos en pleno centro del río, rodeados de agua espumosa. El siguiente salto es el más

largo y el más alto. Jaxon toma impulso y sale volando con todas sus fuerzas, y aun así apenas alcanza la roca. Tiene que trepar unos pasos antes de llegar arriba. Resopla para recuperar el aliento.

—Cuidado con esta —me avisa—. Ya te subiré yo al final. Tú limítate a no mirar abajo.

Miro el agua que golpea la roca a mis pies.

—Te he dicho que no mires abajo.

Me tiemblan las patas. Si resbalo, si me caigo, el río se me llevará al momento. Pero si no salto me quedaré aquí para siempre. Además, me fío de Jaxon. Respiro hondo, me decido y salto hacia la roca.

Me doy un golpe contra el borde e intento subir, pero mi propio peso tira de mí. ¡Me voy a caer!

Jaxon me agarra con sus dientes justo detrás del cuello. Mientras recupero el equilibrio me inundan el alivio y la gratitud. Me sostiene en el aire lo justo como para que pueda llegar jadeante arriba de la roca.

—¡Lo conseguí! —exclamo, casi sin aliento.

—¿Lo ves? —Jaxon se vuelve hacia la siguiente piedra—. Ya casi estamos. Asegúrate de que...

Todo sucede muy rápido. Resbala en el borde, pierde el equilibrio y cae directo al agua. Al momento ha desaparecido en la rugiente garganta del río.

—¡Jaxon! —grito.

No lo veo, hasta que de repente reparo en un trozo de pelaje corriente abajo, no puedo ni creerme cuán lejos está. Intenta coger aire antes de volver a hundirse.

No puedo perder ni un segundo. Salto hasta la siguiente roca y la de después. Ya no me importa si fallo. Sigo hasta alcanzar la orilla y corro aguas abajo tan rápido como puedo, examinándolas al pasar.

—¡Jaxon!

Lo veo en la distancia, luchando con el agua blanca. Intenta nadar hasta la orilla, pero la corriente es demasiado fuerte, lo hace ir dándose golpes contra las rocas como si fuese una muñeca de trapo. ¿Cómo voy a salvarlo ahora? Corro y ruego que suceda alguna especie de milagro.

Y entonces el milagro sucede. La corriente lleva a Jaxon entre dos rocas que tienen un tronco atascado que ha hecho que se acumulen hojas y barro y espuma justo antes de que el río dé un salto de unos tres metros. Jaxon consigue agarrarse al tronco y resistir el empuje del agua. Intenta trepar débilmente con las patas traseras, luchando por mantener el equilibrio, luchando por su vida.

—¡Jaxon! ¿Te has hecho daño?

No contesta. El esfuerzo de mantenerse en pie le hace temblar todo el cuerpo. El miedo le ha puesto los ojos en blanco. Nunca lo había visto asustado. Salto a la roca a su lado.

—¡Sube! ¡Tú puedes! —intento animarlo.

Niega con la cabeza. Ya está dedicando todas sus fuerzas a no caerse. Entro en pánico: no está lo bastante cerca como para que yo lo alcance, e igualmente no tendría fuerzas para levantarlo. Tiene que ocurrírseme algo ya mismo. Si se cae, la corriente se lo llevará para siempre.

De repente se me ocurre una idea. Me alejo de la orilla y corro al bosque. Vuelvo con una rama diez veces más larga que yo.

—¡Escucha! —grito—. ¡Te voy a acercar esto! ¡Agárrate con los dientes!, ¿vale?

Él abre los ojos como platos.

—¡Me voy a caer!

—¡Tienes que hacerlo!

Es ahora o nunca. Me acerco tanto como puedo, pero la rama no llega del todo. Para agarrarla va a tener que saltar.

El tronco empieza a agitarse, veo que se va a partir. Jaxon se decide, da un último gran salto, gira la cabeza en el aire...

... y se agarra a la rama con los colmillos. Aterriza en el agua. Casi me arrastra, pero clavo las patas en la orilla. Duele mucho: mis mandíbulas se vuelven de cemento por sostener su peso. Pero está funcionando. Muy lentamente, doy unos pasos atrás. Jaxon da brazadas frenéticas hasta hacer pie en el agua y subir a la orilla. Eso le consume las fuerzas que le quedaban. Se cae al suelo y da grandes bocanadas, ¡pero ha sobrevivido! Tiembla de la cabeza a la cola, pero está vivo.

—¡Jaxon! —Corro hacia él—. ¿Estás bien?

—No —jadea—. No estoy bien. —Y me mira, empapado y furioso —. Me has salvado la vida otra vez. O sea, que si quiero librarme de ti, ahora tendré que salvarte yo dos veces.

21

CUEVA

Sonrío de oreja a oreja. ¡Si Jaxon ya está protestando, quiere decir que se encuentra bien!

Pero en cuanto intenta ponerse en pie veo que no es así. Al apoyar las patas traseras en el suelo suelta un grito de dolor y vuelve a caerse.

—¿Jaxon? —pregunto.

—Estoy bien.

Miente. Intenta levantarse de nuevo y es aún peor. Se ha hecho daño, no puede caminar. Es una noticia muy muy mala. ¿Cómo va a trepar una montaña con una pata herida?

Se da la vuelta en el suelo.

—Ve adelantándote —intenta decirlo como si estuviese tan tranquilo, pero su voz suena falsa y débil—. Descansaré aquí hasta estar mejor y después te alcanzo.

Tiene razón. He de seguir adelante o podría perderme la ocasión de encontrar a Tom.

Pero me es imposible seguir sin Jaxon. Lo necesito. No sé el camino al castillo. Y, además, no puedo dejarlo aquí, solo y herido, ¿no?

Miro alrededor. Estamos en pleno llano. Pronto va a caer la noche y va a hacer frío. Frío de verdad. Y hasta puede que haya lobos. Necesitamos ponernos a cubierto ya.

—Levántate. Tenemos que encontrar algún lugar donde puedas descansar.

—Tú tienes que irte, Rebel. —Ahora suena más contundente—. Si no te pones en marcha...

—¡No! —ladro—. ¡No voy a abandonarte!

Jaxon me mira muy serio, pero veo el miedo en sus ojos.

—No puedo caminar, Rebel —replica con un hilo de voz.

Aprieto los dientes.

—Tienes que hacer lo que yo te mande, ¿recuerdas? Así que venga, levanta.

Me sabe fatal obligarle a moverse estando tan claramente dolido, pero no tenemos alternativa. Se incorpora con patas temblorosas, manteniendo en el aire la pata herida para no tener que cargar su peso en ella.

—Vale. Ahora apóyate en mí tanto como puedas.

—¿Cómo voy a apoyarme en ti si soy mucho más grande?

—Tú hazlo y deja de discutir.

Lentamente, muy lentamente, avanzamos dando tumbos por el suelo de piedras. Ninguno de los dos dice nada. Al principio creo que es porque está enfadado conmigo, pero no: me doy cuenta de que tiene que dedicar todas sus fuerzas a contener aullidos de dolor.

Tengo un nudo en el estómago. ¿Qué vamos a hacer? Se supone que tenemos que subir la montaña cuanto antes y correr a encontrar a Tom antes de que sea demasiado tarde. Pero Jaxon necesita desesperadamente un lugar donde descansar. Examino el terreno en busca de algún tronco hueco, algo donde refugiarnos, pero no hay nada. Por aquí hay unos pocos árboles y matorrales; todo lo demás es pura roca.

Entonces veo algo más adelante: una cueva contra la pared de la montaña.

—¡Sígueme!

Lo conduzco a trancas y barrancas hasta la entrada. Está fría y oscura. Apenas podemos pasar por el interior. Que sea pequeña es bueno: mantendrá más nuestro calor y nos protegerá mejor. Jaxon se deja caer ante la pared trasera. Le cuesta respirar.

Lo miro hecho una bola en el rincón y me doy cuenta de que la situación es grave. Jaxon se queda en silencio, asustado, con las orejas contra la cabeza. Parece estar agonizando. Por primera vez reparo en su edad. Es viejo, está perdiendo su pelaje grisáceo. No le va a ser fácil recuperarse de una herida como esa. Quizá no acabe de recuperarse nunca. ¿Cómo va a ser el resto de su vida si no puede alimentarse y ni siquiera buscar agua por sí solo?

Jaxon se me queda mirando.

—Rebel —susurra—, escúchame. Tienes que seguir solo mientras puedas.

Se me vuelven a poner los pelos de punta.

—No.

—Sí. Quién sabe cuánto voy a tardar en ponerme mejor. Si te quedas no encontrarás a Tom a tiempo. ¿Es eso lo que quieres?

La idea es demasiado horrible como para pensar en ella. De nuevo, Jaxon tiene razón. Si no me voy ya puedo perder la oportunidad de salvar a Tom. Podría tragárselo la nube de la guerra. Podría morir.

Pero si dejo aquí a Jaxon él también puede morir. Solo, en una cueva, dolorido. No puedo hacer lo que me pide.

—No voy a irme a ninguna parte.

—Pero... —intenta él.

—¡No! —ladro—. Tienes que hacer lo que yo te diga, así que... que... quédate aquí y mejórate mientras voy a buscar comida.

Salgo de la cueva antes de que pueda replicar. Estoy decidido: me quedo. No voy a dejar atrás a Jaxon por mucho que necesite encontrar a Tom. No puedo. Si consigo comida quizá se ponga bien antes, podamos irnos y todo vaya bien.

Pero ¿cómo voy a encontrarla? No he cazado nunca. Lo más parecido fue lo del mordisco accidental a la oveja, y seguro que por aquí ni siquiera hay ovejas. Sí que habrá pájaros y conejos, pero han tenido toda su vida para aprender a evitar que se los coman. Empiezo a entrar en pánico. ¿Qué voy a hacer si no sé cazar? ¿Nos moriremos los dos aquí, atrapados entre el río y la...?

Me detengo. Tengo que parpadear un par de veces: no puedo creerme lo que veo.

Es un cordero. Está entre los árboles que tengo delante. Está solo. Da vueltas en círculo, parece confuso.

—Perdido —bala—. Perdidoooooo.

El corazón me da un vuelco. ¡Es un milagro! Hasta yo puedo cazar un corderillo. ¡Jaxon y yo podremos comer! ¡Estamos salvados!

Pero ¿en serio que voy a matar a un cordero? Solo es una cría que busca a su madre. Los perros buenos no matan corderos. Y yo no soy un perro malo, ¿verdad?

Aunque, si no lo cazo, Jaxon no va a mejorar. Y si Jaxon no mejora, yo nunca llegaré al castillo. Y si no llego al castillo, no podré salvar a Tom.

Avanzo de puntillas y me escondo tras un matorral, sin perder de vista el cordero. Él aún no me ha visto a mí. Un buen salto, un mordisco y todo habrá acabado.

—Perdido —sigue balando—. Perdidoooooo.

Trago saliva. No quiero hacerlo. Pero tengo que hacerlo. Por mí. Por Jaxon. Por Tom.

Me pongo en cuclillas, listo para saltar...

Clic.

Tardo un momento en reconocer el ruido a mis espaldas. Es el martillo de un arma.

—Lo siento, chico —dice una voz firme—. Hoy no.

Me vuelvo y me encuentro ante el cañón de un fusil.

22

PEL

Me quedo mirando el fusil. La vida me pasa ante los ojos:

Tom.

Guiso de cordero.

Mamá y Papá.

El Campo de Arriba.

Tom.

Ladrarle a Priscilla cuando duerme y hacerla caerse al estanque.

Guiso de cordero.

Aquella vez que encontré un trozo de gallina en el suelo.

Tumbarme sobre caca de zorro y después saltar a la cama de Papá y Mamá.

El hueso que enterré en el Campo de Abajo (¡me había olvidado hasta ahora!).

Guiso de cordero.

Tom.

El fusil sigue en el aire pero su dueña baja el cañón. Es una niña, más joven aún que Tom. Lleva una capa de piel de oveja atada solo por un cordel al cuello, y una gorra de cuero.

—Vaya, perdona —dice—. Pensé que eras un perro salvaje.

Se echa el fusil al hombro, va hacia el cordero y lo coge con una mano.

—De verdad, a veces parece que estos no tengan ganas de vivir. —Suspira—. ¿Para qué bajas aquí si no sabes cómo volver, eh?

—Perdidoooooo —bala el cordero.

Ella lo mete en un zurrón que lleva a un lado. El animal saca la cabeza, bala de nuevo y al instante se queda dormido. La chica viene de nuevo conmigo y se arrodilla para mirarme. La dejo hacerlo, en parte porque parece amable y en parte porque aún estoy paralizado por el susto. Huele a lana, a leña, a bosque después de la lluvia.

—Mmm. No sé qué eres, pero un perro salvaje seguro que no. ¿Y qué hace un chucho esmirriado como tú por aquí?

Eso no ha sido muy fino. Voy a soltarle un buen ladrido por llamarme esmirriado, pero entonces me acaricia la cabeza... y me derrito. Hacía tanto que alguien no me acariciaba la cabeza que hasta había olvidado cuánto lo echaba de menos. Tanto correr, tantos días de hambre y noches de frío, tanto tiempo sin Tom me han afectado. Me he endurecido por fuera, pero me siento vacío por dentro. En cuanto ella me acaricia, todo eso se desvanece. Cierro los ojos. Estoy en el cielo. Estoy como de vuelta en casa.

—Me llamo Pel —dice—. ¿Qué haces por las cuevas, perro misterioso?

Abro los ojos de golpe. ¡Jaxon! Salto y ladro:

—¡Rápido, ven conmigo!

Pel levanta la mano, sorprendida.

—Eh, tranquilo. No voy a hacerte daño.

No me entiende. Tengo que hacerme entender. Doy unas vueltas a su alrededor y agito la cola para mostrarle que no estoy enfadado, y a continuación doy unos pasos hacia la cueva, me vuelvo y ladro de nuevo.

—¡Por aquí, por favor!

Pel frunce el ceño.

—¿Quieres que te siga?

—¡Sí! ¡Por aquí!

Voy dando unos pocos pasos y deteniéndome para ladrar y asegurarme de que Pel me sigue. Cuando por fin entro en la cueva,

Jaxon está contra la pared del fondo, mojado, temblando. Se ve aún peor que antes.

—¿Qué pasa? —murmura—. Me ha parecido oír ladridos.

Pel se pone en cuclillas ante la entrada y mira dentro.

—¡Vaya, si sois dos!

A Jaxon se le ponen los ojos en blanco del miedo. Se incorpora un poco y gruñe, mostrando los dientes.

—¡Atrás! ¡Vete!

Pel se sobresalta. Es horrible ver a Jaxon temblando y con los ojos llenos de odio. Me mira de lado.

—¿Por qué la has traído?

—Creo que puede ayudarnos —contesto—. Es pastora, y...

—¡Perro casero bobo, mírala! —ruge él—. ¡Lleva un arma! ¡Podría matarnos! ¿Es que no entiendes que no todos los humanos son...?

Se apoya sin querer en la pata mala y aúlla de dolor. Casi se cae de nuevo. Pel lo nota enseguida.

—Estás herido. La pata.

—Jaxon —insisto—, tienes que dejar que te la mire.

Él rechina los dientes.

—Si me toca le arranco la mano.

—¡No, no vas a hacer nada de eso! —salto—. ¡Te he salvado la vida dos veces! ¡Si no haces lo que te digo voy a matarte yo mismo!

Nunca le había gritado tanto a nadie. Jaxon no contesta. Nos miramos en silencio, y Pel nos mira al uno y al otro.

—Qué cosa más rara —murmura.

Se quita con cuidado el fusil y lo deja en el suelo. A continuación, entra en la cueva a gatas, sin apartar del suelo las manos bien abiertas para que Jaxon vea que no pretende atacarlo. A cada paso se detiene para comprobar su reacción. Él se queda quieto.

—Muy bien —dice Pel, con voz tranquila y amable—. No voy a hacerte daño. Solo quiero saludarte.

La creo: sé que no va a hacerle ningún daño. Ella levanta muy lento la palma de una mano y la extiende para que Jaxon pueda olisquearla.

—¿Lo ves? Soy de fiar. —Avanza unos centímetros más—. Voy a echarle un vistazo a tu pata. Ni siquiera voy a tocártela. Solo quiero

asegurarme de que no esté rota.

—Rebel... —dice Jaxon, ansioso.

—Déjala hacer.

Pel, con cuidado y con pulso firme, le aparta la cola, con la que él se cubre la pata. Jaxon parpadea y sigue sin mirar a la niña, pero no intenta detenerla. Está temblando de la cabeza a las patas, parece completamente aterrorizado.

—Vale. Creo que no está rota. —Pel suspira—. Creo que solo necesitas un buen descanso y unas cuantas buenas comidas. Los dos lo necesitáis. Se os ve agotados.

Tiene razón: sí que estamos agotados.

—Aquí no puedo hacer mucho por ayudaros —sigue Pel—. Pero os puedo llevar con mi abuelo. Vivimos juntos, un poco más adelante. Él podrá examinarte bien la pata, y sabrá qué hacer para que mejore. Si queréis os llevo con él. —Mira a Jaxon—. Tendré que cargar contigo.

—¡No! —ladra él—. ¡No voy a dejar que me lleve en brazos!

—Sí que vas a dejarla —replico—. Si te quedas aquí te morirás.

—No, no me moriré —responde él de inmediato—. Solo necesito descansar un poco y...

—Jaxon. —Niego con la cabeza—. No voy a dejar que te quedes.

Me dedica una mirada tan furiosa que temo que vaya a pegarme un mordisco. Pero no lo hace. Baja la cabeza y da unos pasos renqueantes hacia Pel.

Ella sonríe con calidez.

—Bueno, no ha sido muy difícil. Vale, ahora voy a cogerte.

Le pasa los brazos bajo el pecho y lo levanta con cuidado. Va a gatas hacia atrás hasta salir de la cueva.

—¡Puaj, cómo oléis! —murmura—. También os vendrá bien un baño.

Jaxon me mira, horrorizado.

—Rebel...

—Vale, vale, tú no tienes que bañarte —le digo.

Pel se coloca a Jaxon a los hombros, con cuidado de no tocarle la pata, y empieza a subir por la montaña. La sigo muy de cerca. Vamos más lentos que antes ya que ella carga con Jaxon y el

cordero, pero tampoco parece costarle mucho. Es más fuerte de lo que parece.

Encuentra un camino gastado que asciende por la ladera, y lo seguimos, lentamente y con cuidado. No es fácil: hay tramos muy estrechos, y la subida es muy pronunciada. Yo me quedo sin aliento enseguida, pero Pel mantiene el paso en todo momento. Está claro que lo ha recorrido miles de veces. Poco a poco las copas de los árboles se alejan, hasta parecer solo arbustos que hemos dejado atrás.

Por fin acabamos de subir y llegamos a terreno horizontal.

—Ya estamos —dice ella entre resoplidos—. La chimenea está encendida, así que Abuelo también estará.

Oigo que sigue hablando, pero no le presto atención. Estoy muy ocupado contemplando embobado lo que tenemos delante. Estamos a media altura de la montaña. El llano, protegido por tres lados con paredes de piedra, está lleno de hierba y flores salvajes. Docenas de las ovejas más grandes, gordas y felices que he visto en mi vida pastan con toda tranquilidad. En el centro del terreno, como un huevo en un nido, hay una pequeña cabaña de madera. El techo y las paredes están cubiertos de pasto, lo que la hace parecer parte de la propia montaña. Tal como ha dicho Pel —que no para ni un momento—, sale humo de la chimenea.

—Venga, vamos a ver Abuelo.

23
ABUELO

*P*el va a la cabaña con Jaxon a hombros. El cordero ha saltado del zurrón y camina confuso por la hierba, balando en busca de su madre. Le doy un empujoncito en la dirección correcta. Cazar no sabré, pero en guiar ovejas tengo mucha experiencia.

—Hacia ahí, por favor. ¡No, no te comas eso! ¡Vamos!

Un hombre ha salido de la cabaña y observa mientras nos acercarnos. Va vestido igual que la niña, pero tiene la piel tan arrugada y curtida que es difícil distinguir dónde acaba la gorra y empieza la cara. No se inmuta al ver que su nieta ha vuelto con dos perros desconocidos.

—Los he encontrado donde las cuevas —dice ella.

Abuelo se pone en cuclillas y me da unas palmaditas en la cabeza. Huele a leña de la chimenea. Cuando habla su voz es rugosa pero cálida, como el sonido de una flauta dulce.

—Bueno, bueno, eres un pequeñín de primera, ¿eh?

Muevo la cola. Sí, soy un pequeñín de primera.

Pel se da media vuelta para mostrarle a Jaxon.

—Este se ha hecho daño en una pata de atrás. ¿Puedes mirarlo?

Abuelo suelta un suspiro y asiente.

—Sí, si me deja. Junta a las ovejas para dormir y a ver qué puedo hacer.

Sin decir más, Pel le entrega a Jaxon y va hacia el rebaño. Él lo lleva a la cabaña. Los sigo corriendo y paso por la puerta antes de que me dé en la cola.

El lugar está cerrado, poco iluminado y cálido. En el centro arde una hoguera con una perola burbujeando encima. El aroma me hace detenerme. Mi corazón empieza a cantar y la boca se me hace agua. Es...

—Sí, guiso de cordero —dice Abuelo, asintiendo—. Intenta comértelo y te tiro dentro, pero si eres bueno, después te daré un par de huesos.

¡Huesos de cordero! Me voy a morir de la felicidad.

Abuelo deja a Jaxon sobre unos sacos cerca del fuego y lo examina con cuidado.

—Bueno —dice—, a ver esa pata. No te va a gustar, pero he de ver qué tienes.

Jaxon está asustado. Parece como si se hubiese encogido.

—Rebel —susurra—, ¿y si me hace daño?

—Todo va a ir bien, te lo prometo —le aseguro.

Abuelo le coge la pata con mucho mucho cuidado. Al instante Jaxon suelta un aullido e intenta retirarla.

—Tranquilo, no pasa nada. La buena noticia es que no está rota, seguro. Solo necesitas algo para la hinchazón. Voy a ponerte una cataplasma que te ayudará.

Se levanta y empieza a revolver entre unos tarros de piedra en un estante al fondo de la cabaña. Mientras lo hace habla suavemente, igual que hizo Pel en la cueva, para que veamos que no es ninguna amenaza:

—No tenemos visitas muy a menudo. Vemos muchos pájaros y conejos, y a veces hasta algún ciervo, pero nunca perros. La mayoría del tiempo estamos solo Pel y yo. Y las ovejas, claro. —Vuelve con un tarro de ungüento—. Siempre les pongo esto cuando se tuercen una pezuña. Al aplicarlo va a doler, pero te prometo que después te sentirás mucho mejor.

Jaxon me mira primero a mí y después a Abuelo, y se prepara. El hombre saca una buena cantidad de la crema, fresca como la piedra

húmeda y amarga por las hierbas que contiene, y la esparce con cuidado por la pata herida. Mi compañero ni parpadea.

—Buen chico —le dice Abuelo con voz tranquilizadora—. Y ahora toca lavaros, oléis fatal. Tenéis suerte de que acabo de calentar esto.

Canturreando, se inclina sobre un enorme hervidor de cobre del tamaño de una calabaza y lo vacía en una bañera de metal.

—Vale. Tú, el grandote, vas primero.

—¡No! —ruge Jaxon.

Al momento Abuelo da un paso atrás.

—De acuerdo, nada de baño para ti. —Se vuelve hacia mí—. ¿Alguien más quiere...?

—¡Yo! —exclamo.

Me meto de cabeza en el agua, y al momento siento cómo su calidez me llega hasta los huesos. Estoy en el cielo. Después de tantos días y noches fríos, es como una bebida helada en pleno verano pero al revés. Doy vueltas en círculos, me giro y agito la cola tan fuerte que echo gotas en todas direcciones. Para cuando acabo, Abuelo está empapado y ríe tan fuerte que se pone a toser. Jaxon me observa con cara de disgusto.

—Qué vergüenza —murmura—. Te has pasado días intentando secarte, pero un humano te sonríe y vuelves al agua.

—Hay una gran diferencia entre el agua que eliges y la que no —replico.

Salgo de la bañera y me tumbo ante el fuego para secarme. Abuelo ahora se concentra en el guiso, cortando verduras y echándolas al agua burbujeante. Al cabo de un rato entra Pel y anuncia que las ovejas ya están resguardadas en la cueva. El lugar se llena del agradable sonido de humanos conversando y el sabroso aroma del guiso de cordero. Una vez este último está listo, Abuelo llena un bol para Pel y otro para sí mismo.

—Abuelo... —murmura la niña, y nos mira a Jaxon y a mí, que estamos soltando ríos de saliva.

Él se ríe.

—Vaya, vaya, ¿dónde están mis modales?

Saca algo de la perola y lo tira al suelo. La nariz se me enciende como una hoguera: son dos huesos de cordero, uno para mí y otro

para Jaxon. Tienen un montón de grasa humeante y están empapados en el caldo. Cazar está muy bien, pero esto es comida caliente, y no hay nada en el mundo como la comida caliente. Me precipito sobre mi hueso, lamo y muerdo y mastico como si no hubiese comido en diez años. Jaxon también, aunque sin apartar ni un segundo la vista de los demás.

—¡Les gusta! —Pel ríe, encantada—. ¿Podemos quedárnoslos, Abuelo?

Él niega con la cabeza.

—No, Pel. Si quieren pueden estar aquí, pero...

—Ya lo sé —bufa la niña—: no todos los animales son mascotas.

El hombre se inclina y me toca el pañuelo.

—Parece que este iba con los rojos. Deben de haber estado usando los viejos caminos de ovejas y ellos dos se habrán perdido. Es lógico, ahí la guardia no va a encontrarlos. Es lo único que ese tirano chupasangre aún no controla.

Pel traga una cucharada de guiso muy caliente.

—¿Nunca has pensado en unirte a los rojos?

Abuelo se pone triste un momento, como si una nube le pasara por los ojos.

—Mi hermano sí, cuando el rey se hizo con el trono. Un día fueron unos guardias a buscarlo y tuvo que escaparse. No lo he vuelto a ver. —Suspira—. Poco después nos vinimos aquí. Nuestra casa ya no era la misma.

—¿Y nunca se te ocurrió buscarlo?

—Claro que sí. Pero tenía que cuidar de ti, ¿no? Eres lo mejor que me ha pasado. —Le atusa el pelo—. Lo echo de menos. Daría lo que fuese por volver a verlo. Supongo que es el precio que hay que pagar por querer a más de una persona.

Acaban de comer, y el resto de la velada pasa en un agradable silencio. Me quedo sentado disfrutándolo, viendo cómo el humo de la pipa de Abuelo se eleva hasta el techo y a Pel tallar con mano firme un trozo de madera. Oímos cómo las nubes recorren el valle dejando caer una suave lluvia sobre el pasto mientras el viento entra por debajo de la puerta y hace crecer la hoguera.

Es como si yo no hubiera salido de la granja. Me pregunto si Tom también pensará en ella. Me pregunto si pensará en mí. Espero que, esté donde esté, se encuentre calentito y feliz.

—No está mal, ¿eh? —le susurro a Jaxon.

Él mira a Pel y a Abuelo, sin acabar de fiarse.

—Mmm. Por ahora. Pero no nos descuidemos.

Agito la cabeza.

—No te entiendo. Te comportas como si todos los humanos fuesen malos, como si todo en general fuese malo. A veces también pasan cosas buenas, ¿sabes?

—¿Por ejemplo? —pregunta con sarcasmo.

Pienso un momento.

—Pues mira: para empezar, tú mismo. Si no me hubieras encontrado en el camino estaría muerto. Eso es una cosa buena, ¿no? Y también el haber encontrado a Pel y a Abuelo. Nos están ayudando.

—Si aceptas la ayuda de los humanos siempre acabas pagando un precio —replica él secamente.

Frunzo el ceño.

—¿Y Tom y yo? Eso no tiene precio. Nos queremos y ya está.

Jaxon se ríe.

—El amor ya es un precio, Rebel. Para que los humanos te quieran tienes que pertenecerles. ¿Es que no lo ves? —Mira hacia el fuego—. Es el intercambio que siempre tenemos que hacer los animales: nuestro poder, nuestro respeto propio, a cambio de un poco de calor y restos de su mesa. —Se acuesta para dormir—. Olvídalo: antes muerto que quedarme aquí para siempre y vivir como un prisionero a cambio de comida.

Me da rabia. Parte de mí quiere decirle que se equivoca. Parte de mí desea decirle que estar con alguien a quien quieres y que te quiere es lo mejor del mundo.

El problema es que no creo que se equivoque. O, al menos, no del todo. Nunca me había sentido tan libre, tan yo mismo, como corriendo por las montañas estos últimos días. Jaxon lo llamó «encontrar mi Perro Verdadero». Entonces ¿cuando esté de vuelta con Tom en la granja no seré yo mismo de verdad? Siempre querrá

que yo vaya adonde él va, que acuda cuando me llame, que me quede donde estoy cuando me lo pida. No volveré a tener esta libertad.

Pero quizás a veces vale la pena renunciar a ciertas cosas. No, renunciar no es la palabra...

Bah. Yo qué sé cuál es la palabra. Pensar en eso me da dolor de cabeza. Jaxon siempre parece saber al instante lo que está bien y lo que está mal, pero yo no estoy seguro de que las cosas sean siempre tan sencillas. Solo sé que me gusta que estemos en esta cabaña, compartiendo el calor, perros y humanos pasando juntos la noche. Y, diga lo que diga Jaxon, veo que cierra los ojos con placer cuando Abuelo se le acerca y le rasca detrás de las orejas.

UN DÍA OSCURO

24
BOSQUE

Estoy ansioso por ponernos en marcha en cuanto podamos, pero hasta que la pata de Jaxon no esté bien curada no hay nada que hacer. Y, la verdad, hay lugares peores donde esperar. Paso el día siguiente fuera con Pel mientras mi compañero se recupera en la cabaña con Abuelo. Al principio a Jaxon no le hace ninguna gracia, pero tarda poco en tomárselo con más calma. En el fondo está agradecido por poder descansar un poco. Nunca lo había visto sentirse tan como en casa.

Las vistas desde estas alturas de la montaña son increíbles. Posado sobre las flores, contemplo el mundo mientras el viento me pasa sus dedos por el pelaje. Veo mucho más allá que desde el Campo de Arriba: kilómetros y kilómetros de campos de hierba, nubes que se extienden de una punta a otra, la luz del sol que llega desde más allá del horizonte. Hasta veo una montaña cerca que está cubierta de arriba abajo con margaritas, como una cascada.

¡Margaritas por toda la ladera! Ojalá Tom pudiese verlo.

Eso es lo que me preocupa. Aquí está todo en paz, pero en algún lugar puede que la batalla ya haya comenzado. Tom sigue en peligro. Se nos acaba el tiempo.

Por suerte, la cataplasma de Jaxon hace maravillas. A la mañana siguiente ya puede apoyar un poco la pata, y al cabo de otro día camina sin cojear. Ya hemos esperado bastante. Es hora de irnos.

Al tercer día, en cuanto salimos de la cabaña Pel lo intuye.

—Ah, ¿os vais?

Muevo la cola con tristeza. Quisiera darle las gracias por toda su ayuda, por haber salvado a Jaxon y por cuidarnos... Pero no puedo porque soy un perro, así que le lamo la mano. Pel parece comprenderlo.

—En fin —dice—, me alegro de haberos conocido. Espero que volvamos a vernos algún día.

Nos acaricia la cabeza, primero a mí y después a Jaxon, y se va hacia el rebaño sin mirar atrás.

—¿Lo ves? Ya te dije que eran buena gente —le comento a él después.

Hace un ruidito como si me diera la razón a desgana.

—Supongo.

Un poco nervioso, me decido a comentarle algo que llevo pensando un par de días:

—¿No te parece que este sería un buen lugar para quedarte? Cuando todo acabe, claro.

Jaxon me mira fijo.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando yo haya encontrado a Tom y regresado a casa... cuando tú hayas pagado tu deuda... —Suelto las siguientes palabras a chorros—: No puedes seguir solo el resto de tu vida. Y aquí se está bien. Pel y Abuelo cuidarían de ti cuando... —Hago una pausa— ya sabes, cuando estés mayor.

Él se da la vuelta. Se forma un silencio de piedra.

—Vámonos ya —dice por fin—. El desfiladero es por ahí.

Echa a caminar. Yo decido que mejor no insistir. Además, este es el tramo decisivo: el castillo está en algún lugar al otro lado de esta montaña. Después de dos días de descanso y comida decente, me siento más preparado que nunca para encontrar a Tom. Solo espero que no sea demasiado tarde.

Subimos toda la mañana, hasta alcanzar por fin otro llano. Nos detenemos un momento y miramos abajo. La pendiente es muy pronunciada. Este lado de la montaña está lleno de bosque... pero en cuanto entramos en él siento que algo va mal. Los árboles son

muy altos y anchos y sus copas se extienden sobre nosotros como las alas de un buitre, así que la luz no llega al suelo. Huele a sequedad, a enfermedad, a muerte. Aquí no crece nada. Y tampoco hay ningún camino visible. Nos perdemos una y otra vez. Llegamos a un despeñadero y tenemos que dar media vuelta.

Y el paisaje no es lo único que me da mala espina. Jaxon no me habla, apenas me mira. Siento que está cada vez de peor humor a medida que seguimos perdiéndonos. Al final se detiene y ruge, frustrado.

—Genial, no encuentro el camino que usé la otra vez. Tendremos que regresar a Unsk y volver a empezar. Ya te avisé de que no debíamos seguir a esa niña.

No puedo evitar que su comentario me enerve.

—Pel te salvó la vida, Jaxon.

—¡Yo no se lo pedí! —salta—. Fui porque tú me obligaste, Rebel. En realidad, todo iba bien hasta que apareciste.

Me sorprende: está furioso de una forma como nunca lo había visto. Camina en círculos como un animal en una jaula.

—Antes de conocerte era un Sin Dueño —gruñe—. Hacía lo que quería y cuando quería. Ahora estoy pegado a ti y no puedo hacer nada al respecto.

Aprieto los dientes. Yo también me estoy enfadando.

—¿Sabes qué? Estar solo no es tan maravilloso, Jaxon. El Compañero no va a cuidarte cuando estés enfermo o te hagas viejo. Necesitarás más que eso.

Jaxon hace un ruido de desprecio.

—Y por eso tú estás cruzando medio país, ¿no? Por unos pocos huesos y una caricia en la cabeza.

Noto que me hierve la sangre.

—¡No te vi quejarte cuando la otra noche Abuelo te acarició la cabeza a ti!

Ahora la mirada de Jaxon se llena de vergüenza: por haberse dejado tratar como una mascota, por haber mostrado debilidad aunque solo fuera por un momento. El ambiente se está enrareciendo entre nosotros. Una densa niebla gris ha descendido desde la cima, haciendo que todo se vea desenfocado y mal.

—¿Te estás oyendo a ti mismo? —casi escupe Jaxon—. Te has acostumbrado tanto a ser doméstico que has perdido toda noción de lo que eres. Llevando ese pañuelo ridículo solo porque te lo dio un niño...

—¡No es ridículo! —protesto.

—Sí que lo es. Y tú también. Eres demasiado bobo como para cuestionarte nada de tu vida. Demasiado bobo como para ver que te mereces más de lo que decida darte un humano. Demasiado bobo como para ver que Tom no siente lo mismo por ti que tú por él.

Recibo eso como si fuese un golpe. Jaxon está diciendo todo lo peor que se le ocurre, las cosas que siempre he temido, más las cosas que nunca he podido admitir de mí mismo. Y no para.

—¿Haría Tom todo esto por ti? ¿Correría por todo el país dispuesto a dejarse matar una y otra vez? Rebel, no puedo evitar pensar que si de verdad te quisiera no te habría abandonado. —Agita la cabeza casi con lástima—. ¿Es que no te das cuenta? Tom ya no te necesita. Tienes que olvidarlo, igual que él te ha olvidado a ti.

Sus palabras me dejan paralizado. La respuesta que le daría me arde en la boca como sal, pero, de nuevo, lo peor de lo que ha dicho, lo que más me duele, es que no se equivoca. Por algo ya no aparezco en los dibujos de Tom. Por algo no ha regresado a casa. Por algo me dejó atrás.

Y ese algo es que Tom ya no me necesita. Ha crecido. Ha encontrado otras cosas que querer.

Pero yo no puedo dejar de quererlo a él.

Esa es la pura verdad. No importa si Tom me ha olvidado: cuando quieres a alguien y está en peligro tienes que salvarlo. Eso es lo que Jaxon nunca podrá entender. Si tengo que encontrar a Tom yo solo, que así sea.

—Aún tienes que hacer lo que yo te ordene, ¿verdad? —le digo con voz temblorosa—. Pues vete. Búscate otro lugar donde seas feliz. Aunque ¿sabes qué? No creo que lo encuentres nunca.

Jaxon parpadea, incrédulo. Es como si la temperatura en el bosque bajara de repente. El viento protesta haciendo que los árboles se rocen.

Mantenemos la distancia. Siento que algo horrible llena el espacio que nos separa: la nada. Después de todo lo que hemos pasado, de las cosas a las que nos hemos enfrentado juntos, la amistad que se formó entre los dos está más muerta que este bosque.

—Como quieras —dice Jaxon secamente—. Adiós, Reb...

Un ruido atraviesa el bosque. Un ruido horrible, grave y agudo a la vez, que me sube por las patas y me resuena en el pecho. En cuanto lo oigo sé qué lo ha causado. Y lo cerca que están.

Ha sido el aullido de un lobo. Seguido por otro, y otro, y otro más.

La manada nos ha rodeado. Son docenas. Se reúnen entre los árboles y se acercan, cerrando el círculo como la cuerda de una trampa. Deben de haber estado siguiéndonos desde hace kilómetros y se han colocado en posición mientras discutíamos, bloqueando las vías de escape hasta no dejarnos ninguna.

Estamos atrapados.

25

LOBO

Los lobos se nos acercan por entre la niebla. Tienen el pelaje grueso y descuidado, los morros largos y afilados, los hombros huesudos y ágiles. Siempre creí que olerían a fuego, pero no: huelen a saliva, a saliva y sangre.

El más grande da un paso adelante. Enseguida veo que es el jefe. Es enorme, aún más que Jaxon. Tiene un montón de cicatrices en el morro, unas antiguas, otras recientes.

—Vaya —gruñe con voz rasposa—. No es frecuente encontrar perros por aquí.

Nunca he sentido tanto miedo. Tiemblo tanto que apenas me tengo en pie. Jaxon, por el contrario, se muestra fuerte, no mueve la cabeza y no aparta la mirada.

—No buscamos pelea —le dice tranquilamente al jefe—. Solo estamos de paso.

Los lobos aúllan, risueños. El ruido que hacen me deja paralizado, clavado al suelo.

—¿Pelea? —repite incrédulo el jefe—. De haber pelea no podrías hacer gran cosa, perro.

Avanza por entre los árboles hacia nosotros, lentamente, sin seguir un camino recto. No se da ninguna prisa, sabe que no podemos huir. Jaxon no se mueve, sigue sin apartar la vista de él, ni siquiera parpadea. Ya no parece viejo. Ya no parece herido. Parece

fuerte. Es como si hubiese docenas de perros y un solo lobo, y no al revés.

—Perdona —sigue con calma—. No sabíamos que este territorio era vuestro. Ya nos vamos.

—¿Que os vais? —replica el jefe—. No, perro, eso no podemos permitirlo. Quizás en otro momento sí, pero no ahora.

Se sigue acercando, hasta quedar a un par de metros.

—Estos últimos años no han sido buenos para los lobos —sigue —. En otros tiempos, los humanos traían a sus ovejas a la montaña, en cantidades suficientes como para que no nos faltara la sangre. Pero de eso ya hace tiempo. Desde la llegada del rey humano, los pastores han evitado esta zona. Lo que hace el rey es enviar aquí a sus cazadores. Se queda con todos los animales para sí mismo. Y ahora las montañas están muertas, y mis lobos hambrientos.

Los demás lobos no dejan de acercarse. Ahora los veo más claramente entre la niebla: sus cuerpos sin un gramo de grasa, la forma de las costillas que se les marca bajo el pelaje, el hambre que brilla en las frías estrellas de sus ojos. Retrocedo hasta Jaxon y me resguardo bajo sus patas.

—Vamos a morir —murmuro.

—No. —El susurro de Jaxon es tan firme como su mirada—. Vamos a correr.

Lo miro, horrorizado. ¿A correr? ¿Adónde? No hay salidas. Los lobos nos tienen atrapados. Además, apenas hace nada que se le ha curado la pata. Pero veo que cierra los ojos y respira hondo.

—Vaya adonde vaya —se dice a sí mismo—, mi Compañero viene conmigo.

El jefe se detiene ante nosotros. Tensa el cuerpo como el resplandor del rayo antes del trueno y salta adelante a toda velocidad.

Jaxon también salta. Choca contra él, lo tira atrás, al suelo, y se coloca encima para inmovilizarlo. Los otros corren hacia él, todo ojos blancos y colmillos salivando, pero él los esquiva en el último momento.

—¡Detrás de ti! —grita.

Me doy la vuelta justo a tiempo: otro lobo sale volando de entre la niebla con las fauces sedientas de sangre abiertas de par en par. Jaxon también salta contra él, por encima de mí, y del golpe lo hace rodar camino abajo.

—¡Corre, Rebel!

No sé qué hacer. No puedo dejarlo y que se enfrente él solo a los lobos. Pero si me quedo, moriré. Corro bajando la ladera tan rápido como puedo, casi me caigo varias veces mientras sorteo árboles. El terror me hace temblar la boca, la sangre me circula a toda velocidad por las venas. Mis patas apenas tocan el suelo. Un mal paso, un tropiezo, y estaré acabado. Tengo que salir de esta montaña.

Oigo pisadas en la tierra endurecida, a mi espalda, y sé que no son de Jaxon. Miro atrás, aterrorizado: es el jefe de los lobos, lanzado en tromba hacia mí. Oigo su aliento, el rascar de sus garras a medida que se me acerca más y más...

Y entonces los árboles se acaban y se me hace un nudo en el estómago.

No queda más terreno. Delante tengo un saliente de roca, seguido de nada salvo aire durante kilómetros. Voy hasta la punta, rezando porque haya algún camino oculto por el que pueda seguir bajando, pero no: todo es una caída vertical de más de cien metros hasta otro llano.

—Ya has llegado lo bastante lejos, perrito —dice una voz burlona a mi espalda.

Me vuelvo y me quedo de piedra. El jefe de los lobos asoma entre los árboles con una sonrisa hambrienta de lado a lado.

—¡Dé-déjame en paz! —ladro, aterrorizado.

Pero él no me escucha. Da otro paso hacia mí. Se mueve de forma ágil y decidida. No me queda adónde ir. Tengo un precipicio detrás y un muro de colmillos delante. El pánico hace que se me nuble la vista. Todo ha acabado. Voy a morir.

Debe de ser el propio miedo lo que me aclara las ideas. De repente todo es muy sencillo, muy claro. Soy yo contra el lobo. Tengo que luchar. Tengo que reunir fuerzas para sobrevivir.

Me concentro hasta encontrar lo único dentro de mí que puede darme esas fuerzas.

Tom.

Pienso en él y yo entre las sábanas, respirando sincronizados.

Pienso en estar sentado con él viendo la puesta de sol.

Pienso en lo que sentía al correr hacia él cuando me llamaba.

Pienso en todos los monstruos contra los que competiría, todas las montañas que escalaría, por estar con él, aunque solo fuese un segundo más.

Entonces lo encuentro. Mi Perro Verdadero. La parte de mí llena de vida, salvaje, la que sabe lo que es respirar y correr y sentir cada latido. La parte de mí que ha hecho todo este camino por amor. La siento estallar en mi pecho como la salida del sol y circular por mis venas como el fuego. Y esta vez, cuando me enfrento al lobo, no me siento pequeño en absoluto. Me siento grande como el cielo. Fuerte como la montaña.

Soy Rebel, y ya no tengo miedo.

—Déjame ir —gruño.

El lobo se ríe.

—Veo que tienes espíritu de lucha, perrito. Voy a disfrutar.

Salto adelante y le muerdo el morro. Él se echa atrás, atónito.

—Déjame. Ir. —le repito.

Furioso, el lobo suelta un grito y salta hacia mí. Me tiro al suelo. Me pasa de largo. Ha fallado por milímetros en arrancarme una oreja. Se da la vuelta en el aire para el ataque final, pero al llegar al suelo no consigue detenerse. Su propio peso lo empuja hacia atrás. Intenta clavar las garras en la piedra. En un movimiento desesperado me coge con una pata y tira de mí. Los dos rodamos más allá del saliente.

Y entonces caigo, por entre piedras sueltas y el rugido del viento, directo hacia los árboles del bosque que parecen acercarse a una velocidad imposible. Todo se vuelve más grande, más cercano, y la vegetación se me traga.

26

CAMINO FORESTAL

Abro los ojos.

Estoy tirado en el suelo. Qué raro. Lo último que recuerdo es caer por un precipicio.

Debería estar muerto, pero de alguna forma he pasado por entre los árboles y he dado con un camino forestal, aunque no veo ramas rotas a mi alrededor.

Entonces recuerdo: el lobo. Si estoy vivo, es probable que él también. Me incorporo de un salto.

Me quedo quieto. No hay ningún lobo, pero sí otro perro, sentado cerca.

—Hola —me saluda.

No se parece a ningún otro perro que haya visto. Tiene el pelaje suave y gris. Sus ojos también son grises. No sé por qué, siento como si lo conociera de toda la vida. Pero no lo huelo. Quizá la caída me haya dañado la nariz.

—Ha sido una caída impresionante —dice—. ¿Cómo te sientes?

Pienso un momento. Parece que no tengo ninguna herida. De hecho, no me duele nada.

—Pues la verdad es que muy bien —contesto por fin, y miro alrededor—. No habrás visto a un lobo, ¿verdad?

El extraño perro niega con la cabeza.

—Creo que no.

Debe de haber caído en algún otro lugar. Miro arriba, a la montaña. Jaxon debe de seguir ahí. Quizá me esté buscando, o siga luchando por su vida.

—¿Hay algún camino de subida? —pregunto.

—Quizá. Caminemos un rato, a ver qué encontramos.

Empieza a alejarse. Lo alcanzo y vamos juntos. Tendría que estar preocupado por Jaxon o por el jefe de los lobos, pero, no sé por qué, no es así. El bosque es bello, mucho más que arriba. Grandes columnas de luz atraviesan las copas de los árboles, iluminando insectos y polen. Nunca había visto tantas flores bonitas. Son de todos los colores que se te pueden ocurrir, y cubren por completo el suelo. Quizás esto sea lo que llaman una alfombra; si es así, no me extraña que gusten tanto.

De repente me detengo. Acabo de ver a un animal por entre los árboles delante de nosotros. ¿Será Jaxon? ¿El lobo? Intento verlo mejor.

Es otro perro, pero no Jaxon. Es una madre, tumbada en un lecho de flores doradas y con una camada de cachorros. No puedo creérmelo. ¿Qué hacen aquí donde hay lobos cerca? Salgo del camino, corro para avisarla...

... y me paro en seco. Reconozco a la perra, que lame a sus hijos mientras se alimentan de ella. La distinguiría en cualquier parte. Su olor, su pelaje...

—Es mi madre —digo.

Siempre me he preguntado qué fue de ella. Siempre me he preguntado qué aspecto tendría. El perro extraño no reacciona y sigue caminando.

—Vamos. Es por aquí.

Parte de mí no quiere seguir, sino quedarme aquí con mi madre y no separarnos nunca. Pero acabo de distinguir algo más en el bosque, más adelante en el camino. Es una persona, que se inclina. También la reconozco. El corazón me da un salto.

—¡Tom!

¡Está aquí! ¡Lo he encontrado! Corro hacia él por entre las flores, ladrando de felicidad...

... y vuelvo a detenerme. Las flores han desaparecido. Ahora el suelo está cubierto de nieve. Estoy en plena noche de invierno.

El Tom que se arrodilla ante mí no es el Tom que vi por última vez en la granja. Es más joven, tiene siete u ocho años. Recoge algo y se lo mete en el abrigo.

Es un cachorro. Y no un cachorro cualquiera: soy yo. Este es el momento en que me encontró solo, moribundo en el frío, y me llevó a casa.

Estoy viendo el momento en que me salvó.

—¿Dónde estoy? —pregunto, volviéndome hacia el extraño perro —. ¿Qué lugar es este?

El perro me mira con cara amable, sus ojos grises tranquilos como aguas profundas.

—Ven. Tienes que ver más cosas.

Sigo caminando. Y sí, mire donde mire veo cosas nuevas. A Tom y yo corriendo juntos por el Campo de Arriba. A mí mismo escondido bajo su silla mientras él me da trocitos de su desayuno. A él sentado junto a la chimenea con Mamá y Papá, y yo en sus regazos, feliz a su calor.

—Todos estos soy yo —me maravillo—. Son diferentes momentos de mi vida.

—Ya lo sé, Rebel —dice el perro—. Yo estaba contigo.

Me vuelvo para preguntarle cómo sabe mi nombre, pero él ha dejado de caminar. Está sentado en el límite del bosque. El camino ha acabado y veo lo que hay más allá.

Es un campo de trigo. Nunca había visto un lugar tan bello. Se mueve rítmicamente como olas doradas al sol y huele totalmente a verano, fresco y puro y lleno de esperanza. El campo se extiende durante kilómetros, o hasta la eternidad, y el sol siempre brilla y no hay montañas ni bosques. De nuevo, pienso que es como una alfombra.

No, no como una alfombra. Como un mar. Quizás el mar sea así.

Algo se aleja corriendo de nosotros, feliz, abriéndose paso por el trigal. Es el lobo jefe. Corre tanto como puede, y ladra y ladra y ladra como un cachorro.

—Si quieres, tú también puedes ir —dice el perro extraño.

Sí que quiero, pero me da miedo.

—¿El lobo no va a hacerme daño?

El perro extraño niega con la cabeza.

—A donde va, nada hace daño a nada.

Lo creo. Siento que el trigal me llama, hace que todo mi cuerpo suene como una única nota ininterrumpida. Sé que cuando me adentre todo será feliz para siempre, todo será perfecto.

Solo que no puede ser perfecto.

Miro el camino que hemos recorrido. Veo a Tom y a Tom y a Tom, una y otra vez. Ahí está, con doce años y alto para su edad, dibujando a la última luz del día. Y ahí, bajando las escaleras por la mañana, frotándose el sueño de los ojos. Y ahí, dándome de comer cariñosamente de la mano y llamándome «Rebién».

Tom no está en el trigal. Está aquí. Si me voy ahora no podrá venir conmigo. Aún no, y durante mucho tiempo.

Eso no es todo lo que veo entre los árboles. También me veo corriendo con Jaxon.

Miro más allá del bosque, más arriba de los árboles. Ahora la montaña de la que he venido parece mucho más oscura, mucho más fría, mucho más real y dolorosa. Pero Jaxon está ahí, y no puedo abandonarlo.

—Lo siento —le digo al perro—. Has sido muy amable, pero aún no puedo irme. Tengo amigos que me necesitan.

Él me dedica una última sonrisa.

—Sospechaba que ibas a contestar eso —dice el Compañero—. Hasta la próxima, Rebel. Ya volveremos a vernos.

27

RAMA

—*ÍR*ebel!

Está oscuro.

El mundo da vueltas. Me duele todo.

—¡Rebel!

Alguien me llama.

—¿Me oyes? ¡Rebel!

La voz viene de abajo. Abro los ojos. No estoy en el suelo: estoy flotando en el aire. Jaxon sí que está en el suelo. A su lado hay algo que no se mueve. Es el jefe de los lobos, rodeado de ramas rotas. Está muerto.

—¡Rebel! ¡Contesta, por favor!

Intento hacerlo, pero no puedo. No consigo mover el cuello ni hablar. Siento como si me fueran a arrancar la cabeza del cuerpo.

Es el pañuelo: ha quedado atrapado en una rama. Debió de suceder cuando caí por entre las copas de los árboles, e impidió que me diese contra el suelo. Apenas conseguí apoyar las patas traseras en otra rama de más abajo, lo que me salvó de asfixiarme. Pero no voy a tener fuerzas como para seguir mucho más tiempo así.

Jaxon ve lo que ha pasado.

—No te muevas. Voy a bajarte.

No podría moverme ni aunque quisiera. Siento como si tuviese el cuerpo muerto, como de barro. No puedo hacer más que seguir

colgado y soportar el dolor. Jaxon también está herido, tiene el pelaje cubierto de manchas de sangre, pero eso no lo detiene. Cojea hasta el tronco del árbol y trepa a las ramas más bajas. Sigue subiendo, rama a rama, hasta alcanzar aquella de la que cuelgo yo.

—No te muevas —repite, como una orden.

Avanza lentamente, paso a paso, por la rama, que se agita abajo y a los lados. Entonces me coge por la nuca con los dientes y, con cuidado, suelta el pañuelo. Con mi piel agarrada fuerte entre las fauces, camina hacia atrás, de vuelta al tronco. El esfuerzo lo hace temblar. Poco a poco, dolorosamente, baja hasta poder depositarme con suavidad en el suelo.

—Listo. Ya estás a salvo, Rebel.

No me siento a salvo. Me duele en todas las partes en que me he golpeado con ramas durante la caída. Alzo la vista, aturdido.

—Estás sangrando —murmuro.

—La sangre no es mía —responde él—. Pude contener a la mayoría de los lobos para que no te siguieran, y el resto se fueron cuando tiraste a su jefe por el barranco. ¡No puedo creerme que lo hicieras! —Se ríe—. ¡Y ahora, ya ves: te ha salvado tu ridículo pañuelo!

Intento reírme con él, pero no puedo. Me duele mucho todo el cuerpo. Me siento como una escultura hecha de dolor sólido.

—Jaxon —le digo—, he conocido al Compañero. Me llevó hasta un trigal. Era precioso.

A él se le corta la risa. De repente parece asustado.

—No pasa nada —susurra—. Yo cuidaré de ti. Cuidaré de ti, Rebel.

Me levanta tan suavemente como puede por el cuello y carga conmigo mientras sigue por el bosque. Aún mareado, veo pasar los árboles. Siento como si todo esto le estuviese pasando a otro.

Jaxon encuentra un tronco hueco en el suelo. Dentro está oscuro y húmedo, y huele a mosto podrido. Me deja con cuidado en una punta.

—Esto servirá. ¿Verdad, Rebel?

No tengo fuerzas ni para contestarle. Jaxon se me queda mirando. Tiene en sus ojos algo muy parecido al miedo. No tuvo

miedo a los lobos, no tuvo miedo a luchar al borde de un precipicio, pero ahora sí que tiene miedo. No sé qué pensar.

—Vale —dice—, no te preocupes. Voy a hacer que te sea un poco más agradable.

Se aleja cojeando y vuelve con la boca llena de hojas secas. Empieza a colocarlas alrededor de mí.

—¿Ves? Como una cama humana. —Las arregla con las patas—. También voy a traerte agua y algo para comer. Si quieres, cuando recuperes las fuerzas podremos jugar a perseguirnos y a lanzarnos palos y a todas esas cosas que te gustan. Si encuentro un arroyo, igual hasta puedo darte un baño. También te gustan, ¿no?

Lo miro, débil.

—No tienes por qué hacer todo esto, Jaxon. —Trago saliva. Me cuesta hablar, pero tengo que hacerlo—. Me has salvado la vida. Dos veces. Me sacaste a ese lobo de encima y me has bajado del árbol. Has pagado tu deuda. Ya no tienes que quedarte conmigo.

Durante un rato no contesta. Se tumba a mi lado y sigue disponiendo las hojas.

—Descansa un poco —dice por fin en voz baja—. Ya hablaremos cuando te sientas mejor.

Hago lo que me dice porque soy un perro bueno. Hay algo que tira de mí hacia abajo, que quiere arrastrarme a algún lugar secreto y oscuro debajo del mundo. Una y otra vez me suelto y vuelvo a hundirme, cada vez más, hasta que al final me rindo, cierro los ojos y dejo que el sueño me lleve a la negrura.

28

AMANECER

Floto entre el sueño y el despertar una y otra vez, como las nubes pasando por delante de la luna.

A veces abro los ojos y es de noche. A veces los abro y llueve. El mundo más allá del tronco parece estar a miles de kilómetros de distancia. Dentro, todo está en silencio, amortiguado, tranquilo. Es como si estuviese tumbado en el fondo de un pozo, mirando hacia arriba, viendo cómo la luz perla el agua.

Lo único que se mantiene siempre igual es Jaxon. Me trae comida, me lame el pelaje para limpiarlo, duerme a mi lado para darme calor. Siempre está. No entiendo por qué lo hace. No entiendo por qué no se va y listo.

Entonces un día abro los ojos... y todo es diferente.

Es por la mañana. El aire es fresco, tranquilo. Jaxon duerme a mi lado, su aliento tan cerca como el mío propio. Los sonidos que me llegan son claros, definidos y vívidos, como si acabaran de nacer.

Me siento mejor. Me pongo en pie y salgo cojeando del tronco. Puedo caminar, aunque me duele todo. Después de tanto tiempo durmiendo (¿un día?, ¿dos días?, ¿una semana?), la sensación de estar fuera de nuevo es arrolladora. Lo huelo todo: cada planta, cada hoja, cada animal que ha pasado por el bosque. Hasta siento la luz en la hierba, el aire que baja danzando por las montañas, el...

Me quedo helado. No puedo creerme lo que veo.

—¡Jaxon! ¡Jaxon!

Del tronco sale un ruido: Jaxon se ha despertado de golpe y se ha dado en la cabeza. Sale aturdido.

—¡Rebel! ¡Te has levantado! ¿Cuándo...?

—¡Mira!

Señalo hacia el horizonte. Delante de nosotros un campo desciende hasta convertirse en un valle antes de topar con la falda de una montaña que se extiende abrupta hacia el cielo. Y más allá...

Una torre blanca. La conozco. Es la que Tom dibujaba una y otra vez en su cuaderno.

—¡Es el torreón más alto del castillo! —exclamo—. ¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos estado todo este tiempo junto al acantilado sin darnos cuenta!

De repente ya no me siento débil. ¡Después de todo por lo que he pasado, por fin voy a ver a Tom de nuevo! Empiezo a bajar la colina tan rápido como puedo.

—¡Vamos! —grito—. ¡Los rojos pueden estar llegando ahora mismo! ¡Tenemos que encontrar a Tom antes de que...! —Paro en seco. No puedo creerme que haya sido tan idiota. Me vuelvo hacia Jaxon—. Todo el tiempo has sabido que estábamos cerca. ¿Por qué no me despertaste para decírmelo?

Él me mira un momento a los ojos y después se sienta lentamente, como si hubiese estado cargando con un peso secreto.

—Rebel —me dice—. No va a escucharte. —Su voz suena diferente, con una suavidad como nunca le he oído—. No va a volver a casa porque tú lo desees. No va a importarle lo que has hecho. Ni siquiera va a entenderlo. Va a partirte el corazón sin pensarlo dos veces, como hacen todos los humanos.

Siento que me inunda la rabia.

—¡Deja de hablar así de Tom! ¡No lo conoces de nada!

—Quizá. —Se levanta—. Pero sé lo que tengo ante las narices. Un perro que quiere tanto que no puede ver la verdad. Un perro al que le importa tanto perder algo que moriría por recuperarlo. Un perro dispuesto a hacerlo todo, lo que sea, por alguien a quien no le importa. Y eso me rompe el corazón, Rebel.

No es como la discusión que tuvimos en la montaña. Ahí Jaxon era como una roca fría, dura e impenetrable. Ahora es como si la roca se hubiese partido, mostrando la tristeza que llevaba dentro.

—Hagas lo que hagas —sigue—, Tom no va a escucharte. Va a hacer lo que quiera. Va a abandonarte una y otra vez, igual que la primera. —Traga saliva—. Pero yo no voy a abandonarte, Rebel.

Ahora queda claro por qué estaba siempre de tan mal humor, por qué siguió a mi lado aun cuando no estaba obligado. Creía que me estaba ayudando porque era parte del código de los Sin Dueño. Por fin entiendo que era mucho más que eso. Me resulta tan claro, tan obvio, que no puedo creerme no haberlo visto antes.

Jaxon continúa, habla atropelladamente, decidido a acabar de decir lo que quería.

—No tienes por qué seguirlo. Él puede vivir su vida y tú la tuya. Conmigo. Podemos ser compañeros el uno del otro. Podemos pasar juntos el resto de nuestras vidas, los dos solos, a salvo y libres en las montañas. Podemos ser felices, Rebel, lo sé.

Niego con la cabeza.

—No puedo abandonarlo, Jaxon.

—Él te abandonó a ti.

—No es lo mismo.

—¡Sí que lo es! —Da un paso hacia mí—. Naciste libre, Rebel. No eres propiedad de nadie. No tienes que ir corriendo solo porque Tom te llama.

—¡No me ha llamado! —replico—. Ni siquiera me pidió que lo siguiera. Al contrario, me pidió que no lo hiciera.

—Entonces ¿por qué lo haces?

—Porque... —Busco las palabras— porque el amor es eso. Te une a las cosas. Te lleva a hacer cosas equivocadas, tontas, ilógicas, porque no las haces por ti. Y eso es justo lo que las hace importantes. Si no amas algo además de ti mismo, es como si no fueses nadie.

Jaxon se me queda mirando de nuevo. Es como si la distancia que nos separa hubiese crecido, a pesar de que ni él ni yo nos hemos movido un centímetro.

—O sea, que lo eliges a él.

—No es eso. No es el uno o el otro. Puedes venir con nosotros. —La idea despierta una llamita de esperanza en mi interior—. Podrías vivir con nosotros en la granja. A Tom le gustarías, seguro. Y creo que él a ti.

Pero, al mirar a Jaxon, veo algo en su rostro que no consigo describir por mucho que lo intente. Es una parte de él que no había visto antes y que no comprendo. Hasta me da un poco de miedo. No está enfadado conmigo sino muy muy triste.

—No puedo hacer eso, Rebel —dice casi con un hilo de voz.

Y así la llama se apaga tan rápido como se encendió, y solo deja frías cenizas. Jaxon mira al bosque, yo al castillo. Los dos hemos elegido.

—Lo siento, Jaxon —le digo—. Gracias. Por todo lo que has hecho por mí. Nunca te olvidaré.

Espero a que me responda algo, pero no lo hace. No es necesario: se le ve todo en su expresión desesperanzada, peor aún que en la cueva, postrado por el miedo y el dolor. Esto le duele aún más.

—Adiós, Jaxon.

Me vuelvo y echo a correr. En un momento miro atrás y él sigue ahí, en el mismo punto. Desde esta distancia no es mayor que un punto en el paisaje; hasta me pregunto si en realidad se ha ido y mis ojos me engañan. No puedo saberlo: están tan llenos de lágrimas que ya no estoy seguro de nada.

EL ÚLTIMO DÍA

29
CAMPAMENTO

Sigo corriendo hacia el valle. Ya estoy lo bastante cerca como para ver que hay tiendas de campaña. Y no pocas: cientos de ellas, y hogueras y carretas, todo adornado con banderas rojas. Debe de ser donde han acampado los rojos antes de marchar al castillo. ¡He llegado justo a tiempo!

Pensar que Tom está cerca me hace ir aún más rápido. Y cuanto más rápido voy, más me seca el viento las lágrimas. Voy a ver de nuevo a Tom. Cuando sepa que he venido de tan lejos a buscarlo, cuando se dé cuenta de lo mucho que lo quiero, estoy seguro de que se le van a pasar las ganas de luchar. Va a abandonarlo todo —a Jinete, a los rojos, al rey— y regresaremos a casa. De nuevo seremos él y yo, como es debido. La esperanza me hincha el corazón hasta que se vuelve del tamaño del sol.

El olor del campamento danza hasta mí: comida y fuego y humanos y caca de caballo, todo mezclado. Los rojos ya deben de llevar un tiempo aquí. Todo encaja: Jaxon y yo perdimos dos días en las montañas, y no tengo ni idea de cuánto he estado durmiendo en el bosque. Pero ¿por qué esperan aquí? Están muy cerca del castillo. ¿No les convendría atacar antes de que el rey pueda resistirse?

Entonces distingo otro olor en el aire. Lo reconozco de Unsk, después de la explosión. Es miedo y odio y desesperación, que lo cubre todo como la niebla. Está por todas partes.

Al llegar a las tiendas ya no necesito olerlo: lo veo. Está en las caras de las mujeres, colgado en las paredes como trapos. Está en los cuerpos de los ancianos, que se cubren con mantas viejas sentados alrededor del fuego. Está en los ojos de los niños, que caminan en triste silencio.

No hay rastro de Tom. No hay rastro de Jinete. El campamento está casi vacío. La hierba está tan pisoteada que debería haber miles de personas, pero no. ¿Qué pasa? ¿Dónde están los rojos?

—¡Vaya, me alegro de ver algo bueno entre tanto desastre!

Me vuelvo y reconozco una cara larga y familiar.

—¡Pearl!

La mula de Unsk está atada a un poste junto a una de las tiendas. Parece estar mejor de los cortes, pero sigue llevando la venda que le cubre un ojo. No veo a Félix con ella.

—El pobrecillo no quiso salir de Unsk —dice con un suspiro, leyéndome una vez más los pensamientos—. Le insistí cuanto pude para que viniera, pero él siguió con eso de que tenía que quedarse por si regresaba su esposa. —Suelta un largo resoplido—. Desde entonces no he parado. Miles de personas salieron de Unsk, así que una vieja mula como yo no tuvo ni un respiro: que si cargar con eso hasta aquí, que si cargar con lo otro hasta allá, que si quedarme fuera haga el tiempo que haga... ¡Ni siquiera cogieron mi manta azul! Al final voy a acabar presentando una queja.

Miro alrededor por el campamento vacío. El pánico empieza a cubrirme como si fuese lodo húmedo. No hay ni rastro de los miles de personas que ha mencionado Pearl.

—Entonces ¿dónde están todos?

Señala hacia el frente con la cabeza.

—Llegas tarde, querido. Se han ido hacia allá hace horas.

A un lado del campo hay un camino, el suelo hundido por el paso de miles de pies. Lleva directo a la falda de la montaña, donde la pared de roca lo parte en dos como unas mandíbulas abiertas y forma un mínimo túnel que se adentra. Es el paso de montaña que lleva al castillo. Del interior sale un repentino golpe de viento que trae el ruido de cuernos de caza, de disparos de fusiles, de gritos humanos.

—Entraron por miles. Todos llevaban lanzas y horcas —dice Pearl con tono sombrío—. No ha vuelto a salir ninguno.

El miedo me aprieta el pecho, me deja sin aire. La lucha final ya ha comenzado. He llegado demasiado tarde.

No puedo evitar salir corriendo, atravesar el barro hasta las mandíbulas de la montaña.

—¡No, Rebel! —grita Pearl a mi espalda—. ¡Es peligroso!

Ya lo sé. Si entro ahí, puede que nunca vuelva a salir.

Pero la regla es la misma de siempre: a donde Tom va, yo lo acompaño. Yo soy su perro y él es mi niño. Y si se ha metido en las fauces de la muerte... voy a seguirlo hasta ella y sacarlo de nuevo.

30
DESFILADERO

Miro la entrada al desfiladero. Dentro hay un caminito estrecho de tierra muerta y fría piedra, flanqueado por unas paredes tan altas que parecen llegar a tocar las nubes de color plomizo. La luz no llega al suelo. Está todo cubierto por sombras y humo en movimiento; no puedo ver qué hay más allá.

Pero sí que puedo oírlo. Aquí los ruidos de la guerra suenan aún más fuertes, traídos por la brisa. Miles de humanos gritando a la vez, disparos y alaridos repentinos. Con cada paso tembloroso que doy, el ruido aumenta y aumenta, resonando en las paredes. El terror circula por mi cuerpo como veneno de serpiente. No tengo ni idea de qué me voy a encontrar cuando salga del humo.

Por favor, Tom, que no te haya pasado nada...

Otro golpe de viento atraviesa el desfiladero y se lleva el humo. Estoy arriba de una pendiente; abajo el camino se vuelve plano y se ensancha.

Y justo delante de mí está el castillo.

Es aún más bonito que en los dibujos de Tom. En el torreón más alto, una bandera dorada ondea por encima del campo de batalla. El castillo está al final del camino, de lado a lado de este, sus muros fuertes y gruesos como la montaña en la que han sido tallados. No es posible rodearlo. Solo se puede entrar por las puertas frontales, bloqueadas por cientos de guardias. Son más de los que nunca he

visto, en formación ante la muralla, con armaduras doradas y apuntando sus mosquetes hacia la multitud.

Y en cuanto a la multitud...

Llena el terreno de punta a punta. Es como un mar revuelto. Miles de rojos, todos con armas improvisadas, llevando banderas, gritando a pleno pulmón. El ruido es enorme, aterrador, monstruoso, y suena como una masa compacta por encima de los disparos que parecen venir de todas partes. Los guardias están disparando a la gente, intentan que se retiren mientras ellos recargan, llenando el camino de humo y gritos. Pero los rojos siguen avanzando, miles de botas contra el suelo a la vez mientras se dirigen al castillo.

Siento un escalofrío. Tom tiene que estar en ese grupo.

—¡Tom!

Corro por la pendiente hacia el mar de piernas, las voy esquivando frenético en busca de algún rastro de Tom, pero es inútil. Hay demasiadas voces, demasiadas caras, demasiado ruido. El aire está repleto de aullidos de dolor y humo en movimiento. ¿Cómo voy a encontrarlo entre todo este caos?

Veo frente a mí una roca que sale del suelo, y de repente sé qué hacer. Corro y salto a ella, como hice en el río. Así consigo ver por encima de las cabezas.

Tengo el castillo delante, aún más cerca. Los rojos están casi a las puertas. Los guardias tendrán mejores armas y mejor entrenamiento, pero ni siquiera sus mosquetes pueden contener a una multitud de miles de personas. Cada vez que paran para recargar, los rojos avanzan de nuevo, haciéndolos retroceder con sus lanzas y sus horcas. Veo que entre el gentío se pasan hacia delante enormes escaleras de madera, y entiendo de repente lo que van a hacer: los rojos intentarán escalar la muralla. Aunque las puertas estén cerradas van a entrar igualmente.

Otro avance y los guardias se ven superados del todo. Echan a correr hacia el castillo. Les abren las puertas y entran apresuradamente. Los rojos gritan triunfales y los persiguen, con las banderas y las escaleras por encima de sus cabezas.

¡BUUUM!

Es un ruido tan fuerte, tan poderoso, que parece hacer callar al mundo entero. De la muralla sale un golpe de luz, una columna de humo. Algo atraviesa el aire, suena como un rugido mientras vuela hacia los rojos al ataque.

¡CRAC! Una bala de cañón cae con toda la fuerza en el campo de batalla, sobre el gentío, levantando polvo y escombros. Se oye un grito de dolor, un momento de terror silencioso... y a continuación más explosiones, una tras otra, a medida que más balas vuelan desde el castillo.

No me lo puedo creer. El rey está disparando los cañones hacia su propio pueblo.

Entre alaridos de horror, los rojos se vuelven y huyen de la muralla, dejando caer las escaleras en su pánico por huir del ataque. Pero en el terreno no hay donde resguardarse. No pueden salir excepto por el cuello de botella por el que entraron. En un instante están apelotonados a su alrededor. Están atrapados.

El suelo delante de mí tiembla de repente y se levanta una nube de polvo. Una bala de cañón pasa, golpea la pared de la montaña y causa un desprendimiento, una avalancha. Suelto un alarido de pánico y salto de mi roca. Corro por entre la multitud aterrorizada, esquivo piernas intentando alejarme. Esto no se parece en nada a los carteles que había dibujado Tom. Aquí no hay amaneceres, no hay paz, no hay victoria. Solo caos.

Miro el campo de batalla y se me cae el corazón a los pies. Han soltado las banderas rojas, ahora cubiertas de polvo. El suelo está lleno de cráteres y de cuerpos sin vida. También hay heridos, que gritan de dolor y ruegan a otros que los ayuden, aunque nadie puede ayudarlos sin entrar de nuevo en el radio de tiro de los cañones.

—¡Vamos, no podemos rendirnos ahora! —Reconozco esa voz. Me vuelvo. Es Jinete. Sangra por la cabeza y sostiene un fusil. Aún lleva la piel de lobo—. ¡Tenemos que seguir luchando! ¡Somos lo único que se interpone entre el rey y un país libre! ¡Si nos rendimos todo habrá acabado!

Pero nadie le escucha. La gente está aterrorizada: saben que no pueden vencer a los cañones cuando ellos solo tienen armas caseras

y unas pocas de fuego.

La batalla está perdida. El levantamiento ha fracasado. Veo cómo Jinete sigue arengando a sus combatientes mientras pasan atropelladamente hacia el desfiladero. Y entonces me doy cuenta.

Jinete está solo. Tom no está con él.

Me temo lo peor. Tom siempre estaba a su lado en todos los dibujos. Pero ahora no está.

No está por ninguna parte.

—¿Tom? ¡Tom!

¿Dónde se ha metido? ¿Será uno de los cuerpos destrozados en el campo de batalla? Miro frenéticamente, intentando encontrarlo entre el caos, buscando algún signo, algo de esperanza... algo, lo que sea.

Y entonces lo veo.

Al principio casi no puedo creérmelo. Es apenas un pequeño movimiento en la distancia.

Parpadeo para limpiarme el polvo de los ojos y vuelvo a mirar. Un niño tirado en el campo de batalla, sus cabellos largos morenos sobre la cara. Un pequeño pecho que late muy rápido.

Tom.

Está junto a un cráter, junto a las puertas del castillo. Debía de ir al frente de la carga cuando estalló el primer cañonazo. ¡Está vivo!

Pero está herido. Grave. La sangre mancha el suelo a su alrededor, le mana a través de los pantalones. Está justo fuera del alcance de los guardias de la muralla, pero nadie puede acercarse sin recibir un disparo. Está atrapado.

Corro hacia Jinete. Salto hacia él y le ladro.

—¡Rápido, tienes que volver y salvar a Tom!

Jinete no me escucha. Está muy ocupado gritando al gentío que huye para salvar la vida. Los sigo, no paro de ladrar, desesperado.

—¡No! ¡No os vayáis! ¡Quedaos y luchad, o Tom morirá!

Nadie me entiende. Nadie se fija en mí. Jaxon tenía razón: soy solo un perro en un mundo de humanos. A nadie le importa que vaya a perder a la única persona a la que he querido.

Tom va a morir.

Me vuelvo hacia el campo de batalla. Los ojos se me llenan de lágrimas. Aúllo. Tom está tan lejos, tan pequeño, tan perdido... Está como yo cuando me rescató siendo un cachorro. Él me salvó, pero yo no puedo salvarlo. Nadie va a estar a su lado cuando se muera. Nadie le cogerá la mano en sus últimos momentos, nadie va a decirle que todo irá bien, nadie se tumbará a su lado para mostrarle lo mucho que lo quiere.

Excepto yo.

Miro al castillo. Veo a los guardias entre el humo, mosquetes y cañones listos para disparar a cualquier cosa que se mueva.

Comprendo lo que tengo que hacer. Sé para qué estoy aquí. No puedo llevar a Tom a casa. No puedo salvarlo.

Pero puedo asegurarme de que no esté solo.

Eso es lo único que importa. Voy a ir con Tom y asegurarme de que sepa que he venido a buscarlo, aunque no me haya llamado. Que he intentado salvarlo, aunque fracasara. Que por mucho miedo y dolor que sienta no está solo. Que nunca ha estado solo. Que siempre lo han querido.

Y si tengo que morir para conseguirlo, pues que así sea.

Enseguida lo siento: es mi Perro Verdadero, vivo y despierto en mi interior. La parte de mí que sigue siendo salvaje, que sigue siendo libre, que es capaz de enfrentarse a un lobo y ganar. Mi Perro Verdadero me ha traído hasta aquí, con la persona a la que quiero, y ahora me hace ir derecho a las fauces de la muerte para estar con esa persona una vez más.

Y es que soy Rebel. Yo decido lo que hago con la única vida que tengo. Si he de usarla para algo, que sea para el amor.

Cierro los ojos, contengo el pánico y cargo.

31

CARGA

Corro por el suelo de piedra. Soy lo único que se mueve en el campo de batalla; un perro minúsculo en el valle de la muerte. A través del humo, el castillo se va volviendo más grande y claro a medida que me acerco.

¡BAM!

Del suelo a mi lado saltan trocitos de piedra. Los guardias me disparan. Las balas de sus mosquetes fallan por centímetros. Suelto un gritito de miedo pero no paro de correr, con la vista fija en Tom para darme ánimos. Ahora no puedo detenerme.

—¡Voy, Tom! —grito.

Los guardias dejan de dispararme. Están recargando o se han dado cuenta de que solo soy un perro.

—¡Eh, mirad eso! —oigo que grita alguien a mi espalda.

Miro atrás. Algunos de los rojos han interrumpido su retirada y me señalan al verme avanzar hacia el castillo.

—¿Qué hace?

—¡Debe de estar loco!

—Va a conseguir que lo maten...

Me llega otro disparo, y otro y otro más. Las balas pasan por mi lado volando como avispas. Sigo sin detenerme y corro con todas mis fuerzas. Miles de rojos se han vuelto a verme.

—¡Dispararle a un perro...!

—¡Monstruos!

—¡Mirad lo que lleva puesto!

Tardo un momento en darme cuenta de a qué se refieren: a mi pañuelo, el que me dio Tom. Está sucio, desgarrado, más que vestirlo lo llevo colgando, pero sigue ahí, después de todas las cosas por las que he pasado.

—¡Está cargando!

—Pero ¿por qué?

—No va a llegar...

Se equivocan. Sí que voy a llegar.

Tengo a Tom cada vez más cerca. No me importa que me disparen. El Compañero me mostró lo que es la muerte y ya no la temo. Solo pido llegar antes a Tom para poder estar juntos una última vez.

Ya no corro solo por él. También corro por Jaxon. Corro por Pearl. Corro por Félix. Corro por todos los animales que he conocido durante el trayecto, todos aquellos que no han tenido otra alternativa que sufrir esta guerra, incluidos los lobos. Corro porque también es nuestro mundo y tenemos que luchar por lo que nos importa, aunque sea solo a nosotros.

De repente ya no corro solo. Alguien va a mi lado, alzando bien alto su bandera roja.

—¡Vamos! —grita Jinete. Su voz resuena entre las paredes de piedra—. ¿A qué esperamos? ¡Si él puede, nosotros también!

Oigo más gritos atrás. Otros rojos se nos suman, blandiendo sus lanzas y sus horcas. Pero no son más que una docena de hombres y mujeres corriendo hacia el muro de la muerte. No tenemos ninguna posibilidad.

Y, sin embargo, ninguno lo sentimos así. El aire ha cambiado, el olor a desesperación ha desaparecido. Algo diferente llena el espacio que me rodea, lo mismo que sentí en Unsk cuando todos vieron el cartel que había hecho Tom: la idea de que quizá, solo quizá, un nuevo mundo sea posible; que puede suceder algo increíble aquí mismo, ahora mismo, si todos luchamos por ello. Una noción que va pasando de una persona a otra, extendiéndose como un incendio forestal.

De repente los rojos han dejado de retirarse. Cargan de nuevo hacia el castillo. Están heridos, sangran, tienen que apoyarse unos en otros, sus ropas están cubiertas de polvo y suciedad, pero luchan igualmente. Han encontrado su Perro Verdadero. Se han visto entre un lobo y un precipicio, y han reunido fuerzas para sobrevivir. Recogen las banderas del suelo, manchadas de sangre, desgarradas, requemadas en los bordes, y vuelven a izarlas bien alto.

—¡Que nos oigan! —grita Jinete—. ¡Que sepan que estamos yendo! ¡No podrán con todos a la vez!

Los rojos sueltan un rugido al cielo, un rugido animal. Están exhaustos y vivos a la vez. Su clamor ininterrumpido llena el terreno de una punta a la otra y hace que el aire tiemble. Un mar de rojo carga hacia el castillo, un último empuje, todos a una. Yo no pretendía liderar la carga. No pretendía que nadie me siguiera. Pero si para salvar a Tom tengo que ganar una guerra, que así sea.

¡BUUUM!

La muralla entra en erupción. Los guardias han vuelto a los cañones. El suelo se llena de balas que levantan grandes columnas de humo. Oigo a gente que grita al caer, siento un vendaval de fragmentos de piedra a mi alrededor, pero todo eso solo hace que mi Perro Verdadero se empeñe más. No puedo morirme ahora. No voy a morirme. No puedo haberme acercado tanto a Tom para acabar fracasando. Sigo corriendo.

Los rojos también. La corriente de la batalla ha cambiado: ya ni las balas de cañón pueden detenerlos. Recogen las escaleras que soltaron y las llevan hacia la muralla. Ya estamos tan cerca que vemos el pánico en los ojos de los guardias mientras recargan frenéticos. En un momento van a lanzarnos otra ronda de la muerte. Puede que yo no tenga más que unos segundos para encontrar a Tom...

Pero ¿dónde está? Ya no lo veo. El aire está lleno de humo cegador. Levanto el morro para localizar su olor, pero no siento más que la sangre y el azufre y el metal requemado que abarcan todo el lugar...

Y entonces lo encuentro. Un aroma único oculto entre el miedo y el sudor y la grasa y la pólvora, como un hilo dorado que se extiende

por encima del caos del campo de batalla. Un aroma que conozco tanto como a mí mismo.

Es Tom. Su pelo, su ropa, el carboncillo bajo sus uñas, las castañas en su bolsillo. Es más que su voz y su corazón latiente, más que su sangre y su respiración. Es la parte de él más auténtica, la parte que no puede cambiar, el brillo que lo rodea y hace de él mi hogar. Continúo corriendo con la cabeza bien alta, siguiendo el rastro como un río hasta el mar, atravesando la matanza y el caos mientras el castillo sigue creciendo ante mí y el humo se abre como un telón al viento.

Ahí está. Tumbado en el cráter, sus dedos ensangrentados agarrándose temerosos al suelo, su rostro pálido y húmedo por las lágrimas. Tiene la ropa desgarrada, los ojos hinchados, está aterrorizado... pero en cuanto me ve, su miedo se disipa como la neblina matinal. Vuelve a ser un niño normal que se despierta un domingo cualquiera. Todo él es Tom.

—¿Rebel? —pregunta.

—¡Tom! —grito.

Diez kilómetros se vuelven diez metros y después diez centímetros y después nada, cuando doy un salto en el aire y me lanzo hacia sus brazos abiertos. Tembloroso, Tom me abraza y no me suelta. Me hundo en él. Es mi Tom, mi niño, mi todo. Por fin, después de tanto tiempo, después de tanta distancia, en este lugar tan horrible y lejano, todo es como siempre había sido. Nunca en toda mi vida me había sentido tan en casa.

A nuestro alrededor los rojos siguen cargando como una inundación, superando el resto del camino hasta alcanzar la muralla. Enseguida los oigo gritar que levanten las escaleras, que trepen, que alejen a los guardias de los cañones, y hacer sonar sus cuernos de caza para llamar a los últimos rojos que siguen en la entrada del desfiladero.

Tom y yo no vamos con ellos. Nos quedamos donde estamos, abrazándonos fuerte, el amor brotando de nosotros como flores. Es como si no hubiese nadie más.

Donde estamos no hay guerra.

32
VICTORIA

El resto del día es como un borrón.

No me aparto de Tom ni un momento. Poco a poco va desapareciendo el ruido de gritos y disparos. Pero no me importa quiénes hayan ganado o perdido la batalla. En el cráter, en brazos de Tom, tenemos todo lo que necesitamos.

Después de lo que me parecen horas, oigo pasos de personas. Ladro para que se fijen. Al momento, dos rojos se asoman y nos miran.

—¡Eh, aquí tenemos otro herido!

—Buf, esa pierna no pinta nada bien...

—Venga, ayúdame a sacarlo.

Lo levantan entre los dos y cargan con él. Corro con ellos, tan cerca que sin querer casi los hago tropezar. Me he enfrentado a la muerte por Tom y no voy a perderlo ahora.

Lo llevan al castillo; las puertas están rotas y cuelgan de las bisagras. Al entrar no puedo creerme lo que veo: los guardias han desaparecido, y el patio del castillo —y en cada ventana, cada balcón, cada pasillo y escaleras— está repleto de rojos, que dan vítores a plena voz y señalan al cielo.

Miro arriba. En el torreón más alto han retirado la bandera del rey, y una nueva ondea al viento: la roja.

El rey ha sido derrotado. El castillo es de los rojos. Después de años de sufrimiento, el país es por fin suyo.

En ese momento Jinete sale del torreón, flanqueado por rojos armados. Está claro que es el que manda. Alza las manos y todos quedan en silencio al instante. Mira a su alrededor, contemplando toda la escena.

—El rey ha huido —anuncia—. Hemos encontrado un túnel secreto en las mazmorras que sale a las montañas. ¡El muy cobarde se fue durante el ataque final, abandonando a sus hombres y dejándolos morir!

Sacan a un puñado de guardias a rastras, con los brazos en alto, rodeados por un montón de fusiles que los apuntan. Los rojos se burlan de ellos, les gritan insultos y los empujan en todas direcciones. Los ánimos parecen cambiar de repente: la multitud se adelanta, armas en mano, odio en sus ojos...

Jinete se interpone entre ellos y los guardias.

—¡No! ¡No los toquéis! ¡Son prisioneros!

—¿Prisioneros? —grita alguien al frente del gentío—. ¿Quieres dejarlos vivos después de lo que nos han hecho?

—Tened piedad, caramba. —Jinete suena agotado—. Miradlos, apenas son niños.

Es cierto. Sin sus cascos, cualquiera puede ver que no son más que unos adolescentes asustados; apenas llenan las armaduras que les dieron. Son como Tom.

Jinete los señala.

—¿Dónde creéis que los reclutó el rey? Son vuestros jóvenes, son vuestros conciudadanos. El rey los convirtió en monstruos, pero no vamos a dejar que haga lo mismo con nosotros. ¡Este es un país nuevo!

La gente sigue queriendo discutírselo, pero un nuevo grito vuelve a acallarla.

—¡Eh, mirad! —Todos se vuelven. Una mujer me señala a mí, sonriendo de lado a lado—. ¡Es él, el perro que lideró la carga!

Me levanta y me alza en brazos por encima de la multitud. La discusión queda olvidada al instante: todos están muy ocupados

vitoreándome. Empiezan a apiñarse para poder acariciarme la cabeza y el pelaje, y hacerme cosquillas en el cuello.

—¡Es todo un héroe!

—Si no hubiese echado a correr...

—¡Qué perro más listo!

—¡Buen chico! ¡Buen chico!

Muevo la cola. Sí, soy un buen chico.

La mujer vuelve a dejarme en el suelo, suavemente, a los pies de Tom.

—¿Es tuyo?

Él alza la cabeza débilmente y sonríe.

—Es Rebel. Y es el mejor perro del mundo.

La gente lanza su grito más potente y se aparta para que puedan meter a Tom en el edificio. Lo sigo muy de cerca, como si fuese su sombra. Nos llevan a una gran sala convertida a toda prisa en un hospital para los heridos. Intentan encontrarle una cama libre, pero una enfermera los detiene.

—¿Qué hacéis? —Chasca los dedos y me señala—. ¡Llevaos a eso de aquí!

Uno de los hombres suelta una risotada.

—¿Es que no lo reconoces? ¡Este perro es un héroe!

—Y esto es un hospital —replica ella, muy seria—. Estoy intentando salvar vidas. No podéis traerme dos perros.

Me quedo helado. ¿DOS perros?

Me doy la vuelta. Por entre las literas avanza hacia mí...

—¡Jaxon!

Sí, es él, y tiene cara de estar muy muy enfadado. Antes de que yo pueda decirle nada, me tira al suelo de un golpe.

—Tienes suerte de estar vivo —gruñe—. Si hubieses muerto te... ejem... mataría.

Parpadeo.

—¿Qué haces aquí?

—¿Tú qué crees? —ruge—. ¿Es que no te acuerdas de lo primero que te dije? Tengo el deber de ayudar a otros perros con problemas. Y tú, Rebel, consigues meterte en más problemas que ningún otro perro que haya conocido. ¿Cómo se te ocurrió salir corriendo por el

campo de batalla? ¿Y cómo no iba a seguirte yo, si insistes en hacer burradas como esa?

Me siento tan feliz que creo que voy a explotar. Corro a su alrededor, saltando y lamiéndole la cara.

—¡Has vuelto a por mí!

La enfermera pierde la paciencia del todo.

—¡Basta! ¡Sacadlos ya de aquí, antes de que...!

Intenta cogerme, pero Jaxon da un mordisco en el aire ante ella, feroz. La mujer suelta un alarido y sale corriendo, y ahí acaba todo. Ya nadie se atreve a tocarme. Tom, tembloroso, es conducido a una litera, en la que lo ayudan a acostarse. Me subo a las limpias y frías sábanas a su lado, y Jaxon se queda en guardia a los pies. Estamos como empezamos: tumbados el uno al lado del otro.

Me mira con ojos débiles.

—Increíble, ¿eh, Rebel? ¡El castillo! ¡Lo conseguimos!

Agito la cola. El castillo me da igual. Lo único que me ha importado todo este tiempo es Tom. Quiero contarle todas las cosas por las que he pasado para encontrarlo. Las aventuras que he vivido, la gente y animales que he conocido: Jaxon y Félix y Pearl y Pel y Abuelo y los lobos y el Compañero... pero, claro, no puedo hacerlo porque soy un perro.

Tom me acaricia, y de repente se le oscurecen los ojos.

—Creí que iba a morir en el campo de batalla —susurra—. Una bala de cañón aterrizó justo a mi lado. No pude más que quedarme en el cráter y pensar en ti y en Mamá y en Papá, en que no iba a volver a veros. Me prometí que si salía con vida, iba a regresar directo a casa con vosotros y no irme de nuevo nunca más. —Sonríe —. Pero fuiste tú el que vino a buscarme, Rebel. Y desde tan lejos... Te he echado mucho de menos.

De repente toda mi alegría desaparece como el sol tras las nubes. Toda la tristeza, todo el miedo, todo el dolor, que llevo dentro desde hace tantos días, brotan de mí a la vez.

«Si tanto me echabas de menos, ¿por qué me dejaste? —querría gritarle—. ¿Por qué no volviste? ¿Por qué me olvidaste?».

Todo lo que dijo Jaxon era cierto. Tom me abandonó. Dejó de dibujarme. ¿Cómo va a volver a ser todo como antes, ahora que he

visto lo fácil que le resultó olvidarme?

La enfermera reúne por fin el valor suficiente como para acercarse de nuevo a la litera, aunque sin apartar la vista de Jaxon.

—Sentadlo —ordena a los voluntarios que tiene detrás— para que pueda examinarle las heridas.

Tom se incorpora débilmente mientras un soldado le quita la ropa. Veo que tiene algo oculto por dentro de la camisa. Es una hoja de papel. No, no solo una: docenas, viejas, gastadas, con las esquinas rotas, manchadas de barro y sangre.

—¿Qué diablos...? —exclama el soldado.

Coge una de ellas y la mira. Ahí estoy yo. Yo, dibujado al carboncillo. El hombre mira otra, y de nuevo salgo yo, acurrucado en la cama, entre las sábanas. Yo escondido bajo la silla de Tom y pidiéndole comida. Yo corriendo por la hierba en el Campo de Arriba. Tom y yo viendo pasar las nubes. Yo y él y él y yo, hoja tras hoja, una y otra vez en un dibujo tras otro.

Veo la verdad, que brilla ante mí como el sol: Tom nunca dejó de dibujarme. Nunca me olvidó. Todo este tiempo estuvo pensando en mí, igual que yo en él. Solo que, en vez de pegar los dibujos en puertas y tablones de anuncios, se los guardó muy cerca del corazón, en secreto y a salvo, para tenerlos siempre consigo.

Recuesto la cabeza en su costado, y él me abraza hasta que nos quedamos dormidos los dos. Hasta hoy nunca hemos necesitado palabras, y ahora tampoco. Ya nos hemos dicho todo lo que teníamos que decirnos.

LOS NUEVOS DÍAS

33
TRONO

*T*om guarda cama durante los siguientes dos días. Viene a visitarlo un montón de gente. Algunos de ellos, compañeros de marcha, otros desconocidos. Quieren ver al «perro rebelde». Cuando Tom se agota, Jaxon empieza a gruñirles y enseguida se van. Tom se lo agradece, aunque aún no sabe quién es y está claro que está un poco confuso.

Una mañana aparece un rojo y ordena a Tom a subir las escaleras. No le dice para qué, y él no pregunta. Ya está mejor como para caminar. Se levanta y va cojeando. Jaxon y yo los seguimos por los pasillos. Caminar por una superficie tan lisa y pulida y humana se me hace raro después de tantos días entre barro y piedras.

El hombre nos conduce por una sucesión interminable de escaleras, hasta que llegamos a unas puertas dobles vigiladas por más soldados armados. Se apartan para que Tom entre, seguido por Jaxon y yo.

Me quedo boquiabierto. Nunca había visto una sala tan grande y lujosa. La luz que entra por las ventanas de cristal tintado forma un arcoíris en el suelo, el techo tiene joyas incrustadas y lo sostienen unas columnas de mármol más gruesas que árboles. En el otro extremo hay una tarima con escalones sobre la que se encuentra un brillante trono dorado.

Sentado en los escalones hay un hombre comiendo una manzana. Lleva una capa de piel de lobo.

Se me ponen los pelos de punta: es Jinete, el que me quitó a Tom, el que lo llevó a la batalla y lo dejó abandonado en un cráter para que se muriera. Lo odio con todo mi ser.

—Ah, veo que ya estás en pie. —Jinete tira el corazón de la fruta y va hacia Tom—. Te curas rápido. No está mal para un niño de doce.

Tom abre la boca para contestar, pero se pone rojo de rabia cuando Jinete le tira con fuerza de la oreja. Yo también me enfurezco y le ladro. ¡Cómo se atreve a pegarle!

—Eso por mentirme —gruñe Jinete—. Me dijiste que tenías dieciséis. De haberlo sabido no te hubiese dejado unirte a los rojos. ¡Y ahora mírate! —Le señala la pierna mala—. Esa herida va a acompañarte para los restos.

Tom traga saliva.

—Lo siento. No quería mentirle. Solo quería ayudar a combatir al rey.

El hombre suspira.

—Sí, y lo hiciste. Y ahora aquí estamos, en su sala del trono. —Extiende las manos, abarcando las paredes doradas brillantes—. No está mal, ¿eh?

—Es bonita —responde Tom.

Jinete se encoge de hombros.

—Vamos a fundirlo todo y venderlo. Vamos a necesitar el dinero para pagar lo que queda de la guerra.

Tom parpadea.

—Pero si la guerra ha acabado. Ganamos.

Jinete niega con la cabeza, muy serio.

—Aún falta, chico. El rey sigue escondido por ahí, y aún hay montones de guardias sueltos que le son leales. Sin duda, intentará rehacer su ejército y recuperar el castillo. Antes de que nuestro país sea libre por fin, nos queda mucho por luchar.

Tom pone cara confusa. Eso no suena a la victoria que esperaba. No se parece en nada a la de sus dibujos.

—No estoy seguro de que a mí me queden fuerzas —sigue Jinete, ahora con tono amargo—. He enviado a mucha gente a la muerte. Tú mismo casi fuiste uno de ellos, recuérdalo. —Suspira de nuevo—. Pero no puedo permitir que esas muertes hayan sido para nada. Tengo que seguir combatiendo para que hayan valido la pena. Ese es el precio que tengo que pagar. —Posa una mano en el hombro de Tom—. Pero tú no. Es hora de que vuelvas a casa.

Muevo la cola. ¡Vamos a regresar! Podría explotar de alegría. Pero Tom no parece contento. Cambia de postura para no apoyarse en la pierna herida.

—Si no le importa, señor... preferiría quedarme un tiempo más.

Jinete frunce el ceño.

—¡No me dirás que quieres ver más derramamiento de sangre!

—No —contesta Tom de inmediato—. En absoluto. No voy a volver a combatir nunca más. Y echo muchísimo de menos a mis padres. Quiero verlos de nuevo, en serio. Es solo que... —vuelve a apoyarse torpemente en la pierna herida— ahí no me espera nada.

Me quedo aturdido. ¿Cómo ha podido decir algo así? ¿Cómo ha podido decir que la granja no es nada?

—No quiero ser granjero —admite con un hilo de voz—. Creo que nunca lo he querido. Y ahora que he visto un poco más de mundo lo tengo aún más claro.

Jinete asiente y vuelve a mirarle la pierna.

—Mmm... A decir verdad, con una herida como esa no podrías llevar una granja. Entonces ¿qué piensas hacer?

—No puedo hacer nada —refunfuña Tom.

—¡Tonterías! Esos dibujos que hiciste significaron mucho para la gente. Tienes talento. Deberías explorar ese camino, a ver adónde te lleva.

Tom se ha puesto muy triste.

—Supongo que podría encontrar algún trabajillo como dibujante en Connick...

Jinete sonríe.

—Yo no diría que eso no es nada, chico. Estarías de vuelta con tu familia, haciendo algo que se te da bien en un lugar que te gusta. Para muchos, algo así es suficiente como para montarse toda su

vida. Es lo que los hace despertarse cada mañana e irse a dormir por la noche. Es lo que hizo venir aquí a todos esos miles de personas. No buscaban cambiar el mundo: luchaban por sus hogares y sus familias y sus amigos y las pequeñas cosas que hacen que sus vidas valgan la pena. Las pequeñas cosas pueden mover montañas si se lo permites.

Tom hace un ruidito sarcástico.

—Entonces ¿eso es todo? ¿El país es libre por fin y simplemente me vuelvo a casa?

—Exacto —asiente Jinete, firme—. Si es lo que eliges. Eso es la libertad, ¿no? Poder elegir.

Le ofrece una mano para saludarlo. Igual que cuando lo conocimos antes de todo esto.

—Adiós, Tom —continúa—. Vete y disfruta de la vida. Sigue el camino a casa y explora hacia dónde sigue desde allí. —Me señala con la cabeza—. Y dale algo bien sabroso a tu perro. De no ser por él, la batalla podría haber acabado de forma muy diferente. Es un perro entre un millón.

Muevo la cola. He decidido que a fin de cuentas Jinete es una buena persona.

Tras eso, Tom sale cojeando de la sala. Lo sigo. Ya no parece triste, ha aparecido una chispa en sus ojos. Acaba de ver que un nuevo mundo es posible y está listo para regresar a casa.

Yo también estoy listo para regresar, aunque siento un nudo en el estómago. Siempre he sabido que había cosas de la granja que a él no le gustaban, pero no me daba cuenta de lo infeliz que era. Creía que solo necesitaba que le recordaran lo bueno que era todo. En definitiva, ¿cómo podía no ser feliz cuando todo era perfecto?

Solo que ahora entiendo que no era tan perfecto. No podía serlo si Tom estaba descontento. Vine hasta aquí para conseguir que todo volviera a la normalidad, pero veo que mis planes, aquello por lo que he luchado, ya no sirven. Tom ha cambiado. Y cuando estemos de vuelta en la granja, allí también tendrá que cambiar todo. No puede volver a ser lo mismo. Pero creo que todo irá bien.

A fin de cuentas, yo también he cambiado, ¿no?

34
CARRETAS

Tom pasa el resto del día despidiéndose de la gente y recogiendo sus escasas pertenencias, poco más que unos carboncillos y su cuaderno (que se encuentra en peor estado que él mismo). A continuación, él, Jaxon y yo salimos del castillo al campo de batalla. Casi me da pena irme; en conclusión, va a ser la última vez que estemos los tres juntos.

El desfiladero está lleno de carretas llegadas del campamento para trasladar a los heridos. Tom cojea por entre ellas, buscando una en la que quepamos.

—¡Rebel! —Me vuelvo. Es Pearl, atada a una. Ya no lleva las vendas, y parece que el ojo herido se le está curando—. ¡Aquí estás! ¡Te he buscado por todas partes!

Agito la cola.

—Ah, ¿sí?

—Desde luego —salta—. No es nada educado irse en mitad de una conversación, como hiciste. ¡Y para algo tan peligroso! Alguien tendría que enseñarte modales.

Dejo de agitar la cola.

—Lo siento.

—Disculpas aceptadas. —Cambia de repente a su tono alegre de siempre—. La verdad es que me alegro de ver que estáis bien. Subid. Vamos a Unsk, de vuelta a mi establo calentito y mi manta

azul preferida. —Se estremece de placer por adelantado—. Ay, cómo he echado de menos esa manta. Ya casi puedo sentirla.

—Parece que tu perro y mi mula se han hecho amigos —dice una voz detrás de nosotros.

Miro a la conductora de la carreta. Es Meg, la joven que había leído el cartel de Tom en Unsk.

—Rebel hace amigos allá donde va. —Tom me acaricia el pelaje —. No irás a Connick, ¿verdad?

Ella niega con la cabeza.

—No, solo hasta Unsk. Pero seguro que allí habrá alguien que os pueda llevar. Subíos. Atrás hay espacio para los perros, incluso el grandote.

Tom mira a Jaxon.

—Hum... la verdad, ese no es mío. No sé de quién es. Pero si quiere puede ve...

Jaxon salta a la carreta antes de que Tom acabe la frase. Parpadeo, extrañado.

—¿Vienes con nosotros?

Él me mira, confuso.

—Pues claro. ¿Cómo si no iba a llegar a esa patética granja?

Voy a contestarle automáticamente que de patética nada, pero entonces me doy cuenta de lo que acaba de decir.

—Un momento... ¿Te vienes a la granja?

Él suelta un suspiro.

—He estado pensando en lo que dijiste de que el amor te une a las cosas. Ya hace mucho que vivo solo, sin responder ante nadie... y quizás haya llegado el momento de que yo también me una a algo. Y si estar unido a ti significa estarlo también a Tom y a la granja, pues... que así sea.

No doy crédito a lo que oigo.

—Pero eso quiere decir dormir dentro de una casa. Quiere decir dejar que Mamá y Papá te den la comida. —Pongo cara muy seria—. Hasta puede que te hagan bañarte de vez en cuando.

—Para de una vez, antes de que cambie de idea —salta.

Me subo a la carreta. Le lamo la cara y suelto ladriditos de alegría.

—¡Este es el mejor día de todos!

Tom se sienta al lado de Meg y nos ponemos en marcha. Mientras Pearl comienza el largo trecho hasta Unsk, miramos cómo el castillo va haciéndose cada vez más pequeño. Nunca creí que fuese a verlo con mis propios ojos, y no creo que vuelva a tener la ocasión. Parte de mí se entristece un poco, aunque otra parte más grande está ilusionada: volvemos a casa. Nos esperan muchas más aventuras a los tres.

Me siento sobre un montón de paja. De este salen unos chillidos mínimos y muy discretos, que me hacen volver a levantarme de un salto.

—¡Perdón! No había visto que hubiese nadie ahí.

Una lirona asoma la cabeza por entre la paja. Parece muy cansada.

—No pasa nada. Me había quedado dormida. ¿Ya estamos en marcha otra vez?

—Vamos a Unsk —le informo.

Se le iluminan los ojos.

—¡Gracias al cielo! Estaba intentando ir allí. Llevo tanto tiempo perdida...

De repente me asalta una idea, como si me cayera una manzana de un árbol en la cabeza.

—No te llamarás Beatrice, ¿verdad?

Pone cara de sorpresa.

—¿Cómo lo sabes?

Sonrío.

—Soy amigo de Félix. Lo ayudamos a buscarte. Está muy preocupado.

Beatrice también sonríe, muy contenta.

—¡Cuánto me alegro de que lo ayudarais! A veces se pone muy nervioso. —Suspira—. Cuando me desperté y me di cuenta de que me había perdido... en fin, ya era demasiado tarde. Tuve que buscar dónde escondernos para que nadie nos encontrara.

Parpadeo.

—¿«Escondernos»? ¿«Nos»?

Beatrice sonríe y se echa a un lado. En un pequeño y cálido nidito de paja se agitan unas crías de lirón.

Jaxon y Tom y Pearl y yo y Meg y Beatrice y los cachorros seguimos en marcha. Somos una familia feliz en una carreta. El camino serpentea por entre las montañas como un lazo, con más carretas por delante y por detrás de nosotros. De día vemos pasar el mundo, de noche nos juntamos todos los vehículos y compartimos comida e historias hasta que bajamos la tela y dormimos bajo las estrellas.

Una mañana me doy cuenta de que reconozco el paisaje: el río, el puente, las casas...

—¡Es Unsk! —exclamo.

El corazón me da un salto en el pecho. Veo que las calles están llenas de gente que ondea banderas y vitorea a los rojos que regresan. Por todos lados se vuelven a reunir familias, los héroes apenas pueden moverse, rodeados de hermanos y hermanas. Mire hacia donde mire veo ojos llorosos y niños que son abrazados con más fuerza que nunca. Intento distinguir a Félix entre la multitud.

Y entonces lo veo, una criatura mínima que corre por los adoquines intentando esquivar los montones de pies. Parece desesperado, y busca en cada carreta.

—Beatrice, mi amor, ¿estás ahí?

Horrorizado, veo cómo casi lo aplastan de un pisotón doce veces seguidas.

Jaxon salta y corre hacia él, lo coge con la boca y vuelve. Lo deja caer sobre la paja y agita la cabeza.

—De no ser por mí —murmura— todo el mundo en esta carreta estaría muerto.

Félix se pone en pie, desorientado y cubierto de babas.

—¿Qué... qué pasa? ¡Déjame! ¿Quién te has creído que...?

—¿Félix?

Él se vuelve al oír la voz de Beatrice. La mira, boquiabierto. Es como ver a una flor muy pequeñita abrirse al sol.

—¿Beatrice? ¡Mi amor!

Ella lo abraza y no lo suelta.

—¡Viniste a buscarme, lironcillo valiente!

Félix sonríe de lado a lado.

—¿Dónde estabas? Me moría de la preocu... —Se interrumpe al ver a las crías en la paja. Las mira, después a Beatrice, después de nuevo a las criaturas—. ¡Ah! Ya veo. ¡Caramba!

Yo me quedo sentado. Es como si se me iluminase el corazón con todo lo que me rodea. Todo el pueblo está repleto de detalles como este. Son los momentos de los que habló Jinete, las pequeñas alegrías por las que lucha la gente y que hacen que vivir valga la pena. Al verlas todas juntas me doy cuenta de lo grandes que pueden ser esas pequeñas cosas.

Miro a Pearl. Meg sale del establo con una manta azul y se la echa al lomo. La mula tiene los ojos cerrados y las orejas caídas. Parpadea de alegría. Creo que jamás he visto a nadie tan feliz.

35
CAMINO DE LA MONTAÑA

Pasamos la noche con Meg y su familia, y la mañana siguiente buscando alguna carreta que siga por Drulter y Connick. Nos cuesta mucho encontrarla; la ciudad está llena de gente que quiere volver a sus casas. Casi todos los transportes van llenos, y en los que hay espacio no aceptan perros. Cuando por fin lo conseguimos, les decimos adiós a Pearl y a Félix y a Beatrice y a Meg, y seguimos el viaje.

No es precisamente cómodo. La carreta está abarrotada, y los tres vamos apretados unos contra otros durante un montón de kilómetros y traqueteos. Jaxon no parece nada contento: dentro de un vehículo, avanzando por un camino pavimentado, se encuentra fuera de lugar. Cada vez que lo miro está contemplando el punto donde las montañas tocan el cielo. No consigo descifrar su expresión.

Tom tampoco se siente feliz.

—No sé si vamos a encontrar alguna habitación en Drulter —murmura, viendo la multitud que forma nuestra caravana—. Todo estará lleno. Igual tendremos que dormir al raso.

Se frota la pierna mala, dolorido. Yo le poso una pata en la buena para darle a entender que, suceda lo que suceda, no va a estar solo. Intento entretenerme viendo pasar el mundo.

De repente capto un olor que me resulta conocido: pepinillos viejos y sopa caliente. Miro alrededor, y entre los helechos a los lados del camino distingo un pelaje naranja familiar.

—¡Seamus!

El cerdo al que salvé en Connick está buscando bellotas. Salto y corro hacia él agitando la cola.

—¡Rebel, amigo mío! —exclama, gruñendo feliz al verme—. ¡Vaya sorpresa! ¿Qué haces por aquí?

—Vuelvo a casa. ¿Y tú? ¿Qué tal la libertad?

—¡Maravillosa! ¡No podría ser mejor! Tengo tantas bellotas como quiero y, hum... —Se interrumpe. La verdad es que no parece nada feliz. Ahora que me fijo, está mucho más flaco—. Te seré sincero. Las bellotas no tienen nada de malo, por supuesto. Desde luego, esto es mejor que ser vendido y que hagan salchichas conmigo. Pero... uf, echo de menos el pienso. Lo echo mucho mucho de menos. —Me mira con cara de lástima—. Tú no llevarás un poco de pienso encima, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

—Lo siento.

—En fin, no importa —se resigna—. Pues bellotas.

Lo contemplo buscar triste por el suelo. Esto no está bien. Cuando lo saqué de su jaula y le salvé la vida pensé que a partir de ahí todo iba a serle fácil. Pero resulta que, para ser feliz, Seamus necesita más que libertad: le hace falta comida, calor y gente que lo cuide.

Yo creía que a estas alturas ya no íbamos a tener ningún problema. Pero ahora parece que tengamos aún más. ¿Cómo voy a arreglar todo esto?

—¡Rebel!

Miro atrás. La carreta se ha detenido, y Tom asoma la cabeza.

—¿Qué haces? —exclama—. ¡Vamos, que tenemos que llegar a Drulter antes de que se haga de noche!

De repente aparece la solución en mi cabeza, pasando como una estrella fugaz.

—¡Lo tengo!

Llegamos a Drulter cuando el sol empieza a ponerse. El pueblo está tan abarrotado como Unsk. La gente busca dónde pasar la noche en su viaje de regreso por el camino de la montaña. La taberna está repleta. Tom se baja de la carreta y coge sus cosas.

—Vale —suspira—, no tengo ni idea de cómo vamos a encontrar albergue. Ya habría sido difícil con dos perros, ¡y ahora son dos perros y un cerdo!

Seamus nos ha seguido de cerca. Eso formaba parte de mi plan genial, que ya se acerca a su conclusión. Veo a otro perro conocido que vaga por entre los clientes del local.

—¡Hola, amigos! —los saluda Rolo, mirándolos con ojos codiciosos y moviendo la cola—. Encantado de conoceros. Estoy tan hambriento que, si os sobra una patata...

—Ejem.

Se vuelve y se encuentra con la mirada fría, asesina, de Jaxon. Nunca había visto a un perro acobardarse tan rápido.

—¡A-a-amigo! ¡C-c-cuánto me a-a-alegro de ver...!

—¡Basta! —le grita Jaxon—. Intentaste vendernos por un puñado de comida. Tendría que romperte cada uno de tus huesos traidores.

Rolo da un paso atrás, tembloroso.

—¡P-p-por favor! ¡Fue un error! ¡Haría lo que fuese por...!

—De eso se trata —lo interrumpe Jaxon—. Vas a quedarte aquí con la boca cerrada. Como intentes fastidiarnos voy a arrancarte la garganta. —Asiente con la cabeza en dirección a mí—. Tu turno, Rebel.

Me vuelvo hacia Seamus.

—¿Estás listo?

Lo está. Sabe perfectamente qué hacer, es un actor nato. Va al trote hasta donde están los clientes de la taberna y empieza a olisquear a sus pies, gruñendo feliz y moviendo las orejas.

—¡Saludos, amigos! Encantado de conoceros. ¿No os sobrará alguna patata?

A la gente le encanta. Me lo imaginaba. Todos dejan lo que hacían y señalan a Seamus entre risitas. A los pocos segundos empiezan a tirarle patatas, que él recoge encantado del suelo.

—Esto es repugnante —murmura Jaxon, negando con la cabeza —. Has convertido a tu amigo en un número de circo.

—Me parece que a él mismo le encanta —señalo.

Y es cierto. Está en su elemento, correteando victorioso entre los clientes, bajo una lluvia de patatas. Hasta el dueño de la taberna sale a mirar, colocándose al lado de Tom.

—Nunca había visto algo así —se maravilla—. ¿Es tuyo?

Tom no sabe qué contestar.

—Hum... sí, creo que sí.

El tabernero asiente, pensativo.

—Siempre he querido tener un cerdo en el pub. Parece que a los clientes les cae bien. Y me haría ganar una fortuna vendiendo patatas. —Se gira hacia Tom—. Voy a hacerte una oferta: dame a tu cerdo y limpiaré una habitación para que pases la noche. Hasta les echaré algo de comer a tus perros.

Jaxon agita la cabeza. Por un segundo veo en sus ojos algo como desprecio, vergüenza, ira. No le ha gustado nada lo del «tus» en «tus perros».

En cambio, yo estoy encantado. Todo ha ido a la perfección. Tom tiene donde dormir, Jaxon y yo vamos a tener comida, y Seamus tiene casa para siempre. El único que no ha salido ganando es Rolo.

—¡Es injusto! —aúlla—. ¡Ese cerdo me va a quitar toda la comida! ¡Con él no voy a tener ninguna posibilidad de...!

—¡Cállate! —le suelta Jaxon—. Sigues teniendo tus comidas normales y dónde dormir. Eso es más de lo que tienen la mayoría de los perros, y más de lo que te mereces.

Pasamos la noche en un cuarto recogido encima de la taberna. Por la ventana veo a Seamus tumbado sobre un montón de paja en el establo, durmiendo la mayor comilona que ha tenido en mucho tiempo. Ocupa tanto espacio que Rolo ha tenido que quedarse fuera, lamentándose bajo la lluvia.

El tabernero ha improvisado un catre para Tom. Los tres nos metemos dentro juntos. Nunca me había alegrado tanto de estar entre sábanas calentitas con quienes quiero. Pero no hay forma de que Jaxon esté cómodo. Se coloque como se coloque, no está acostumbrado a dormir en una cama humana.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Me voy a dormir al suelo —murmura.

Lo miro tumbarse sobre las duras tablas de madera. Una vez más, noto lo fuera de lugar que parece mi amigo. Lo suyo no son las habitaciones. Es como ver a alguien que intenta ponerse un zapato izquierdo en el pie derecho.

Más tarde abro los ojos y veo que sigue despierto del todo. Mira por la ventana el punto donde las cimas de las montañas tocan el cielo. Ha parado de llover y la noche está clara. A lo lejos hay mil animales diferentes llamándose, formando una melodía salvaje. El viento hace que las copas de los árboles tiemblen y se agiten como si fuesen pelaje, y los ojos de Jaxon están llenos de un hambre que ninguna comida podría satisfacer.

36
REGRESO

El día empieza perfectamente.

Nos levantamos temprano, encontramos otra carreta y emprendemos la última parte del viaje a Connick. Al principio vamos entre un montón de otros vehículos, pero poco a poco, en cada encrucijada, algunos se van y nuestro grupo disminuye. Al cabo de un tiempo parecería que nuestra carreta fuese la única en todo el camino.

Ahora que nosotros mismos llevamos menos gente, avanzamos mucho más rápido. Kilómetro a kilómetro, tramo a tramo, siento cómo va cambiando el aire: el olor del mundo se parece cada vez más al de casa. La hierba, los pinos, la humedad que baja por la montaña... todo se va volviendo tal como lo recordaba. Es como si mi corazón cantara cada vez que respiro. No me había dado cuenta de cuánto echaba de menos este aroma.

Jaxon, sin parecer muy contento, mira desde la parte trasera, en silencio, cómo las montañas se hacen más y más pequeñas.

Por fin llegamos a Connick antes del anochecer. Verlo de nuevo se me hace raro. La primera vez me pareció enorme; ahora lo encuentro casi pequeño. Tom se baja con cuidado de no apoyarse en la pierna mala, y la carreta sigue sin nosotros.

Mira el camino y aprieta los dientes. Sé que le preocupa lo que vayan a decirle Mamá y Papá cuando llegue. Tiene muchas cosas

que contarles y muchas cosas por las que pedirles perdón. Y comunicarles que no quiere ser granjero va a ser toda una sorpresa.

Pero creo que todo va a ir bien. Cuando vean que está bien y a salvo, Mamá y Papá se pondrán tan contentos que nada más va a importarles. Y, además, su hijo últimamente ha hecho cosas muy valientes.

—Bueno, chicos —suspira—, es hora de volver a casa.

Echa a caminar cojeando. Jaxon se mantiene cerca de él. Yo no. Yo me quedo donde estoy.

Tom mira atrás.

—¿Vienes, Rebel?

No me muevo.

Jaxon se vuelve.

—Vamos, Rebel.

—Esto no va a salir bien, Jaxon —le digo sin alzar la voz.

Tom nos mira, confuso.

Jaxon agita las patas.

—Déjate de tonterías. La granja es hacia allá.

—Ya lo sé. Pero tú no te vienes con nosotros.

Frunce el ceño.

—¡Pues claro que me vengo con vosotros!

—No. Sabes tan bien como yo que no es lugar para ti. No eres un perro de granja, Jaxon. Nunca lo serás.

Jaxon se sienta y se queda un momento en silencio.

—O sea, que no quieres que vaya.

Niego con la cabeza.

—Sí que quiero. Más que nada en el mundo. Pero no se trata de lo que yo quiera. No puedo hacerte cambiar para que estés conmigo. No estás domesticado. Lo tuyo no es pedir comida ni dormir en una cama. Eso sería como meter a un pájaro en una jaula o quitarle la luz del sol a un árbol. No podría considerarme tu amigo si te forzara a hacerlo. Te quiero demasiado como para eso. —Trago saliva—. Y a veces querer a alguien es dejar que esté donde debe.

Tom nos mira de cerca. Jaxon, aún sentado, pone cara triste. Sabe que tengo razón, pero a la vez en sus ojos hay miedo y ruegos, igual que cuando estuvimos en la cueva.

—No puedo quedarme solo el resto de mi vida, Rebel. En eso tenías razón.

—Entonces no lo hagas. —Me acerco y me siento a su lado. Los dos contemplamos las montañas—. Entre esas dos casas hay un camino que lleva hasta el de ovejas. Síguelo y llegarás al lugar donde nos conocimos, y coge el atajo por el bosque y ve por la montaña hasta Unsk. Encuentra el camino hasta Pel y Abuelo, y vive con ellos.

Jaxon me mira fijamente.

—¿Con un dueño?

—Con amigos —replico—. No van a retenerte si no quieres estar allí. Van a dejar que tomes tus propias decisiones. Puedes pasar el día en el bosque y acudir a ellos si lo necesitas. Tendrás la libertad de elegir. Ese es tu lugar.

Se produce un nuevo silencio, pero esta vez es uno diferente, vivo, lleno de palabras que no hace falta pronunciar. El miedo desaparece de sus ojos, se yergue. Es como si hubiera estado arrastrando cadenas estos últimos días y se las hubiese sacado por fin de encima.

Va lentamente hacia donde Tom nos espera. Al principio no entiendo qué quiere hacer, pero entonces veo que le lame la mano, solo una vez.

—Cuida de él —le pide—. Por favor.

Después vuelve conmigo y me acaricia con la cabeza. Es tan grandote que yo nunca me imaginé que acabaría necesitándome tanto o más que yo a él.

—Adiós, Rebel —me dice muy serio—. Creo que volveremos a vernos.

Pienso en el maizal dorado y sé que tiene razón.

Lo miro alejarse hasta donde el camino normal se encuentra con el de ovejas. Casi lo he perdido de vista cuando lo llamo una última vez.

—¡Jaxon! —Se vuelve—. Siempre has sido mi Compañero.

Él sonríe, y por vez primera le veo agitar la cola.

—Y tú el mío, Rebel.

Echa a correr, subiendo por el camino, al principio lentamente y después a toda velocidad. En ningún momento echa la vista atrás. Nunca ha sido su estilo. Lo contemplo alejarse cada vez más rápido y sé que he hecho lo correcto. Ha encontrado su Perro Verdadero. Está de vuelta en su terreno. Acaba volviéndose un puntito en la montaña, hasta desaparecer en el bosque.

—¿Rebel? —Tom sigue esperándome. También mira hacia el lugar donde Jaxon ha desaparecido—. Era tu amigo, ¿verdad? —Piensa un momento y me mira—. Si quieres puedes ir con él. ¿O prefieres quedarte?

¡Como si hiciese falta que me lo preguntara! Corro hasta mi Tom, mi chico, y me pego a él. Después de tanto tiempo, volvemos a ser los dos solos. Él sonríe y se inclina para acariciarme la barriga.

—Rebién —me dice con cariño.

Tenemos el sol a la espalda, y la luz hace que el camino parezca de oro. Lo seguimos el uno al lado del otro. La cojera se le está curando, aunque sé que nunca volverá a ser el mismo. Su pierna va a necesitar tiempo para recuperarse. Y está bien, porque todo él necesita tiempo. Necesita tiempo para recordar lo que dejó atrás. Necesita a Mamá y a Papá y el guiso de cordero y el Campo de Arriba y que los días pasen lentos a un ritmo constante. Necesita darse cuenta de la suerte que tiene de poder tomárselo con calma. Tiene que decidir qué va a hacer con el resto de su vida.

Y yo también. He echado mucho de menos la granja. Pero también quiero que cambien algunas cosas. Quiero conocer mejor a las ovejas, y ser más amable con Priscilla. Porque es imposible que todo siga exactamente igual. El mundo no para de cambiar y uno ha de cambiar con él. Hay que aprovechar lo que se tiene y hacer lo posible por hacerlo aún mejor, aún más especial, aún más bello. Hay que tener pequeños detalles mientras se pueda, y cuantos más mejor.

No querría hacer nada de eso con nadie más. Él es Tom y yo soy Rebel. Nos hemos elegido el uno al otro.

La colina baja hasta la puerta de la granja por la que yo nunca había pasado. Y así es como vuelvo a casa.

AGRADECIMIENTOS

Por orden cronológico, gracias a:

Denise, por la idea.
Helen, por hacerme llevarla a cabo.
Jules, por ser mi Jaxon.
Katya, por tu ayuda sin límite.
Annalie, por ser la mejor.
Claire, por luchar siempre a mi lado.
Megan, por tu diligencia.
Laurissa, por tener la paciencia de una santa.
Keith, por la increíble cubierta.

Y, más que a nadie, gracias a Monty Richmond. Nunca me echaste en cara que te haya robado tu voz, porque eres la generosidad encarnada y apoyas siempre las artes. Y porque eres un perro.



© Helen Nianias

ROSS MONTGOMERY ha trabajado como granjero, cartero y maestro de primaria, así que escribir libros fue el siguiente paso lógico. De niño leía todo lo que caía en sus manos. Ha publicado más de veinte libros infantiles, y *Me llamo Rebel* ha sido nombrado Libro infantil del año en Waterstones y Libro infantil del año en Foyles. Además, ha recibido el Premio Books Are My Bag, de la Asociación de Libreros del Reino Unido, el Premio de la Fundación Children Book Group (votado únicamente por niños y niñas), ha sido finalista de los National Book Awards y del Premio Strega Ragazze e Ragazzi, y nominado a la Carnegie Medal. Vive en Londres con su esposa, su gato Fun Bobby y muchos cactus.

#MeLlamoRebel
@mossmontmomery

Table of Contents

Portadilla
Título
Créditos
El último día perfecto
    1 Casa
El día en que todo cambia
    2 Intrusos
    3 Los rojos
    4 Jinete
    5 Revuelta
    6 Quieto
    7 Oscuridad
El peor día
    8 Elección
    9 Cruce
    10 Seamus
    11 Camino de ovejas
    12 Jaxon
    13 Compañero
Un día extrano
    14 Drulter
    15 Rolo
    16 Tojo
    17 Refugio
Un día inesperado
    18 Unsk
    19 Guerra
    20 Rio
    21 Cueva
    22 Pel
    23 Abuelo
Un día oscuro

24 Bosque
25 Lobo
26 Camino forestal
27 Rama
28 Amanecer
El último día
29 Campamento
30 Desfiladero
31 Carga
32 Victoria
Los nuevos días
33 Trono
34 Carretas
35 Camino de la montana
36 Regreso
Agradecimientos